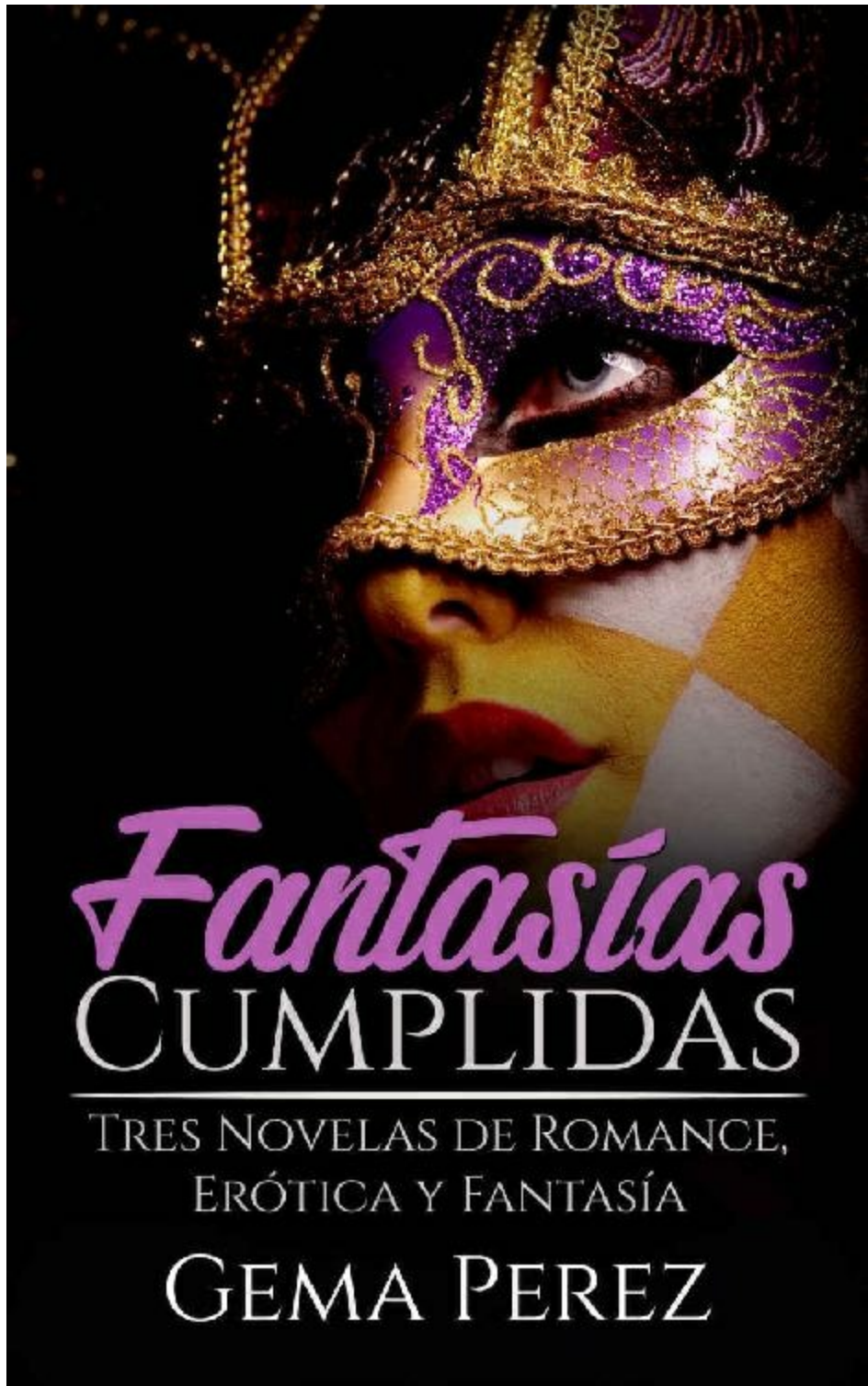




Fantasmías CUMPLIDAS

TRES NOVELAS DE ROMANCE,
ERÓTICA Y FANTASÍA

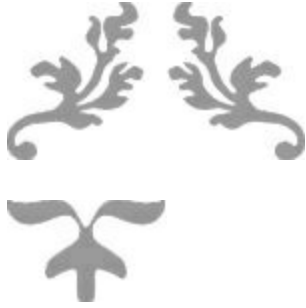
GEMA PEREZ



Fantásias
CUMPLIDAS

TRES NOVELAS DE ROMANCE,
ERÓTICA Y FANTASÍA

GEMA PEREZ



FANTASÍAS CUMPLIDAS

Tres Novelas de Romance, Erótica y Fantasía

Por Gema Perez

© Gema Perez 2016-2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a nuestro boletín informativo y

conseguir libros gratis

Índice

[**La Hechicera Fugitiva** — *Novela Romántica y*](#)

[*Erótica Paranormal*](#)

[**Bruja Seductora** — *Romance, Erótica y Fantasía*](#)

[*entre la Hechicera y el Héroe*](#)

[**Pasión y Cuernos** — *Romance, Acción y Sexo a lo*](#)

[*Vikingo*](#)

[**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*](#)

La Hechicera Fugitiva

Novela Romántica y Erótica Paranormal

1

El demonio persigue.

No hay nada más cierto, y así ha sido durante la historia completa de la civilización. El demonio nos busca, nos acecha, e intenta empujarnos en pos de

realizar su obra y acción. Aterrador, ¿no?

Pero, ¿qué sucede cuando uno es considerando el demonio? ¿Cuando uno es el

supuesto perseguidor, acechador, y quien puja? ¿Cómo escapas, si eres de quien

intentan huir?

Y, una vez llegue el día en que no estés siendo juzgada y acusada, ¿cómo puedes

confiar en esa persona? ¿En que piensa también en tu propio bien, y no que está

dispuesto a utilizarte?

Imposible.

* * * *

Calor. La sensación que predomina y que no deja de invadirme. Vamos, tampoco

puedes esperar algo muy diferente, tomando en cuenta todo.

El desierto es mi mejor opción. Las temperaturas no es que favorezcan mucho, y

estoy sumamente expuesta, pero, ¿a cuáles ojos? Pudiera atravesar los valles,
o

los bosques, o seguir el cauce de los ríos, pero esas son las zonas más
pobladas y

vigiladas. De nada vale lo que me ofrezca la naturaleza para protegerme.

En cambio, en una época tan próspera, en la que los recursos naturales
insisten

en resistirse a los tiempos de guerra, los desiertos están totalmente
abandonados.

Eso, salvo los refugiados y exiliados que por miedo tienen que atravesarlos.
Pero éstos no representan peligro alguno para mí.

Todos aquellos con los que me cruzo levantan su mirada. No desafiantes, ni
siquiera curiosos—con miedo. La mayoría reúne cicatrices de los despojos
que

han acaecido sobre ellos, y su mirada es más una súplica, o un último gesto
antes de ser atravesados por una espada.

Hay de todos los tipos—numerosos grupos en movimiento con carretas,
tratando

de salvar lo que les queda en vida; escasos miembros aun unidos, alternando
vigilias y descansos, aun blandiendo puñales en defensa; y los solitarios
viajeros, arrastrándose, prometiendo un final con prontitud a su travesía.

No había caballos, y esa era nuestra principal diferencia—estando montada
era

difícil, si no imposible, que alguien representara una amenaza para mí.

En algunos, al percatarse de que no iba a acabar con sus vidas, se podía ver la
confusión de darse cuenta de un caballo sobreviviendo en estas dunas. No es

para menos, pues aquí lo que menos había era agua y pasto para que subsistieran.

La única manera era compartir los alimentos propios para que ambos siguieran

en pie, y más pronto que tarde ambos sucumbirían.

Por suerte para mí, y desconocimiento de ellos, tenía otras maneras de mantenernos ambos en pie.

* * * *

El miedo o respeto que puedo inspirar como jinete no es lo único que me permite

atravesar el desierto a salvo—no hay manera de que me reconozcan. Esto también juega con el inmenso calor que me carcome, pues estoy usando gruesas

bufandas para salvaguardar todo mi rostro menos los ojos, a la usanza de los pueblos del este.

No temo tanto de estos individuos, sino de sus lenguas. Puede que no representen peligro contra mí, o que pronto acabe su camino, pero la información que manejen podría probarse como mi caída.

Sí, estoy huyendo. No importa tanto quién soy, sino lo que soy, y es algo que no puedo permitir que se riegue. El desierto me proporcionará seguridad y un camino más rápido, a cambio de llegar al sitio donde quizás reside mi última esperanza. Si es que acaso lo es. Pero, si no es allí, ¿dónde será?

Justo en este momento paso al lado de una anciana que, o bien emprendió esta

ruta por su cuenta, o se quedó sin acompañantes, pero ya no da para más. Los huesos de su cara se marcan debajo de su piel, y es una de las pocas que no muestra miedo al observarme. Debe estar viendo el abismo, ¿cómo podría

tener

algún miedo?

No, lo único que le interesa es pedirme comida o agua. No puede proliferar palabras, pero sus gestos hablan de manera universal. Con un gran pesar debo ignorarla. Disculpe, señora, apenas y tengo para mantenerme yo.

Y aún si la ayudara a prolongar su vida unos días—o, probablemente, horas—

más, sería cuestión de tiempo para que todos seamos atacados, invadidos o conquistados.

En el camino que me espera reside el bien mayor. Busco todo. Mi refugio, sí, pero también la justicia y la venganza. Mi supervivencia, así como la de la mayor cantidad de personas, al tiempo que el exterminio de un pueblo entero.

Es algo muy grande como para que piense en ello una sola persona, cierto. El asunto es que debo repetírmelo una y otra vez, pues es la carta de venta con la que cuento para lograr lo que necesito.

Una pareja trastabilla, acelerando, hacia lo que ellos denominan un lago. Si hay algo que me beneficia es mi vista, y con toda seguridad puedo testificar que no

hay lago o charco o ninguna fuente de agua en kilómetros.

Estos dos probablemente están sufriendo del mal del desierto, y vaya a saber si

esta carrera sin frutos no termine siendo su final. Su mirada es otra diferente, una que solo experimenté apenas empecé mi camino por las arenas—de envidia.

Sí, todos quienes llegaban aquí querían tener una montura que les ayudara a atravesar este eterno mar. Con el paso del tiempo y con la distancia empezaron a concluir que lo que necesitaban no era un caballo, sino agua.

Comida. Un hogar.

¿Conseguiré eso que tanto busco? Un hogar.

Tengo que hacerlo. Después de todo, el mío ya no es sino un infierno del cual no tengo más remedio que huir.

* * * *

Mi nombre es Marian. Una mujer de cabello tan negro como mi caballo— probablemente otra razón para asustar a cualquiera en nuestro camino—; ojos así

o más oscuros; unas finas facciones con una nariz mucho más oriental que occidental—como si hubiera nacido en el desierto—; y altura inusitada para las

demás mujeres en mi familia.

Nací y crecí en la capital del vasto reino de Irulia. El reino más provechoso, donde siempre predominaba el verde y marrón por encima de todo otro color; las

frutas se desparramaban de los árboles, tantas creciendo que apenas y daba tiempo de recogerlas antes de caer; y los cauces de los ríos todos desembocando

en un inmenso lago.

Y, claro, el núcleo de magia de toda la tierra.

En un mundo de humanos, en el cual las guerras suelen ser decididos por el acero de las espadas o el hierro de las hachas, la magia es una ventaja que puede desbalancear cualquier escala. Y por ello Irulia, a pesar de ser una manzana codiciada, se ha mantenido en pie ante cualquier ataque. Tan rebosantes sus recursos como sus hechiceros.

Y hechiceras, dentro de quienes me incluyó.

Crecí, viví y me formé como hechicera bajo el manto de todas las personas sabias del reino. Se pudiera decir que en tiempos de paz son más de ellos, de los ancianos, quienes se encargan de impartir el arte en el pueblo.

Más como manera de preservar la tradición y nuestro vigor, y de enriquecer la tierra. La magia nos permite cualquier infinidad de cosas, entre las cuales se encuentra influir en la naturaleza. Después de todo, es designio y creación de esta misma.

Pero algo pasó. A pesar de que nuestro reino fue atacado repetidas veces, siempre nos conformamos con la paz. Con defendernos, y no embarcar en ataques contra el enemigo, por muy debilitado que estuviera.

¿Honradez? ¿O ingenuidad? Quizás si hubiéramos buscado expandirnos y meter el dedo en la herida del oponente no habría sucedido. Lo que es cierto es que ya es muy tarde para lamentos, pues la historia ya se escribió de esa manera.

Con la sangre derramada por los bárbaros.

* * * *

Los bárbaros no tenían un reino como tal, pues era más un pueblo nómada. Por

muchas épocas mantuvieron su fuerza en un solo reino, pero, al momento de atacar, preferían movilizarse al completo, y por ello su centro de gravedad siempre fue cambiante.

No representaban mucho peligro, ni para Irulia ni para ningún otro reino, pues carecían de disciplina de combate y de inteligencia en ello. O al menos hasta la llegada de Maiderance.

Un alto general, que abandonó a su gente para unirse a los bárbaros. ¿Por qué?

Es difícil saber con exactitud. Por comodidad no fue. Ni por seguridad, ni calidad de vida. Ninguna de esas tres las tendría garantizadas batallando junto

a los bárbaros.

Tampoco la victoria, pues eran mucho más las derrotas. ¿Por qué lo hizo? No hay razón coherente. Se dice que simplemente se identificó con esa gente, pero

de qué manera, vaya a saber.

Y, por primera vez en la historia, cambió por completo el pueblo bárbaro. Las armas de asedio empezaron a aparecer en su arsenal. Las formaciones eran su pan de cada día. Ya no solo abundaban las lanzas y hachas, sino el arco, la espada, el escudo.

Los caballos empezaban a ser más y más adoptados, así como muchas otras bestia que solo ellos eran capaces de dominar. ¿Armadura? Herramienta de diario, como nunca antes lo había sido.

Algunos reinos sucumbieron, manteniendo siempre una constante—cercando a

Irulia. Los bárbaros no se atrevían a atacarnos, y siempre se asumió que fue una declaración de debilidad. Una aceptación de que nuestras tierras eran infranqueables. Así había sido siempre, y eso creíamos. Erróneamente, claro está.

Hay un detalle de los bárbaros que ignoramos, y que no debimos haberlo hecho.

Y es su estilo de vida, sin restricción alguna. En todos los ámbitos, incluyendo el sexo. Por lo que era un pueblo en constante expansión, produciendo hijos y progenie prácticamente a la máxima velocidad posible.

Conforme alcanzaban la adolescencia, más y más se unían a su ejército, y en el

periodo de años podían sumar varios miles de tropas a sus filas. Filas cada vez

más grandes, más disciplinadas y, sobre todo, con la mayor fiereza de entre todos los reinos.

Y, en resumidas cuentas, atacar los reinos circundantes a Irulia fue el paso que les llevó a lanzar el ataque sobre nosotros desde cuatro frentes diferentes. Norte, sur, este, oeste.

No había resquicio del reino en el que no estuviéramos siendo invadidos por los

bárbaros. De nada valió nuestra propia milicia, ni nuestros muros, ni siquiera la magia que nos diferenciaba. Tal fue el yugo de su martillo que no tardamos en

ser dominados.

Y destruidos, claro. Si algo diferencia a los bárbaros de otros atacantes es que no dejan a nadie con vida. Nada de rehenes, ni perdonados, ni bazas de negociación

—todo individuo que se enfrente a ellos termina pagando con su vida, eso sí, antes siendo torturados los soldados y violadas las mujeres. ¿Qué más puedo decir? Su mismo nombre lo dice. Son bárbaros.

Así que, hasta donde sé, absolutamente nadie queda con vida. Eso es lo que pude

descubrir, al menos, cuando volví para encontrar mi tierra ya arrasada por los bárbaros.

La magia que me tocaba poner en práctica ese día me había alejado de mi reino,

sin tener la más mínima idea de lo que estaba sucediendo, y volví para encontrar las ruinas. Y si alguien logró sobrevivir, ya había huido hacía tiempo. No había razón o motivo alguno por el cual buscarlos, o por el cual quedarme. Todo había

acabado.

Lo único que quedaba era seguir adelante. Conseguir un nuevo hogar, una nueva

tierra.

Por ello conseguí un caballo divagando por los bosques—se podría decir que el

único terreno que no gusta a los bárbaros—, tomé todas las provisiones que me

fue posible y, escondiendo mi identidad, partí en mi camino. No valía de nada

demostrar que era de Irulia, ni que era una hechicera. Eso tenía que quedar en el pasado, al menos por ahora.

Elegí el desierto, para esquivar los ojos de guerra aun buscando despojos, y utilicé mi magia para dejar brotar del subsuelo el agua que necesitaba mi caballo para mantenerse en pie. Y así estoy aquí hoy, rezando por encontrar —y entrar—

a una tierra más próspera y que acoja con buenos ojos a una bruja.

Por ello es que estoy en camino directo a Riedan.

2

Riedan. El que antes fuera el primer reino que ocuparon los bárbaros y del que

terminaron siendo vapuleados, ahora representaba uno de los fortines más poderosos de toda la tierra.

Y vasto, claro. Con la suficiente amplitud para intentar pasar desapercibida, por lo menos mientras me asiento. Apenas salga del desierto solo tendré que recorrer unas pocas millas para estar en sus dominios.

Sus fronteras estarán muy bien protegidas, de eso no hay duda, pero al acercarme lo suficiente podré usar mi magia para esconderme y llegar hasta, bueno, ya sabremos hasta donde.

Riedan no es conocido por acoger refugiados. Tampoco por atacarlos o zapatearlos fuera de sus límites. Pero no ofrecen ayuda alguna.

Todo aquel huyendo de la guerra puede entrar, con tal de mantenerse en la periferia, y en el periodo de un año debe estar produciendo para el reino o en ese momento sí será forzado a abandonarlo. Una manera de recibir sin recibir, y de

forzar sin forzar.

Y, además está decirlo, cero tolerancia para aquellos que cometan un crimen. Es

un reino hecho a base de hierro, conquistado con espadas y escudos y cuyos castillos más altos están todos firmemente protegidos.

Nadie produce armas del calibre de aquellas de Riedan, y su milicia tiene una disciplina inmejorable. Herrerías trabajando a todas horas, centinelas siempre en movimiento.

Pudiera instalarme en la periferia. Estoy sola, pero no me costaría crear alguna morada para mí y producir a base de la caza o de la pesca, pues bastante lo he

hecho. Solo que hay un pequeño problema—mi condición. El simple hecho de ser hechicera.

No hay muchas brujas vivas. Otrora, abundaban los pueblos con magia. En cada

rincón del mundo había uno u otro, y era algo tan normal como el respirar. Pero

los tiempos cambian, y aparte de Irulia, todo lo que quedaba eran pequeñas

aldeas siempre en movimiento, escondiéndose.

Por ello mi reino era tan respetado y temido a la vez. Una fuente sin fondo de brujas y hechiceros, los cuales más que nunca estamos en alta demanda. Esa era

la principal razón de todos los asedios que recibimos—nuestro poder quería ser

utilizado por otras gentes.

Y por alguna razón, vinieron siendo los bárbaros quienes por fin pudieran conquistarnos en el campo. No sé si considerarlo una buena o mala noticia, pues

ellos no tenían intención alguna de dominar la magia—simplemente querían eliminarla, y sacar ese miedo que los atacaba.

Su visión del mundo era algo más primitiva, y no les entraba en la cabeza explotarla. Así que por eso fue un ataque sin frenos, una destrucción masiva de

nuestro reino, y una decapitación tras otra.

Si ya la demanda era alta, ahora vendrá siendo infinita. Siempre han quedado brujas escondidas, y puede que de Iruvia sobrevivieran otras, pero ni

o, ni nadie más, debe tener garantía plena de que quede magia en este mundo.

Los reinos deben tener a sus exploradores como locos buscando algún despojo del ataque de los bárbaros, y yo soy la única persona que tiene evidencia de que aún queda una hechicera con vida sobre la faz de la tierra. Y esa soy yo.

He allí mi problema—de saber que soy una bruja, la gente común de Riedan querrá o bien matarme, o atesorarme. Y la historia de mi reino vendrá precediéndome. Tan pronto un centinela lo descubra, será el fin de mi libertad. Y

estaría jugando una sola carta contra miles de ellas.

¿Por qué no llegar a escondidas? Pues porque el sol es mi enemigo. Las brujas

tenemos ojos de cualquier color, pero tan pronto nos toca el sol, estos se tornan morados. Sería imposible aguantar hasta el fin de mi vida en Riedan sin cruzarme con alguien a la luz del día, y tarde o temprano alguien descubriría mi identidad y sus planes cambiarían por completo.

No, no puedo ser una nómada eternamente, ni puedo instalarme en las periferias

de Riedan con comodidad. Tengo que llegar hasta las mismísimas entrañas del reino y hablar con su mandatario. Así me cueste la cabeza.

* * * *

¿Lograría salir de este desierto con vida si no fuera por la magia? No hay manera clara de saberlo, pero supongo que no. Probablemente terminaría siendo uno más

en la larga cadena de cadáveres.

Cadenas siempre cambiando, pues no tardaban en llegar los pocos tigres de desierto, reptiles y cóndores a comer lo que quedaba. Y los mismos humanos también, cayendo en el canibalismo como única manera de mantenerse en pie.

Si no fuera por la magia no habría sobrevivido al ataque de Irulia, eso está muy claro. Aquel día puse en práctica a gran escala, por primera vez, un hechizo de

proyección.

Uno que me permite transportarme físicamente a cualquier otro sitio dentro de un rango prudente—a mayor dominio de la magia y poder puedo abarcar mayor

rango—, por determinado periodo de tiempo.

Era mi graduación con la habilidad, por así decirlo. Por lo que pasé casi setenta y dos horas en una pequeña ciudad de un reino vecino a orillas del mar, aprovechando para matar dos pájaros de un tiro—practicar, y llevar a cabo unos

tratados que me pidió nuestro gobernador.

Tratados que no sirvieron de absolutamente nada cuando volví para encontrar las

ruinas de Irulia.

Puedo proyectarme físicamente, pero mi alma permanece en su sitio original. Lo

que implica dos cosas—primero, que no puedo realizar magia alguna en mi nuevo apartado; y segundo, que al terminar mi tiempo de proyección regresaré de inmediato al sitio del que partí.

Por lo que la sonrisa con la que me despedí del mar se transformó un segundo después en confusión, y dos segundos luego en realización de la devastación que

se había vivido.

Varios días tras emprender mi escapada fue que decidí ir hasta Riedan. No me parecía terrible idea, al principio, proyectarme hasta las entrañas del reino y hablar de inmediato con su líder.

Pero no tardé en borrar la idea de mi cabeza. No estaba a un rango que me fuera

posible, por lo que igual debía acercarme. Y, además, en un mundo en el que la

magia es mirada con recelo, ¿qué reacción podía esperar si me aparecía en un

palacio producto de ella?

Lo que me esperaba era viajar. Y viajar. Hasta que, finalmente, aquí estoy viendo el final del desierto, tras días sin haber visto ni una sola alma más. Pocos, si es que nadie, podían sobrevivir a esa travesía. Gracias a mi magia yo lo hice y, frente a mí, reposan las dos montañas entre las cuales se dibuja la entrada a Riedan.

* * * *

En la entrada al reino se sitúan dos torres de avanzada y media docena de jinetes, recorriendo todo el frente de las montañas. Algunos me ven y me prestan poca

atención—una sola jinete, como demuestra el cabello largo que escapa de mi turbante improvisado, escondida de los demás ojos, y llegando a caballo del valle.

Eso piensan, al menos, pues me aseguré de doblar la distancia al salir del desierto para que no hubiera sospechas de cómo logré sobrevivir con un caballo

a ese ambiente inhumano.

Sin importar sus pocas sospechas, igual decidí franquear la entrada en horas nocturnas. Hay cosas que no tengo bajo mi control. ¿Y si los bárbaros decidieron atacar luego Riedan? ¿O cualquier otro ejército que estuviera cerca? Puede que

redoblen sus defensas y no dejen pasar sin preguntas ni a una sola mujer.

Tengo mi historia fabricada, por supuesto, como recién escapada de Yerrion, el

último reino en caer antes de Irulia. No todos en mi reino eran hechiceros o brujas, pero el solo nombrarlo puede despertar más preguntas de las necesarias.

Irulia y Riedan se parecen bastante—o parecían, al menos. La principal

diferencia son las montañas que abundan en Riedan, sin duda fuente de gran parte de la minería que le permite tener ese arsenal y edificaciones.

Si bien no forman una pared como tal, las cordilleras aledañas representan defensas naturales. Una defensa mucho más firme que con la que contábamos

Irulia estaba rodeado e invadido por bosques.

Estaba, pues la mayoría ya ardió en llamas mientras llegaba el ataque. Los últimos bárbaros en una formación eran los encargados de prender en llamas los

árboles, de manera que el campo de batalla estaba cerrado. O morimos o mueren,

parecían anunciar a sus enemigos.

Aquí en la periferia se ven muchos grupos empezando a asentarse.

Recogiendo

madera para prender fuegos, montando tiendas, otro reuniendo rocas para protegerse. ¿Habrá llegado alguno del desierto? Quisiera pensar en que queda esperanza para, aunque sea, una pequeña parte de aquellos con quienes me crucé

en el desierto.

Eso sí, me aseguro de prestar especial atención a cómo hacen estos grupos para

armar su campamento. Sé la teoría, pero nunca había tenido que ponerla en práctica hasta este viaje.

En el desierto podía simplemente valerme de la magia para convocar el agua o el

fuego. Aquí debo tener especial atención de cualquier uso de magia, por lo cual

debo prepararlo todo con mis propias manos. Y armar tiendas o cualquier otro refugio, pues no debo ser visible a ningún ojo.

Mis descansos en el desierto son cortos, aunque aquí puedo darme el lujo de extenderlos. La primera vez que paré fue en la cima de un árbol, luego en una pequeña caverna arrimada a las montañas, y luego para la tercera ya armé una tienda basada en remiendos que había conseguido.

Esta representó mi hogar en los días siguientes, durmiendo durante todo el día.

La manera más segura de alejar mis ojos morados brillantes de los ciudadanos de

Riedan.

Y, justo frente a mí, el inmenso—e infranqueable, se dice—castillo de Riedan.

* * * *

Dormí durante todo el día, y me di un festín con todo lo que me quedaba. Los últimos bizcochos, junto con unas ardillas que logré capturar y el fondo del frasco de vino de viaje que había traído. Esta vez traje al fuego con magia al interior de mi tienda, pues en esta zona, tan cerca del recinto, no debía haber gente acampando.

Por eso es que me atrincheré en una montaña, esperando que ningún centinela fuera a rondar este día.

Y ninguno lo hizo. Por lo que, apenas empezó a caer el sol, terminé con todo, desarmé, y me adentré al castillo. Los guardias no se apresuraron a recibirme, tomándose su tiempo para preguntar mi oficio en Riedan.

— Soy la tercera heredera del trono de Yerrion— respondí, en un tono muy cortés—. O la primera, pues mis dos hermanos y mis padres fueron asesinados

por los bárbaros hace unos meses. He tenido que tomar los caminos más esquivos y largos para llegar aquí y presentarme ante el sumo señor de Riedan.

>>Por favor, les suplico que me permitan reunirme con él y brindar toda la información que atesora mi reino, la cual es su último legado.

Los guardias se miraron, sin saber bien cómo proceder en ese caso. Y esa ignorancia los obligó a abrir sus puertas y guiarme a través del reino.

De verdad que era una ciudad de hierro. En los muros de la ciudad abundaban las ya nombradas herrerías, los martillos y yunques aun trabajando bajo la luz de las antorchas. Se localizaban en esta zona para no molestar el sueño de los ciudadanos, quienes en su mayoría vivían mucho más hacia el centro de la capital.

Los hogares eran armados con bloques, pero siempre había elementos de hierro

brillantes, bien fuera en su entrada, en el nombre del establecimiento, o en manos de los habitantes.

Y conforme nos adentrábamos, más y más. Las gruesas puertas bañadas en hierro, permitiéndonos el paso al vestíbulo del edificio del gobernador. Guardias con miradas fieras, veteranos de guerra.

Paredes decoradas con el catálogo completo de armamento. Antorchas en el techo derramando cenizas, preguntándome yo cómo hacían para encenderlas

todos los días. Alfombras traídas tanto del occidente como del oriente.

Y, entrando al vestíbulo y casi abandonándolo de inmediato, un gran hombre, con el cabello castaño, corto casi al ras y barba dominante; los músculos apretados debajo de su vestimenta; y unos ojos tan oscuros como los míos, y tan

penetrantes como la noche.

— Con usted, señorita, nuestro gobernador— anunció el guardia—. Alcid

Bronn.

3

Alcid Bronn escuchó atentamente mi relato. Era un hombre paciente, por lo que

podía ver. Me pidió realizar mi narración con todo lujo de detalles, sin omitir ningún elemento. Quería saberlo todo—de mi pueblo, del ataque de los bárbaros,

de mi travesía hasta aquí.

De mí. Tuve que mezclar mis conocimientos del reino de Yerrion con mi historia

verdadera para forjar una coartada verídica y que no pudiera ser franqueada fácilmente.

Mantuve la mayor frialdad posible, aunque de vez en cuando era inevitable tener

que fingir emociones. Tristeza aquí y allá, conforme tenía que tocar capítulos lamentables entre mis familiares, o con lo que tuve que ver en mi camino hasta

Riedan.

Una vela se consumió, la noche se hizo más oscura, y la luna ya amenazaba con

izarse en la medianoche cuando por fin acabé. Muchas veces intenté apurarme,

pero el gobernante me instaba a ir con calma.

Una vez di paso al silencio, Alcid Bronn clavó sus ojos sobre mí por casi un minuto, antes de levantarse y con un gesto señalarme una puerta.

— Bueno, ¿por qué no pasamos al comedor?— sugirió con una sonrisa—

Cuando llegaste estaba por ir a cenar, y escuchar tantas mentiras no hace sino abrir aún más mi apetito.

* * * *

Mucho más temprano, Alcid Bronn se mostró ligeramente contrariado con mi llegada—tenía hambre, después de todo. Pero al informarle su guardia de que se

trataba de una cabeza alta de otro reino, Alcid escondió toda inconformidad para guiarme hasta la sala de su Consejo.

Allí fueron encendidas velas aromáticas, las ventanas abiertas para dejar entrar la

noche, y dos centinelas fueron apostados para que nadie fuera a interrumpirnos.

El gobernante estaba muy serio.

Ahora, mientras pasamos al comedor, y nos servían una vasta cantidad de platos,

se notaba mucho más... ¿alegre? Su sonrisa parecía no poder desaparecer de su

cara.

Tan pronto me acusó de mentirosa, con algo de ofensa traté de contrariarlo—

pero no admitió respuesta alguna, y amenazó incluso con mostrarse mucho más

severo si no guardaba silencio. Por lo que no me quedó sino remedio para seguirlo hasta acá.

Una sopa con pata de gallina para expandir el estómago, seguida por gruesas

carnes magras y bizcochos mejores de los que alguna vez haya probado, para finiquitar con una especie de postre bañado en vino.

Y tarros de agua y vino a rebosar, de los que tomé hasta el cansancio. Sí, puede que haya podido cuidarme y mantenerme en pie, pero mis condiciones estaban muy lejos de ser las deseables.

Había perdido bastantes kilos, y era más mi voluntad la que me impedía detenerme que mi cuerpo. Ahora, teniendo todo cuanto pudiera desear frente a mí, eso era exactamente lo que quería—expandir mi estómago con dos platos de

sopa y luego atiborrarlo con todos los platos que los sirvientes de Alcid Bronn pudieran poner frente a mí.

También estaba el detalle de que sabía que, tan pronto termináramos de comer,

otra conversación seguiría. ¿Valdría la pena seguir insistiendo en mi procedencia de Yerrion? Ya Alcid había hecho una amenaza, y la severidad con la que la hizo

era otra más.

Algo en especial me llamó la atención—en ningún momento su rostro o cuerpo

hicieron el más mínimo gesto de desconfianza. Es imposible que se haya decidido al terminar.

Y si hay una faceta que se me da bien, es aquella de leer a las personas. Lo que significa que sabía que estaba mintiendo desde el mismísimo momento en que crucé su umbral. Seguir con la mentira probablemente no ayudaría en nada.

Y estaba ese otro detalle, su sonrisa. ¿Qué significa? ¿Es que acaso iba a matarme? Parecía disfrutar todo el doble desde haberme acusado. Tanto nadar para morir en la orilla.

O, más bien, ser decapitada en la orilla.

Tanta era mi angustia que no me quedó sino retomar la palabra en pleno postre,

sin haber llegado siquiera a su mitad.

— ¿Por qué tanta jovialidad?— pregunté— No has dejado de sonreír desde...

— ¿Desde que te demostré que no soy un tarado ingenuo?— su sonrisa se pronunció— Tranquila, no voy a matarte, si eso es lo que piensas. O al menos,

no aún.

Vaya alivio.

— Sonríó porque eres mucho menos de lo que esperaba— contestó—. Cuando

franqueaste las puertas de mi castillo, clamando ser alguien quien estaba totalmente seguro que no eras, temí algo peor.

>>Algún enemigo enmascarado, intentando quedar a solas conmigo para desboronar mi reino. O un espía, satisfecho con sacar información de mi reino.

Vaya, hasta podías ser en verdad ser alguien de Yerrion, y el deber iba a obligarme a ayudarlos. Y ya tengo suficiente con edificar y fortalecer mi reino, como para repartir mi fuerza.

— ¿Cuál deber con Yerrion? ¿Y cómo estabas seguro de que no era, con tan solo

verme?

Alcid Bronn dejó escapar su mirada por la ventana entreabierta del comedor, ofreciendo menos visibilidad de la noche que la del cuarto del Consejo.

— Aquí te encuentras conmigo como gobernante, pero eso no es lo que soy
—

empezó, sereno—. Lo soy por necesidad, porque mi pueblo me apuntó y porque

todos aquellos quienes tomaron el poder con anterioridad no hicieron sino faltarle el respeto a nuestro reino— sin mirarme, tomó un sorbo de vino—. No,

Alcid Bronn es un guerrero.

>>He llegado a ser soldado, capitán y comandante, da igual, al final del día lo que soy es un guerrero. Las armas me traen tranquilidad, el sonido del acero es

una melodía, y nunca puedo entregarme como al momento de cruzar mi mirada

con la del enemigo que estoy a punto de matar. O enemigos.

Una sonrisa cruzó su rostro.

— Mi familia era numerosa, y por una u otra razón fue decayendo— continuó—.

Bien fuera por enfermedad, por los pesares de la pobreza, o por la guerra, hoy soy el último de los Bronn en todo Riedan. Y sí, los adoraba, y hubiera dado mi vida por ellos. Pero no son mi única familia.

>>Pues la familia de un guerrero no es quien te da la vida o con quien creces, sino con quien compartes el campo de batalla. Aquellos quienes cubren tu espalda, quienes prestan su escudo, o quienes celebran una victoria a tu lado. O

huyendo juntos.

La mirada de Alcid Bronn hacía bastante rato que se había perdido, como si

no

estuviera aquí. El silencio que le siguió fue abrumador, resonando contra las paredes. No se sentía ni un alma en todo el castillo.

Alcid volteó entonces hacia mí.

— Compartí muchas batallas con el pueblo de Yerrion— añadió casualmente —.

Fueron nuestros aliados en la primera vez que salí al campo, enfrentándonos a una enorme hueste de bárbaros.

>>Fue algo brutal, una experiencia nueva y única para mí, conocer la sangre enemiga y aliada de primera mano. Y hubiera sido la última, si es que acaso Robert, el mayor de sus herederos al trono, no hubiera salvado mi vida. He allí

mi deuda.

Alcid Bronn se levantó, tomándose su tiempo para cerrar la ventana.

— Sé que falleció hace muchísimos años, y que tenía una hermana menor llamada Meera. Así como sé que era una muchacha con un cuerpo envidiable pero un carácter muy débil, a quien esperaban casar algún día a manera de alianza.

>>Mas no esperaban que lograra grandes proezas por su cuenta— Alcid posó sus manos en la mesa, y me clavó su mirada—. La Meera de la que me habló Robert

jamás ni nunca habría sobrevivido a ese ataque, ni mucho menos logrado recorrer la distancia hasta Riedan.

Aun con las manos aferrando la mesa y sus ojos fijos en mí, Alcid Bronn se sentó de nuevo en la mesa.

— Entonces, ¿quién hostias eres tú?

* * * *

La multitud de velas apagadas del comedor nos rodeaba.

— He allí mi sonrisa — siguió la respuesta de Alcid Bronn—. No se trata de una

amenaza, ni de alguien viniendo a poner términos. Es simple y sencillamente una

mujer asustada, quien me necesita a mí y a Riedan, por lo que todo a partir de ahora será más sencillo.

Bueno, al menos el todo poderoso Alcid Bronn no tiene todas las respuestas, por

lo que veo. Dentro de poco está por llevarse una pequeña sorpresa.

— Ahora, *Meera*— pronunció con especial énfasis mi nombre—. ¿Cuál es tu nombre?

— Marian.

— ¿Marian qué?

— Marian— respondí—. Solo Marian.

— Solo Marian, entonces— dijo Alcid—. ¿Qué buscas en Riedan? ¿Refugio? Si

es así, y tienes tanto conocimiento de los reinos, sabrás que aquí quienes escapan de la guerra, o de lo que sea que escapen, pueden asentarse en la periferia de nuestro territorio, y tendrán total libertad, con la condición de que en trescientos sesenta y cinco días estén produciendo para el reino.

>>De no hacerlo, serán obligados a abandonarnos en un periodo de un mes, tras el cual serán sacados a la fuerza. Es raro que tengamos que llegar a ello, pero suele suceder. La periferia. Sin excepciones.

Alcid dio un bocado al último bizcocho que quedaba sobre la mesa.

— ¿Buscas justicia? ¿Qué Riedan tome cartas contra quien sea que haya aniquilado a tu reino?— planteó— Pues déjame decirte que viniste al lugar incorrecto. Riedan puede que tenga domine un gran poder y yugo, pero la guerra

nos afecta a nosotros como a todos los demás. Y no podemos tomar decisiones

en base a agendas individuales, sea quien sea.

Otro sorbo de vino ayudó a bajar el bizcocho por su garganta.

— ¿Qué más podrías buscar? ¿Representas a un grupo y quieres hacer comercio

con nosotros? Pues nuestros tratados no los elaboramos de esa manera.

>> Todo es finamente estudiado y preparado por nuestros maestros, y la mayoría

de las asociaciones que ya tenemos en pie ayudan a mantener la paz, o a nuestros aliados, o generar una ventaja sobre los enemigos. La verdad es que no hay nada

que nos puedas ofrecer que nos necesitemos.

Otro error más. Me estoy encargando de anotar todos mentalmente, para poder sacarlos en el momento justo.

— ¿Qué te trae a Riedan, Marian? Si me equivoco y no se trata de ninguno de estos tres, ilumíname, por favor, pero no me cabe en la cabeza otra razón por la que podrías estar aquí.

Ahora o nunca, Marian. Véndelo, y si no lo compra, todo, ahora sí, habría sido

en vano.

— Verás, Alcid Bronn, tienes toda la razón. Quiero eso.

Su sonrisa de satisfacción se pronunció.

— ¿Cuál de las tres?— interrogó.

— Pero todas tres, por supuesto.

Alcid no necesitó de palabras para manifestar su confusión.

— Vengo a asentarme en Riedan— dije—. No en las periferias y no para producir en pos del reino, sino para vivir en la capital, en este castillo quizás, y beneficiarme de todo cuanto es generado en este vasto territorio. También quiero justicia para mi pueblo masacrado.

>>No espero que sea ya, ni a mi antojo, pero se trata de una amenaza enorme y latente, que en cualquier momento volteará sus caballos hacia acá e intentará hacer arder en llamas hasta las mismas montañas que nos están rodeando.

>>Y sin duda, no vengo por todo esto de a gratis. Sé perfectamente bien que es mucho pedir, por lo que, a cambio de todo cuánto requiero, Riedan podrá contar

con mi presencia. Algo que, estoy segura, representará una ventaja intangible.

Mi oferta no hizo absolutamente nada para mitigar la confusión de Alcid Bronn,

si es que acaso lo que hizo no fue aumentarla. Como buscando la respuesta correcta, volvió a tomar vino, sopesando cada acción hasta quebrar el silencio.

— Si hay algo que no puedo tolerar, es tener que repetir una pregunta—

manifestó Alcid—. No me conocías, Marian, así que esta vez te lo dejaré pasar.

>>Dices que a Riedan y a mí nos conviene tenerte cerca. Entonces, a ver, ¿quién demonios eres tú para hacer semejante aseveración? Y no me hagas preguntarte

una tercera vez.

Ahora me tocó a mí sonreír.

— No soy simple y sencillamente una mujer asustada, quien te necesita a ti y a

Riedan— le dije—, y dudo que no haya nada que pueda ofrecerles. Pues, Alcid

Bronn, estás tratando con Marian, la última sobreviviente de Irulia.

Y con solo levantar mis manos, encendí todas las velas muertas que nos rodeaban en el comedor.

La cara de estupefacción de Alcid Bronn me lo dijo. Sí, definitivamente no era

mucho menos de lo que esperaba.

4

El tiempo que siguió en Riedan fue... ¿solitario, pudiéramos decir?

Alcid Bronn había pasado de la obstinación a la satisfacción en las primeras horas de nuestro encuentro. La nostalgia y su ego llegaron a invadirlo también,

por momentos, pero apenas revelé mi habilidad lo que cruzó su rostro fue puro y

completo miedo.

Temor, en el imponente gobernante del respetable reino de Riedan. ¿Habrá otra

persona quien haya podido ver esa expresión en algún momento? Lo dudo seriamente.

El susto de Alcid no se pasó ni siquiera cuando volví a apagar las velas y me quedé en total tranquilidad. Se compuso y logró esconderlo, pero allí seguía.

Su única resolución de esa noche fue que ya habíamos conversado bastante y la

noche llegaba a sus horas más oscuras, por lo que toda plática debía continuar después. Instruyó a sus guardias a llevarme hasta el cuarto de las embajadas, situado en la torre más alta del castillo.

Y desde entonces esos han sido mis días. Algunos miembros de su consejo han

subido, y me han proporcionado todas las comidas. Desayuno, almuerzo,

merienda y cena, todos exquisitos, siempre con rebosantes en variedad. Pero no

hay manera de ocultar que, al fin y al cabo, lo que estoy es encerrada. Soy una

rehén del gobernante.

¿Malagradecida? Puede ser. Aquí están, brindándome cuidados y atenciones que

no he recibido desde abandonar Irulia, incluso mejores que la mayoría de mis días de prosperidad allá, pero la sencilla razón por la que lo hacen es por la misma incertidumbre que tienen.

No solo escaseamos las brujas, lo que aumenta nuestro valor, sino que somos poco entendidas. Las habilidades de una pueden limitarse a controlar los elementos, mientras que otras han sido capaces de producir terremotos que destruyen media civilización.

No tienen manera alguna de saber cuál es mi alcance, por lo que no pueden

lanzarme en una celda o descuidarme. Si no fuera por ello, ya estaría no en la torre del castillo sino en los calabozos, orinando mi propio recinto y sin recordar la sensación de la luz del día.

Tampoco es que sea tan malo. Estos cuidados me permiten recuperar mi energía

y centrarme. Doce horas antes de entrar a este cuarto por primera vez todavía estaba durmiendo en una tienda hecha a base de retazos, con solo una sábana separándome de la dureza de las rocas.

Me ayuda físicamente y, casi tan importante, empodera mi alma. Si al final fueran a tomar una decisión negativa y tuviera que valerme de la magia para intentar escapar, tendría mi alma a pleno, la cual representa la única fuente de energía para ello. Puede que termine jugándoles una mala pasada, si no escogen

bien sus armas.

Y si hay una ventaja en particular de este encierro en particular, es de la altura.

Pues me proporciona una vista envidiable, el recurso perfecto para cualquier explorador buscando conocer mejor una zona. Y eso es lo que más necesito—conocer mejor Riedan.

Pase lo que pase, va a ser esencial. O para lanzar un escape, o para ser parte del reino. Puedo observar con claridad la capital, e incluso gran parte de los territorios aledaños. Los campos, el ganado y los sembradíos, los puestos de avanzada. Los jinetes yendo y viniendo sin descanso, manteniéndose a punto ante cualquier necesidad.

¿Y qué decir de la capital? En el día sus calles se inundan de gente. Y es espectacular lo que se aprecia—puede que sea un pueblo libre, pero nunca se ve

un derroche de energía innecesario. Los niños atendiendo escuelas, saliendo

todos de sus casas tan pronto suena la primera campana, ya estando listos desde

un buen rato antes. Media hora después los soldados practicando su oficio, ensañándose con todas las armas de las que disponían—espadas, lanzas, hachas,

martillos, cimitarras, arcos, ballestas.

Máquinas de asedio siendo construidas o, en el caso de la mayoría, recibiendo mantenimiento. Caballos alimentados y cuidados y puestos a circular por los campos más cercanos. La incesante melodía de los martillos en las herrerías.

E incluso las mujeres, de las cuales la mayoría no era partícipe del arte de la guerra, intercambiando alimentos, oficiando las escuelas o ayudando en la atención de puertas y ventanas y muros.

Es fácil entender la fuerza que atesora el reino. Es una máquina, completamente engrasada y engranada, todos sus elementos trabajando para mantenerse a punto.

Sus soldados viven la batalla incluso aquí, quienes permanecen tienen su oficio, y los niños se preparan para heredar todos esos cargos. Si a eso sumamos un gobernante de quien se dice es infranqueable con una espada, ¿cómo no mantenerse en pie cualquier amenaza?

También es comprensible la necesidad que vieron los Guerreros de Acero, como

se les dice, en invadir Riedan y repeler a los bárbaros.

Mataban dos pájaros de un tiro. Primero, eliminaban el terror más grande de entre todas las tierras—algo en lo que fallaron, pues nada les costó a los bárbaros seguir, como siempre, de nómadas. Y segundo, se establecían en una tierra envidiable.

Con menos riquezas que Irulia u otros, pero gozando de una protección

natural

entre las montañas a tener siempre en cuenta. Los pocos espacios por los que podía acercarse un enemigo siempre estaban preparados y, además, los picos más

altos estaban repletos de exploradores, quienes moraban allá arriba y su única tarea era estar pendientes de cualquier acercamiento enemigo.

Ya las fogatas estaban armadas, y lo único que debían hacer era encenderlas para que la capital y los territorios circundantes supieran que alguien se avecinaba.

Y claro, una semana era tiempo más que suficiente para aprenderme todos los pequeños rituales y el día a día de la gente de Riedan. Como también para empezar a desesperarme.

Los visitantes, bien fuera el justiciero, o el señor de los bancos, o el sumo sacerdote, lo único que hacían era hablar trivialidades o facilitarme noticias de fuera del reino.

Y cuando preguntaba lo que más me interesaba, mi situación, solo respondían que el gran Alcid Bronn se encontraba ocupado con asuntos de guerra y que, tan

pronto se desocupara, podría atenderme como se debía. ¿Cuándo iba a ser eso?

Más pronto de lo que pensaba. En una de mis tardes de práctica de magia, algo

que hacía constantemente para mantenerme afilada—e, incluso, mejorar mis prestaciones si terminaba resultando necesario—, y a escondidas, pues no sabía

qué ojos de Riedan pudieran estar encima de mí, escuché pasos acercarse.

Preparada para el encuentro con otro miembro insignificante del castillo devolví

al suelo todos los objetos que tenía flotando en el aire, y me acerqué con una copa de vino a la ventana.

Pero, por la manera en que la puerta fue tomada por manos mucho más pesadas,

y la tardanza que se hizo en la entrada, sabía que se trataba de alguien diferente.

Alguien conocido, de hecho. El mismísimo Alcid Bronn.

* * * *

— Señorita Marian.

— Comandante Bronn.

— Disculpa que no haya podido visitarte antes, pero las materias de guerra me

han tenido bajo presión— explicó—. Espero que el trato dado haya sido excelso,

tal como ordené, y que hasta ahora tu estadía la estés disfrutando.

— Sin duda. Podría imaginar muchas maneras peores de estar encarcelada— espeté.

— ¿Encarcelada?— preguntó con disimulo.

— Sí. Eso es lo que estoy, ¿o no?

Si hay una baza que tengo que aplicar, es cantarle las verdades, una por una, a

este hombre. Ya lo tomó fuera de base una vez, y espero poder lograrlo otra más.

Después de todo, es más que evidente que este es un hombre ante el cual la gente se trata con mucho cuidado.

— Yo no lo veo así— respondió—. Sí, por supuesto, el asunto que trajiste a la

mesa es uno delicado, que no se puede tratar así como así, y por eso requería de un tiempo para procesarlo mejor. Mas no estás encarcelada. Si deseas irte, solo

dilo, y nuestras puertas serán abiertas para que lo hagas. Lo prometo.

O hablaba con la sinceridad, o era muy bueno mintiendo. ¿Cuál de las dos sería?

— ¿Entonces? ¿Qué hay del... *asunto* que traje a la mesa?

En ese instante me volteé para afrontar el oeste, donde el sol estaba ocultándose

—y sus rayos finales cayeron sobre mis ojos, y por la manera en que los de Alcid Bronn se dilataron en sorpresa, supe que había logrado mi cometido. Mi

tinte morado de bruja no era sino otra confirmación. Esa fue la razón final para saber que no se trataba de cualquier otra visita—los demás individuos siempre venían temprano por la mañana o en la noche, cuando la posibilidad de ver mis

pupilas moradas era mucho más efímera.

Había creencias de que una bruja era más poderosa con la ayuda del sol, cuando

el morado de su alma se manifestaba, aunque hasta la fecha no había nada que

me hiciera confirmar eso.

— Pues, como te digo, es delicado— recobró el habla Alcid Bronn—. La magia

nunca ha sido muy bien tolerada en Riedan, donde el pueblo es mucho más propenso a simplemente rechazarla y hacerla partir. Pero es innegable que no podemos hacer eso como si nada. Debemos— corrigió—, porque de poder puedo. Solo que no es lo que quisiera hacer.

— ¿Y qué quisiera?

— Ayudarte— dijo Alcid—. Si te fueras, probablemente sería hacia el encuentro

de tu muerte o, vamos a ser francos, podrías ayudar a otro reino. Y no queremos

eso. No está dentro de nuestros mejores intereses.

>>¿Que mueras? Poco repercutiría en Riedan, pero no eres una bruja cualquiera.

Lograste escapar a la masacre de Irulia, y además abrirte camino hasta acá. Eres una guerrera, así nunca hayas levantado un arma. Y eso es lo que más valoro en

una persona.

— Ayudarme— repetí—. ¿Ayudarme cómo?

— Otorgándote la ciudadanía en Riedan. Un hogar, que nunca te falten alimentos

o lo que sea que necesites para potenciar tu magia.

— ¿Y a cambio?— pregunté— ¿Qué gana Riedan?

— Que te unas a nuestro ejército— contestó—. Tengo grandes planes para ti.

Serás parte de nuestras filas cuando salgamos al campo. Con toda la libertad al

momento de utilizar tu magia, iluminarás hasta la más oscura tormenta a nuestro

favor.

>> Favoreciendo a mis tropas. Curándolas como solo los hechiceros pueden hacerlo. Acobijando a cualquier otra bruja o hechicero que consigamos en el camino y que los guíes por el camino de la rectitud, de manera que puedas tener

tu propio pueblo dentro de Riedan.

— ¿Planeas ser un conquistador?

— Ya lo he sido siempre— dijo con naturalidad—, y puede que nos vuelva a tocar. Pero hoy por hoy lo único que me interesa es aniquilar a los bárbaros.

Cada vez más se han acercado a nuestro reino, y no quiero que sean capaces de

dar un paso más.

>> Ya los primeros Guerreros de Hierro hicieron gran parte del trabajo, espantándolos de su territorio. Ahora hay que cumplir la proeza, no permitiendo

que vuelvan a quemar un pueblo más. Como Irulia. O Yerrion.

— ¿Qué piensas conquistar?

— Pues te lo acabo de decir— continuó Alcid—. Irulia, Yerrion, Hertilo. Todos

los reinos recién arrasados, que yacen sin un solo ciudadano, o edificación.

Tierras que siempre respetamos, y que no osamos invadir o atacar, pero que

ahora son vírgenes. No estaríamos robándolas, ya que no queda nadie para reclamarlas. Y en esto también entras, pues nadie tiene tanto conocimiento de esas tierras como tú.

Es una propuesta encomiable, y justamente lo que estaba buscando. Lo logré.

Tengo todo lo que quise—venganza contra los bárbaros, un nuevo sitio de residencia. Incluso podré tener a más brujas bajo mi manto, si es que las encontramos. Pero...

— Te estoy dando un reino de Riedan más poderoso— empecé mi respuesta —,

la posibilidad de eliminar a tu enemigo más fiero, y la facilidad para expandir tus tierras. Y, a cambio, ¿solo seré una ciudadana y soldada más para ti? No.

Alcid Bronn buscó palabras para replicar, pero no le di tiempo de hacerlo.

— Te daré todo eso, y más— dije—, a cambio de brindarme un sitio a tu lado en

la sala del trono.

5

Bueno, tampoco podía esperar algo demasiado diferente, ¿o sí?

Si antes dudaba de si estaba encarcelada o no, ya hoy puedo tener la absoluta certeza de que es así.

Tal fue la ofensa de mi sugerencia que lo único que hizo Alcid Bronn fue quedarse en silencio y lentamente retirarse de mis aposentos.

Y las dos semanas que siguieron en nada se parecieron—la comida iba más con

lo necesario que con los lujos, siendo dejada justo al lado de mi puerta; y las visitas se habían acabado, no interactuando con otro humano que no fuera el guardia que se encargaba de traer mi plato.

Si es que pudiera llamarse interactuar, claro, pues los primeros dos días no hizo sino ignorar mis preguntas, que pronto terminaron desapareciendo.

El mensaje de Alcid era claro—antes eras una invitada, ahora eres nuestra cautiva. Pero, ¿de qué le servía? No es como que fueran a intercambiarme con nadie más. ¿Matarme? Más fácil era hacerlo cuanto antes.

No, Bronn lo que estaba era intentando quebrarme. Esperando que recapacitara y

que aceptara su trato original, el que no incluía ningún delirio del trono.

¿Delirio? Tal vez. Mi idea original, al venir a Riedan, no fue sino lo que me planteó. Encontrar un nuevo reino que me acogiera, y no solo eso, sino que además quería que fuera parte integral de su logística y de su ejército.

Mucho más de lo que aspiraba, pero, tan pronto lo ofreció, no me pareció suficiente. Le estaba dando la solución a absolutamente todos sus problemas, ¿a

cambio de qué? ¿De un techo?

¿Qué diferencia así? Podía instalarme en la periferia, y hubiera sido casi lo mismo—el techo lo habría tenido que construir yo, aunque igual iba a tener que

producir para el reino.

En esa conversación, cuando Alcid Bronn manifestó todos sus planes, me di cuenta del poder que atesoro con mi don. Soy una bruja. Por algo han buscado

exterminarnos y secuestrarnos a partes iguales.

Tenemos una importancia que va más allá de lo tangible, y mucho más ahora, que las pocas que quedan están escondidas y que el único reino que las esgrimía

como baza principal ha sido exterminado. Soy, a todos efectos, la última

bruja.

Y así como la última mujer representa la última esperanza de sostener la raza, o el último fruto la última esperanza de plantar y cosechar muchos más, soy la última oportunidad de que la magia se mantenga sobre la faz de esta tierra.

No es algo trivial, hostias. Y si además le estoy proporcionando ese indecible poder a su reino en particular, ¿no debiera de pedir más?

La respuesta resonaba con eco en mi cabeza—sí. Hice lo correcto. Y Alcid Bronn puede intentarlo, pero no me va a quebrar. Así no, recibiendo comida y teniendo una cama para dormir. ¿Se arriesgará a quitarme esos beneficios?

Lo dudo, pues entonces debería temer mi poder—que, vamos, si bien no es tan

basto como el de otras brujas y hechiceros que conocí, es el que hay. Y aun si se atreviera, de nada funcionaría.

Vi con mis propios ojos los edificios en los que me crie hechos ceniza, sabiendo que entre ese polvo negro estaban los restos de todos quienes había conocido en

esta vida. Si eso no te quiebra, nada lo hará.

Entonces, ¿cuánto tardará Alcid Bronn en quebrarse?

* * * *

Las dos semanas solitarias me hicieron extrañar hasta a las incoherentes visitas de los habitantes del casillo. Incluso pensé en proyectarme, para conocer un poco más del reino o para romper la rutina del encierro, pero el riesgo es muy grande.

Si alguien llegara a mi cuarto—o debiera decir celda—mientras estaba proyectada, de inmediato pensarían que estaba envolviéndome en asuntos oscuros. ¿Y escapar? Sería prácticamente imposible. Al volver de la

proyección

tendría mi magia consumida, y a mano limpia nunca lograría salir de aquí.

Las tropas tenían días alborotadas. No tenía nada que ver conmigo—parte de la

guardia real había ingresado al castillo el día que hice mis demandas a Alcid Bronn, por lo que esos eran los encargados de cualquier situación conmigo, por

así decirlo.

No, días después es que empezaron a movilizarse, sin asentarse en un sitio claro.

Algo había sucedido. O estaba sucediendo. O iba a suceder.

Otra cosa, sin relación alguna, sucedió. Y es que esta vez los pasos los pude escuchar desde una distancia enorme. Ya estaba acostumbrada al silencio, y su interrupción me alertó desde muchos metros. Pasos pesados, una mano fuerte en la

manilla, y no había pregunta de quién venía.

Alcid Bronn entró a mi recinto acompañado de dos guardias. En su mano sostenía un pedazo de tela negro.

— No quisiera ponerte una capucha sobre la cabeza— dijo el gobernante—, pero

necesito que al menos te tapes los ojos. Y preferiría que lo hicieras tú misma.

Alcid me ofreció la tela.

* * * *

Estábamos lejos, pero, ¿qué tanto?

Los dos guardias, a quienes por ahora llamo Uno y Dos, se encargaron de escoltarme al comienzo. Pensaban que, sin visibilidad, iba a caerme por las escaleras.

Pero al soltarme de ellos les demostré que no hacía falta alguna, y por el suspiro de uno me percaté de que lo asociaron con magia. Si los soldados de Riedan a

quienes tanto he elogiado son tan imbéciles como estos guardias, creo que escogí el reino incompleto.

Escaleras y más escaleras, las mismas que subí al ingresar. Largos pasillos y estancias, sin duda pasando por el vestíbulo donde encontré por primera vez a Alcid Bronn.

Apenas la oscuridad murió y el viento dio en mi cara, fui montada en una carroza y arrancamos. Para esconderme del pueblo, esta mujer con los ojos tapados. Ahora que lo pienso, ¿es para que no vea hacia dónde nos dirigimos?

¿O para que los ciudadanos no vean mis ojos púrpuras y salgan espantados?

Mientras el ruido del pueblo se hace presente, entre el vaivén de la gente y las armoniosas herrerías, me es imposible dictaminar hacia dónde vamos.

Pero estar en una torre tan alta te hace amiga del viento. Y tal fue nuestra relación que una vez dejamos atrás el pueblo, pasando por el puente de madera

sobre el arroyo, lo sentí entrar por las cortinas de la carroza. Viniendo directamente hacia nosotros.

Y con un sutil movimiento de cabeza, sin hacer sospechar nada, me percaté de

que en nuestra ruta hay más luz que atrás. El viento, desde esta mañana, ha venido del oeste, y el sol se pone en esa misma dirección. Lo único que nos puede esperar hacia allá son las montañas.

¿Por qué vamos hacia allá? Si fuéramos a abandonar el reino tendríamos que

tomar el sur. Y al este abundan los campos y las barracas, todos dispuestos como el núcleo más productivo de Riedan. Pero en las montañas no hay nada, solo torres de avanzada y los exploradores en sus puntos más altos. Una que otra mina, aunque no creo que pueda hacer nada allí.

O no haré nada en ningún sitio. Voy a ser asesinada.

* * * *

Alcid Bronn debió haberlo intentado en el castillo. Allí habría ofrecido pelea, pero no habría podido acabar con todas sus huestes. Ahora, ¿aquí en la montaña?

Por más limpio que pueda ser, no hay manera alguna de que el gobernante y sus

dos guardias puedan conmigo.

¿O será que la movilización de su ejército algo tiene que ver? ¿Habrá mandado a

sus tropas a la montaña para esperarme? En ese caso, sigue siendo estúpido.

Morirán muchos más que en la torre, pues aquí también tengo el factor ambiente

para ayudarme. Más naturaleza, más elementos, más magia con la que jugar.

Pero el silencio es atronador. Cuando abandonamos el castillo se escuchaban aun

algunas voces de mando, parte del ejército preparándose. Aquí no hay nada. Solo

un animal ocasional, y el incesante sonido de la carroza. Y, claro, el jinete que nos acompaña, que tiene que ser Alcid Bronn. Un guerrero nunca viaja en comodidad, sino encima de su corcel.

El terreno se hace más denso, la noche más oscuro, y pronto terminamos

frenando. Los guardias y Alcid Bronn se mueven bastante, encendiendo antorchas y dejándome sola por minutos.

¿Me quito la venda? ¿Escapo? Antes de poder llegar a una resolución, las manos

de los guardias me jalan, y me guían sobre un camino pedregoso hasta encontrarme en un valle.

Y la venda me es quitada.

La luna dibuja su contorno en esta parte de la montaña, iluminándonos junto con

las cuatro antorchas que rodean el espacio. Los guardias terminan de disolverse, y frente a mí se encuentra Alcid Bronn.

— Marian. Disculpa todo el teatro, pero no podía permitir que mi pueblo viera

quien eras. No aún, al menos.

¿La verdad? ¿O la mentira antes de acabar con mi vida? Pero ahora estoy al descubierto, sin venda en mis ojos... Cada vez sería más difícil. Bronn no va a

matarme. Entonces, ¿qué quiere conmigo?

Como si hubiera leído mi mente, de inmediato respondió.

— Verás, todo lo que me planteaste tiene sentido— empezó—. Pero, al mismo tiempo, tienes que entender que estás pidiendo demasiado. Con sentido, claro, aunque bastante. Por lo que no puedo concedértelo, así como así. Tengo que probarte primero.

Alcid Bronn señaló al suelo, uno de los pocos resquicios que no había observado

aún. Ahí yacía una fina espada del acero más puro, ancha y poderosa, acompañada de un escudo de hierro. El gobernante se agachó para tomar la espada en sus manos, y pateó el escudo para que llegara hasta mí.

— Necesito saber si tienes el poder suficiente para ser merecedora del trono
—

explicó Bronn—. Y, al mismo tiempo, si tus intenciones para con él son correctas.

Bronn blandió su espada.

— Intentaré matarte, sin reservarme. Haré todo lo posible para derramar tu sangre sobre este suelo. Y tú, Marian, debes detenerme.

Bronn dio un paso hacia mí.

— Si caes, es una lástima, pero no estabas lo suficientemente capacitada como

para que un reino de esta envergadura yaciera en tus manos. Y, si me asesinas, sabré que no puedes controlar tu poder. Todos los altos cargos del reino están ya avisados, así que no pienses que puedes acabar conmigo y luego ir a reclamar Riedan.

Esto no tiene sentido. ¿O sí?

— Detén a un Alcid Bronn abocado a asesinar, sin acabar con mi vida.
¿Podrás

hacerlo?

Y antes siquiera de poder responder, la espada de Bronn voló con una velocidad

inusitada hacia mí. Y, en menos de una milésima, convoqué el escudo hacia mi

mano y logré detener su ataque.

El primero, al menos.

* * * *

Y llegó el segundo, seguido del tercero, y una embestida tras otra de su espada.

Sí, Bronn no tenía idea de que yo también había esgrimido escudos, como es mandato en tiempo de guerras, y que podía frenar sus acometidas, pero no eternamente. Y mientras su velocidad aumentaba, cada vez se me dificultaba más, y tras trastabillar un segundo...

Me proyecté. No hizo falta exagerar, solo aparecer por cinco segundos del otro

lado del valle. Los segundos suficientes para que Bronn se acercara a mí y reaparecer en mi posición original. Y sus próximos intentos tuvieron que enfrentarse a lo mismo, hasta uno en que aparecí detrás de él y lo golpeé en la cabeza con el escudo.

Los ojos de Bronn derramaban fuego—esta era la verdadera versión del hombre,

el guerrero. Cada vez ganaba más velocidad y se desbocaba, y la proyección empezaba a pasarme factura. Con el escudo no era suficiente, pues el próximo contacto que hizo con su poderosa espada me hizo soltarlo.

No había manera de que este hombre me derrotara, eso estaba claro. Lo único que necesitaba era hacer una demostración, y eso fue exactamente lo que hice.

Convoqué agua para que brotara del subsuelo e inundara sus finas ropas,

haciéndole perder terreno. Acerqué el fuego de las antorchas para rodearlo, quemando un poco su mano para que su espada dudara. Y, cuando decidí que había suficiente, exprimiendo lo que quedaba de mi alma, terminé mi acometido

—unas gruesas lianas abandonaron la tierra y amarraron con fuerza sus extremidades.

Y así quedó Alcid Bronn, sin espada, crucificado en el suelo. Y una risa fue lo próximo que pude escuchar.

6

Pronto regresé a la recámara de huéspedes en la alta torre. Pero no fue un regreso sin cambios, sino directamente hasta hace unas semanas—de nuevo con toda la

comida a mi disposición, con las visitas diarias, con el permiso para salir cuando lo deseara—sin abandonar el castillo, claro está—, y con el añadido de ver constantemente al mismísimo Alcid Bronn.

Lo había convencido. De mi poder, al menos. Con solo un escudo pude frenar cada acometida suya. ¿De mis intenciones? No lo maté, y con eso es suficiente

por ahora.

No quedaba duda de que Marian sería un baluarte de valor inmensurable para el

reino de Riedan, y de que el respeto que ya se le tenía sería aún mayor al contar con la última bruja declarada de todas las tierras.

Al mismo tiempo podría ser una invitación al ataque de enemigos unidos, pero

esa era una preocupación menor. Ya se había tomado la decisión, y lo que quedaba no era sino implementarlo.

No de inmediato, claro está. Por ello estoy aquí, de vuelta en la que ha sido mi morada durante el último mes. No es como que Alcid pueda aparecerse en

su pueblo de la nada y declarar que el trono ahora sería compartido, y marchar a la nueva co-gobernante por sus calles.

Este tipo de asuntos debía ser preparado con mucha delicadeza, y anunciado con

antelación. Tanto para no agarrar a los ciudadanos fuera de base, como para crear una expectativa que quede satisfecha al sellar el trato.

Y eso es justamente lo que se está haciendo. Mientras observo al reino—¿o debiera decir mi reino?—desde mi alta torre, los heraldos de Alcid Bronn están

surcando cada calle, cada campo, cada barraca, cada caverna y cada montaña para anunciar de la llegada de Marian la Primera, la más poderosa bruja que haya sido visto en la tierra, para tomar las riendas de Riedan y sentar definitivamente las bases para que nunca más deban preocuparse por los bárbaros o por cualquier otro pueblo. Enemigo o amigo. Ninguno.

Co-gobernante, eso sí. Lo más lógico, y lo que estaba en la cabeza de todos, era

sencillamente casarme con Alcid y convertirnos en rey y reina de Riedan. Pero por alguna razón ambos frenábamos la idea.

¿Yo? Vine con aspiraciones de supervivencia, y luego me di cuenta de que podía

conseguir más cosas tanto para mí como para todo el reino. Me lo propuse, y lo

logré. Ahora, ¿por qué atar todo al nombre de un hombre?

De ser la reina por matrimonio, en el momento en que Alcid Bronn falleciera, lo

perdería todo. Sería reina regente por un tiempo y terminaría cediendo el poder a otro sujeto de Riedan—si es que en el camino no habían surgido herederos.

Y eso era perder bastante, tomando en cuenta que me casaría con un hombre a

quien apenas conocía.

Respecto a la razón de Alcid Bronn no me queda sino lanzar hipótesis. Es un hombre casi imposible de leer, después de todo, y nuestras charlas previas y actuales han sido todas de estrategia, de políticas del reino y de lo que sucede por fuera.

Nada personal, salvo ese fragmento de batalla que me comentó el día que nos conocimos. De allí a adivinar por qué no se prestó la idea, o por qué con tal edad y jerarquía permanece soltero, ¿cómo pudiera saber?

Eso sí, no es por falta de gusto a las mujeres. Me he percatado de la manera en

que me desviste con la mirada, cuando no puedo darme cuenta—y cuando sí también, antes de retirar la mirada, como queriendo dejar un mensaje claro.

Y muchas sirvientas del castillo se sonrojan y bajan la mirada al cruzarse con él, como queriendo esconder un secreto que sus sonrisas revelan. Es más, esto sucede con la mayoría—quizás hasta las folle como requisito para entrar a su castillo.

Puede que esté exagerando, pero el hecho es que Alcid Bronn gusta de las mujeres, y bastante. Y si bien puede que yo no sea el ejemplo más vívido de belleza entre todos los reinos, sé que disfrutaría de mi compañía. Entonces, ¿por qué no lo hace?

¿Mi única pista? Sus visitas al cementerio. Todas las noches, cuando la oscuridad cubre al mundo, una figura encapuchada parte del castillo camino al depósito de tumbas de Riedan.

Sin antorchas, ni acompañantes—valiéndose de la luz de la luna para llegar hasta allá. Podría ser cualquier persona, claro, si no fuera porque dos visitas de Bronn

han terminado exactamente cinco minutos antes de que el sujeto del cementerio apareciera. Precisión perfecta. ¿Casualidad? Lo dudo seriamente.

¿Quién reposa en ese cementerio?

* * * *

Esa mañana una enorme hueste de jinetes partió. No era un ejército como tal, pues una armada debe combinar la fuerza montada con milicia a pie; y, además,

se disolvió apenas partieron.

Tres tercios, cada uno destinado bien fuera al oeste, al sur o al este. Los cuernos de batalla anunciaron su partida, y llevando pocas provisiones arrancaron al encuentro de las salidas. No fue sino hasta que llegó Alcid Bronn que pude saber qué había sucedido.

— Pues tú sucediste— respondió, bajo el calor de la hora del sol más alto—. Mis

heraldos ya han corrido la voz de tu nombramiento dentro de Riedan, y ahora la

esparcirán a través de todos los reinos. Por eso viajan ligero, pues más será lo que tengan que esquivar y correr que permanecer en un sitio en particular.

— ¿Y por qué tantos?— pregunté— ¿No es mejor enviar un grupo más pequeño

a nuestros aliados?

— Si fueran hacia nuestros aliados, sí— una sonrisa de malicia apareció en Bronn.

— No buscas que se enteren ellos— añadí, entendiendo—. Todo lo contrario.

Que nuestros enemigos lo sepan.

Alcid asintió levemente con la cabeza.

— ¿Para asustarlos?

— Para llamarlos— me corrigió—. Riedan está a plenitud, y en una semana, un

mes o un año vamos a estar casi exactamente en la misma posición. En cambio,

los bárbaros se expanden a velocidades alarmantes.

>>El ritmo al que tienen hijos y saquean villas les permite crecer de una manera que nunca podríamos igualar. Y en una semana, un mes o un año podrían tener la

ventaja sobre nosotros.

— No vas a perder tiempo— acoté.

— No. Cuando llegaste te lo dije, me mostré contrariado al principio pues ya teníamos suficiente con ellos como para prestar ayuda a otros reinos. Y ese suficiente son ellos, destruyendo todo lo que se halla cerca y preparándose para tomarnos a nosotros.

>>Desde que me revelaste tu identidad estuve pensando en la manera de usarte, si me disculpas, en este enfrentamiento. Que tiene que ser ya, cuando acabamos

de ganar una ventaja envidiable y ellos no lo esperan.

— Es algo... precipitado.

— Puede ser— contestó—, pero así es que he llevado mi pueblo a tantas batallas. Pensando mientras corro.

— Pero si lo anuncias van a esperararlo, y muere el factor sorpresa.

— Precisamente— sonrió Alcid.

Sin saber adónde quería llegar, esperé su respuesta.

— El bárbaro es un pueblo impulsivo, que no piensa. Y no temen ni repudian tanto a algo o alguien como a una bruja o hechicero. De saber que estás aquí con nosotros, y que los estamos amenazando a quedarse quietos, de inmediato se lanzarán hacia nosotros.

>>Tenemos aún unas semanas de colchón para terminar de prepararnos, pero en ningún lugar tendremos tanta ventaja como aquí en nuestro propio reino.

— Y se corre el riesgo de que el pueblo sufra las heridas de guerra— le recordé

—. O que otros enemigos se aprovechen de los despejos.

— Los otros enemigos no se acercarán— replicó—. Todos tienen su sitio bien marcado en este momento, y no tienen las armas de asedio que necesitan. Y

respecto a nuestro pueblo, no creo que sufra, cuando contamos con un arma de

tal magnitud.

Otra vez a eso. Era mejor volver a aclararlo.

— Creo que me sobreestimas— dije—. Eso de anunciar al pueblo de la llegada

de la bruja más poderosa, y pensar que yo sola puedo con los bárbaros. Solo soy

una hechicera, como todas las demás que habitaban en Irulia. Tampoco llegó hasta ese punto.

— Tu leyenda te precederá, Marian. Y, además— otra vez apareció esa mirada navegando por mi cuerpo—, tu belleza es capaz de crear cualquier ilusión.

No supe si agradecerle o sentirme violentada, así que simplemente guardé silencio por un buen rato. Cuando Alcid Bronn se levantó para retirarse, dejé escapar una última pregunta.

— Bronn.

— Te he dicho que puedes llamarme Alcid— dijo con sutileza.

— Alcid. ¿Cómo se supone que voy a ayudar en la batalla contra los bárbaros,

además de ofrecer curación?

Bronn sonrió desde el marco de la puerta.

— Pues, ¿qué más ayuda que volcarles una montaña encima?

* * * *

Mi privilegiada posición en la torre me había permitido ver gran parte del reino y de la vida de sus ciudadanos, pero nada me hubiera preparado para la visión que

me recibió el día en que finalmente era nombrada la co-gobernante de Riedan.

Pues el evento se hizo en una plaza muy visible al frente del castillo, y una multitud de gente que nunca había imaginado, ni en las manifestaciones más grandes de Irulia, se había congregado a todo su alrededor. Soldados, curanderas, herreros, pescadoras, campesinos, cazadoras.

Pensar que había parte que no había asistido—aquellos no dispuestos a

abandonar sus campos, y los nuevos asentados en las periferias. Ya de por sí, solo con esta gente, se podía llenar la capital de Irulia. Y aquí sobraba espacio.

El nombramiento fue presidido por el líder del consejo, el hombre más versado

en reyes, y por el segundo comandante en jefe de todo el ejército de Riedan.
La

guerra y la política se cruzaban para sellar los flecos de un nuevo reino, más poderoso, más seguro y más completo. Por primera vez, con la magia aceptada y

exaltada entre sus montañas. Una nueva era, en todo su defecto.

Ambos dieron sus discursos, así como el de Alcid Bronn, y el mío, dando gracias

a tan generoso reino por abrirme sus puertas, aun en una época en la que confiar puede pagarse caro. Ya Iruvia lo había sufrido, y no estaba dispuesta a permitir que mi próxima casa fuera a pasar lo mismo. Costara lo que costara.

El nombramiento, un banquete de honor para todos quienes atendieran, con el emperador Alcid Bronn y la nueva co-gobernante Marian almorzando en plena plaza, justo al lado de ellos. Riedan no era un pueblo de distinciones, por clase, por profesión, o por sexo.

Por supuesto que cada quien tenía su cargo, pero no había exclusión. Y nunca se

demonstró mejor que en esa comida para todos por igual, en la que los bizcochos

abundaron y el vino se desparramó por todos lados—quizás ese fue el exceso, pues la mitad del vino existente en Riedan fue consumido.

Pero, ¿qué más da? Riedan tiene a una nueva herramienta de batalla y de política, Alcid Bronn cementó su posición como el comandante más respetado de entre todos los reinos, ¿y yo? Tengo un hogar, y un poder que nunca había explorado en mis manos.

* * * *

Había un pequeño detalle—el castillo de Riedan solo tenía un dormitorio de gobernante. El segundo estaba en proceso de ser construido, pero una

repentina

plaga de varicela cayó sobre los obreros encargados y todo se retrasó, de manera que no estaría listo para la noche de mi nombramiento.

No tenía problema alguno en volver a mi torre, pero los miembros del consejo insistieron—mi lugar estaba en el cuarto más vistoso, y la cama era lo suficientemente amplia para Alcid Bronn y para mí. Después de todo, hasta cuatro personas podían dormir con total comodidad sobre ésta. Una medida temporal, hasta terminar el cuarto.

Alcid se mostró respetuoso, saliendo del cuarto para permitir que me cambiara,

tomando su espacio en la cama, y deseándome buenas noches antes de dormir.

Pero, al despertar unas horas después, pude darme cuenta de que no estaba precisamente descansando—su respiración era más pesada, y su pie se movía con un tic. ¿Sufría de insomnio el alto comandante?

— Bronn— lo llamé—. ¿No puedes dormir?

— ¿Qué?— su sorpresa fue evidente. Juraba que estaba dormida— No, solo me

desperté hace rato. Tranquila.

Pero al voltearme me di cuenta de que no era así—Bronn estaba sudando. Algún

calor en su cuerpo le estaba impidiendo conciliar el sueño.

— Estás empapado— dije—. ¿Tienes fiebre?

— No, es solo que...— Bronn pareció dudar—. No recuerdo la última vez que

dormí con ropa. Suelo hacerlo como me enviaron a la tierra. Simplemente no

estoy acostumbrado.

El respetuoso Alcid Bronn quien, por mucho que su mirada me deseara, dormía

con toda su ropa puesta para no faltarme el respeto. El vicioso guerrero que temen todos los reinos y que conocí en la montaña puede apartar su lado salvaje

y ser todo un caballero.

No había necesidad alguna de que pasara la noche en vela por mi culpa. Así que,

sin aviso alguno, me acerqué para quitar su camisa, desvelando un espectacular

pecho curtido en batalla, justo por encima de un abdomen esculpido. Y, apenas

un segundo después, aparté también su pantalón, dejando al descubierto unos poderosos muslos. Claro, con un grueso pene en todo el medio.

Demonios. Si su cara se veía espectacular, su cuerpo la deja en pena. Vaya hombre.

Y al ver la ligereza con la que su pene tomó firmeza, me di cuenta que estaba pensando casi lo mismo de mí.

7

No pasó más nada, claro está. Le hice el favor a Alcid Bronn de desvestirlo para permitirle conciliar el sueño, y de inmediato me volteé. Mientras era ahora a mí a quien le costaba dormirse, Bronn no tardó en empezar a roncar muy

suavemente. Y, conforme los recuerdos del día pasaban frente a mis ojos, también caí rendida yo.

* * * *

Al despertar ya Bronn no estaba allí. La guerra no tiene hora, y mucho menos cuando tú la estás cortejando—desde temprano el comandante debía encargarse

de cientos de asuntos.

Continuar el entrenamiento de sus tropas, hacer selección de armas, verificar el estado de las defensas y muros, y tomar decisiones en conjunto con el consejo.

Si bien estoy pendiente de muchos de estos asuntos, no soy la que toma la decisión final porque, al fin y al cabo, no me preparé toda mi vida para ello. Me preparé para la magia.

Y ahora, Alcid Bronn pretende que la use para enviar una montaña entera sobre

el ejército de los bárbaros. Cuando lo dije me reí, pero hablaba con total seriedad. No sé de dónde habrá sacado aquel designio, y está convencido de que

puedo hacerlo.

A pesar de mi insistencia, lo único que me dijo es que me tomara mi tiempo y que me preparara para mi misión. Y el problema no es que falle—es que gran parte de sus planes están centrados en ese pequeño detalle, con lo que toda la batalla puede quedar mal.

Así que gran parte de mis días los paso en la montaña, convocando cualquier elemento natural y encargándome de mover lo que se atravesase—animales de carga, árboles, intentando hacer temblar torres de avanzada.

En muchos casos soy exitosa, pero nada de ello se compara con una montaña entera, que no es solo hacer temblar, o mover, sino destruir y volcar.

Con lo demás me puedo manejar bastante bien—agua, fuego, tierra, viento.

Cuando aparezca el ejército de los bárbaros puedo apoyar lo suficiente.

Empapar sus caminos y hacerlos inaccesibles, fragmentar la tierra a su paso, poner todo el viento en su contra para que nuestras flechas tengan más alcance, y rodearlos en llamas. Esto último no sirve de tanto, porque esa es precisamente la estrategia de batalla de los bárbaros.

Batalla inminente, pues los heraldos trajeron la noticia de que se acercaban.

Bueno, los heraldos que sobrevivieron—la mayoría fueron cazados, y los que sobrevivieron tuvieron que lanzarse en huida desesperada de vuelta hasta Riedan.

Fueron más bien los exploradores, con más experiencia y destreza, los que se quedaron lo suficiente como para documentar el avance del enemigo en apenas

un día, listos para exterminar esta amenaza.

¿Acaso eran tan estúpidos? Podían creer que los heraldos simplemente estaban manifestando dominancia, tratando de amenazar a todos los reinos y ponerlos en

su lugar.

Pero acercarlos así a los bárbaros era muy obvio. Mairance no es como ello, al menos. ¿Es de creer que se tragó eso, así como así? ¿O ya tenían un plan y simplemente lo aceleramos?

No hay caso ya, sino prepararse. Alcid Bronn no descansa con las armas de día,

y yo tampoco lo hago con la magia.

* * * *

Y en las noches seguimos compartiendo cuarto. Hay muchos obreros capaces de

construir mi dormitorio, pero solo unos pocos tienen el permiso de alterar la arquitectura del castillo. No el permiso, vamos, la habilidad comprobada. Y

justamente ellos seguían padeciendo de la varicela, la cual se había arrimado a ellos en una excursión al campo justo antes de empezar la obra.

Nadie lo admite, aunque lo más probable es que fuera en el burdel. Riedan no es de aceptar esos hábitos, por lo que solo tienen uno, y se encuentra bastante apartado de la capital, con unas condiciones precarias. Con decir que desde mi ventajosa posición en la cima de la torre no alcanzaba a verlo.

Igual que la primera noche, Alcid durmió totalmente desnudo, cayendo al más allá desde el mismo instante en que tocaba la cama. A mí me seguía costando, pues por alguna razón el sueño parecía despertar mi imaginación.

Una que es basta, siendo practicante de magia, la cual requiere abrir la mente.

Una imaginación que concebía imágenes del cuerpo de Alcid, uno que ya había

visto por completo, pues la segunda noche llegó a levantarse a tomar un poco de

vino y pude ver su culo, tan poderoso y simétrico como el resto de su cuerpo.

¿Era lujuria? ¿O el estrés del combate inminente? Pero cada noche crecía mi imaginación y, sobre todo, mi curiosidad. Hasta que no aguanté más, y unos nueve días tras compartir cama, deslicé mis dedos dentro de mi pantalón, bajé por mi pubis, y empecé a frotar mis labios.

Un frote suave y avanzando muy poco a poco, como si estuviera seduciéndome a

mí misma. Avanzando y abriéndose camino, encontrando la eminencia de mi clítoris. Una, dos vueltas a su alrededor, y luego liberé mi cama—ganando velocidad, estimulándome más y más, mientras veía los perfectos músculos de la

espalda de Alcid, reposando boca abajo en la cama.

Lo otro que alcanzaba a ver era su perfil, con su barba asomándose, y eso fue suficiente para darle con más fuerza a mi clítoris.

Y, cuando no fue suficiente, llevé mi dedo índice y medio dentro de mi vagina, y empezaron a entrar y salir. Una y otra vez. Nada obstruía su paso— hacía mucho

tiempo ya que había dejado mi virginidad atrás, cortesía de un hermoso foráneo

que había aparcado el tiempo suficiente en Irulia.

Por unos segundos recordé todas las noches que había pasado con él, pero la imagen dio paso de inmediato a la del hombre que yacía a mi lado. No pude sino

cerrar mis ojos, imaginando que mis dos dedos eran la longitud del pene de Alcid Bronn, entrando y saliendo de mí, dominando este reino, dominándonos el

uno al otro...

— Marian.

El brinco que di pudo haberme llevado hasta el techo. La palabra de Bronn había

sido suficiente para sobresaltarme, concentrada como estaba en mi faena. La

sábana me daba suficiente cobijo para no revelar lo que hacía, y con disimulo saqué mi mano de mi vagina—y de mi pantalón—, y volteé. ¿Qué pensaría de mí? ¿Algo bueno, o todo lo contrario?

— Disculpa si te desperté— añadió—, pero, ¿lo sentiste?

Sí, claro que lo sentí. Me sentí profundamente. ¿Qué esperaba ahora?

— ¿No?— preguntó— Mira, escucha.

Y, efectivamente, lo escuché. Bronn no hablaba de mi acción, ni de nada relacionado—sino del cuerno de batalla que hacía eco a lo largo de las montañas, invadiendo los campos y llegando hasta el mismísimo castillo.

— Es un solo cuerno, viniendo del este— dijo Bronn—. Los bárbaros no pueden

haber llegado, pero no lo sonarían a esta hora si no fuera una emergencia.

Quédate aquí y lidera, si eres necesitada en el campo te haré llamar.

Bronn se colocó su túnica y partió a toda velocidad del cuarto. Quería ir, y ser parte de la batalla cuanto antes, pero, ¿cómo podía reaccionar? Estaba totalmente mojada en la cama, y hace segundos apenas mi dedo estaba dentro de mí.

* * * *

Que Riedan era un pueblo de hierro sonaba a palabrería exagerada, pero no era

así. Pues no solo se trataba de sus armas, o de sus edificaciones—sino de su gente. En cualquier otro reino habrían empezado a correr rumores, propagados por los ciudadanos y soldados por igual, y habría una desinformación general.

Aquí no. Aquí solo tenía permitido hablar quien tenía cartas en el asunto y podía dar un anuncio verídico.

Los bárbaros habían llegado. No había duda. Mas no se trataba del grueso de sus

fuerzas. Un batallón imponente, pero sin llegar a una décima parte de su poder.

Los muros y la puerta de ese valle serían suficientes para frenarlos, y el resto del ejército caería sobre ellos pronto para exterminarlos.

Habían hecho también justamente lo que Bronn esperaba—atacar por la

puerta más próxima. No le dieron mucho pensamiento a la logística, y simplemente hicieron lo más fácil.

Como gobernante tuve que mantener la calma en el castillo, así como tomar todas las decisiones cercanas—quién debía partir hasta el ataque como refuerzo,

qué hacer en las otras montañas, la respuesta de la capital.

Decisiones fáciles, pues lo único que había que hacer era concentrar el martillo sobre el enemigo, y alertar a los centinelas de los demás puntos.

La batalla no tardó en ser ganada. Muchos bárbaros encontraron su muerte bajo

el hierro y acero de nuestros guerreros, aunque la mayoría terminó huyendo desesperada. Sin duda avisarían al resto de los bárbaros de nuestro poder, y recularían antes de lanzar otro ataque.

Aunque, ¿a qué se debía esto? ¿Fue un grupo que tomó iniciativa propia y se separó? ¿O estaban tanteando nuestro poder? Estas preguntas ya me las hacía cuando las planteó el consejo, pero pronto las olvidé por completo—un jinete trajo despavorido la noticia de que el gobernante había sido herido.

Alcid Bronn había recibido una flecha envenenada en el antebrazo y estaba siendo traído de emergencia.

Los maestros insistieron en que permaneciera en mi cuarto—no había forma de

que le pasara algo grave a Alcid Bronn. Habían tratado heridas peores y el sujeto quedaba sin secuelas.

Que conciliara el sueño, decían, para que mañana pudiera descansar el

gobernante y yo tomara las decisiones menesteres de cara al futuro por ese día.

Pero fue totalmente imposible cerrar mis ojos, con la curiosidad

carcomiéndome

sobre el estado de Bronn. E, incluso, la preocupación.

La noche entera se me fue, y cuando un milímetro de sol podía ser visto en el horizonte, por fin sonó mi puerta. Esperaba a un maestro trayéndome noticias, pero no—era el mismísimo Bronn, caminando con debilidad, casi arrastrándose,

aunque sin ayuda alguna.

— Marian— pronunció con dificultad—. Repelimos al enemigo. Sufrieron pérdidas importantes de cara a nuestro próximo enfrentamiento.

En mi cara debió reflejarse aquella preocupación, porque Alcid sonrió para quitarle importancia.

— Ya cerraron mi herida, y el brazo tendrá que descansar varios días, pero estaré bien— respondió—. Las sanguijuelas absorbieron todo el veneno y estoy como

nuevo, solo necesito...

No sé qué era lo que necesitaba, y nunca llegué a saberlo. Pues antes de que pronunciara otra palabra ya me había lanzado hacia Alcid Bronn para besarlo, sosteniendo con fuerza su cuerpo entre mis manos, y llevándolo lentamente conmigo hasta la cama.

8

Toda restricción y recato previo quedó allí—esa noche, dentro de ese cuarto, en

esa cama. Si el camino de Alcid Bronn y el mío nos habían hecho coincidir en el

reino de Riedan, en ese momento estaban por quedar totalmente sellados y confluidos en uno común.

Porque sí, yo lo llevé hasta la cama, pero una vez allí fue Alcid—no, Bronn, mucho más fiero y fuerte—quien me cargó entre sus brazos y me depositó sobre

la misma.

Sobre nuestras sábanas nos besamos hasta el cansancio, olvidando que el sol estaba descubriéndose, que una herida yacía en su cuerpo, que teníamos un reino

al cual liderar.

Todo se resumió en nuestros labios, danzando al unísono, los míos enseñándoles

sus idas y venidas y los suyos buscando dominar.

Nuestras lenguas se palparon mientras nuestros cuerpos se apretaban cada vez más, y más, hasta el punto de darme cuenta de que mis piernas estaban totalmente entrelazadas alrededor de su cuerpo. Su hombría yacía allí, firme, con el gran tamaño que ya le conocía, queriendo escapar de sus pantalones.

Y más libres no podían estar nuestras manos, afirmando su presión y

recorriendo cada rincón de nuestros cuerpos. Yo ya lo había visto, pero no era lo mismo palparlo, sumergirme dentro de su ropa y sentir la firmeza de sus músculos, el espacio sobrante entre cada abdominal, el poder de sus muslos.

Y Bronn aprovechó de finalmente matar su curiosidad y hacer por lo que tanto

esperó, al apretujar mis grandes senos, al surcar la curvatura de mi espalda, e impactar con la violencia de su palma mi nalga izquierda. Todo dentro de la melodía de nuestros besos.

Pero no era suficiente. Y mientras sentía las manos de Bronn tomar caminos opuestos, una adentrándose en mi pantalón y la otra rodeando mi seno hasta afincarse en mi pezón, primero tuve que separarlo para quitarle toda su ropa

así es como debía estar, expuesto, tal como le gustaba dormir.

Y como me gustaba verlo. Y mientras besaba su cuello, y mi pezón y mi clítoris empezaban luego a ser víctimas de sus dedos, y mi canal se humedecía, y mi ropa empezaba a estirarse por su afinque...

La puerta. La maldita puerta del cuarto, siendo golpeada una y otra vez. Las primeras veces nos bastó con ignorarlos, pero continuaba de tal manera que no

nos quedó más remedio que separarnos.

— ¡¿Qué desean?!— bramó Bronn, colérico.

— Han llegado nuestros exploradores con reportes de los movimientos de los bárbaros— replicó un emisario.

— ¿Puede esperar?

— No, señor Bronn— se excusó—. La amenaza sigue viva.

Contrariado, a Bronn no le quedó nada más que mirarme—y, tras dedicarle un último beso, me levanté tal como estaba vestida aún para ir al encuentro del consejo. Allí quedó en la cama Alcid, totalmente desnudo, sudado y con su pene

más firme que una bandera.

* * * *

No era otro ataque lo que se cernía sobre nosotros, al menos. Pero en una situación de guerra ningún movimiento enemigo puede ser pasado por alto, sobre

todo tomando en cuenta que aún estábamos más que expuestos.

El resto de los bárbaros se habían movilizado y se encontraban a un día de cabalgata de nosotros. Una fuerza grosera de miles de guerreros, entre los que

hasta sus mujeres estaban muy bien armadas.

Su grueso se había concentrado en la misma puerta que habían intentado traspasar—y que no habían podido franquear, aunque todas las torres y puestos

de avanzada estaban en condiciones deplorables, necesitando una reparación con

urgencia.

El mensaje era claro—descubrimos por dónde queremos entrar, y lo haremos pronto. No habían proseguido su andar, sino que habían armado campamento y

empezado a buscar provisiones. Iban a estar allí un buen rato.

— No es un asedio como tal— manifestó uno de los generales, un hombre fornido a pesar de estar entrando a sus sesenta años—. Ellos saben bien que tenemos cualquier cantidad de entradas y salidas, y que nuestros recursos los obtenemos de nuestro mismo reino. La única razón de haberse acercado para establecerse allí es porque pronto intentarán entrar.

Y razones no le faltaban. Su fuerza al completo, sin problema alguno, podía acabar con esa puerta.

Por supuesto, entre tantos de miles de bárbaros solo algunos estarían atacando activamente mientras que muchos estarían en la retaguardia, esperando. Pudiera

decirse que era una pérdida de hombres, cuando algo más inteligente podría ser

repartir su ataque a lo largo de varias direcciones, sin embargo...

— Hemos visto que Maiderance estaba separando a su ejército en varios frentes

— añadió uno de los exploradores—. Es de asumir que lo hace para delimitar

funciones claras durante el asedio.

>>Algunos se encargarán de las herramientas para sitiarnos, otros de defenderlos, otros atacarán con flechas, y otros se enfrentarán a cualquier fuerza que saquemos contra ellos.

— La otra posibilidad es que los esté separando para atacarnos desde varias direcciones al mismo tiempo— continuó el general—, pero tiene sentido

concentrar toda su fuerza en una sola puerta. En vez de poner un dedo en cada

lado, usan todos a la vez para tumbar los muros.

>>Sí, es algo ortodoxo, pues les garantiza tener infinitamente más pérdidas, aunque debemos estar conscientes del pueblo del que estamos hablando. A los bárbaros no les importa perder uno, cien o cinco mil guerreros.

>>Para eso tienen sus números. Con tal de abrir un hueco, y tener paso libre, les bastará. Y que todo se decida a mano armada entre nosotros y ellos.

— Abrir una entrada les beneficia en demasía— dijo un capitán, mucho más joven—, pues es un pueblo salvaje.

>>Probablemente busquen zafarse de los guardianes e intenten repartirse por todo Riedan, saqueando nuestros campos y pueblos y barracas. A partir de allí podrían hacer un asedio como tal contra la capital.

— ¿Y tienen posibilidad alguna de lograrlo?— pregunté ante mi aun vigente ignorancia de nuestros ejércitos.

— Es muy difícil— empezó el capitán joven—. Entre el ataque de anoche y un intento de franquear nuestro muro perderían demasiadas fuerzas, quizás hasta la

mitad.

>>Pero seguirán teniendo una retaguardia lo suficientemente amplia como para producirnos graves pérdidas y quizás hasta llegar la capital. Tomarla no.

O

podrían tomar el camino hacia nuestros campos y quemarlos.

— No hay manera alguna de que tomen nuestro reino, jamás— dijo por su parte

el general—. Lo que sí podrían es causar un daño que tal que quedemos totalmente vulnerables a un ataque por parte de otro reino. No se vislumbra amenaza en el horizonte, pero...

— Tras la guerra los cuervos se dan un festín— participó Perton, el soldado más

anciano que quedaba en Riedan.

Eres una hechicera, hija de la magia, y probablemente lo que sea que digas no tenga nada que hacer al lado del sabio consejo de estos veteranos, pero...

— ¿Y por qué no eliminamos su retaguardia?

Los consejeros de guerra levantaron su mirada.

— Nuestros jinetes no tendrán mucho que hacer durante un asedio de la puerta, o

con sus gigantescos números entrando al reino por los espacios tan estrechos de

la montaña— dije—. ¿Por qué no enviarlos por la siguiente puerta o, para tenerlos más escondidos aún, a dos de distancia, que solo serían dos o tres horas de cabalgata, y que sorprendan a su retaguardia? No esperarán para nada un ataque a campo abierto.

— Pero ese es justamente el problema— expresó el general—. Un

enfrentamiento a campo abierto expone a nuestras tropas a más pérdidas. Y si acaso la vanguardia decidiera voltearse hacia nuestros jinetes, sería el fin de ellos.

— Sí, pero en cualquiera de los casos su ataque quedaría en nada— repliqué —.

Si todo su ejército se lanza sobre nuestros jinetes, la vanguardia daría la espalda y quedaría lista para ser finiquitada por los arqueros y las defensas del muro.

>>En cambio, si deciden tomar caminos separados, los jinetes podrían barrer a la retaguardia y puede que sus frentes más avanzados derrumben nuestras puertas,

aunque no quedarían tropas esperando para lanzarse a Riedan.

Todos mantenían su mirada fija en mí, debatiendo. Había capturado su atención,

eso estaba más que claro.

— Podríamos perder un muro y más nada. El resto del reino estaría intacto, y ni

un solo campo sería quemado. Y sí, nos arriesgamos a más pérdidas humanas a

campo abierto, ¿pero qué batalla es ganada sin pérdidas? ¿Y es que acaso la destrucción de nuestro reino no terminaría llevando a lo mismo?

El silencio fue absoluto.

* * * *

Y la aceptación atronadora.

Sí, mi plan tenía graves fallos, pero al final del día, era el que ofrecía las mejores alternativas para todo Riedan. A cambio de vidas humanas, es cierto. Quizás lo

que me ofreció la facilidad para verlo era el hecho de no ser de aquí—toda vida

es sagrada, aunque apenas estoy conociendo a estos ciudadanos y soldados.

Puede que tras cinco años aquí no esté dispuesta a dejar caer ni a uno solo. Hoy por hoy, mi juicio no está para nada influido por ello y pude elaborar ese plan.

Ya recorría por el reino completo la noticia—hechicera y, sobre todo, estrategia de leyenda. La defensa ante el ataque bárbaro había sido total y exclusivamente

diseñada por mí—una exageración—, y la opinión era unánime—Alcid Bronn

hacía encontrado a su semejante femenino.

Y hablando del gobernante, el duro día de decisiones de guerra que siguió no me

permitió regresar a su cuarto hasta bien entrada la noche. Y, producto del cansancio y de la pérdida de sangre—las sanguijuelas podían purificar, pero siempre iban a debilitarte—, conseguí a Bronn rendido. No había oportunidad alguna de continuar lo que habíamos iniciado más temprano ese día.

Y, haciendo acto de aparición las casualidades, la enfermedad de los constructores había cedido y mi cuarto había sido completamente finalizado.

Tras tantas discusiones de matrimonio negadas, que ahora que nuestra petición de edificar otro cuarto hubiera sido saciada decidiéramos dormir juntos podía verse como un dejo de debilidad por nosotros. En tan poco tiempo, vamos. Por

lo que no me quedó remedio que volver a mi cuarto, mientras Bronn descansaba.

Tomando decisiones, claro está. Todo parlamento de guerra, informe, o estrategia era llevada ante él. Estos eran los escasos momentos del día en que podía verlo. Y aun pidiendo un tiempo de charla en solitario, no se podía hacer

más nada.

Lo de la noche del ataque había sido un arranque de adrenalina por su parte—

Bronn se encontraba muy debilitado y, a pesar de estar impaciente por levantarse, tenía una prioridad clara, la cual no era sino guiar a sus jinetes al ataque ante los bárbaros. Sabía que tenía dos opciones—o navegar por el castillo y pasar el ataque en cama, o reservarse hasta ese momento. Y ya lo había decidido.

Y yo, ¿qué he decidido? ¿Qué es lo que quiero? Todas las noches dejo que mis

dedos jueguen a ser el reemplazo perfecto de Bronn. No perfecto, sin duda, pero

reemplazo, al fin y al cabo.

Lo he visto moribundo, en combate, durmiendo, en estado político y siendo un

caballero. Y lo que más deseo ahora es verlo sudando, encima o debajo de mí, cerrando sus ojos de placer, y que la cama construida con dedicación cruja bajo

nuestro peso.

¿Es acaso demasiado pedir?

9

¿O es que acaso ya la amenaza no es amenaza?

Un par de semanas habían pasado desde el ataque preliminar de los bárbaros, y

estábamos más que preparados para recibir cualquier otra embestida.

La mitad de los herreros de la capital—con la otra mitad quedándose para seguir

forjando armas—había viajado a reparar y reforzar la puerta más al este, próxima a los campos, así como la siguiente como medida de preocupación.

Los jinetes ya tenían clara su misión, apostándose más al sureste y preparados para atacar cuando fuera menester.

Todos los ciudadanos y pueblerinos tenían misiones, bien fuera continuando la producción de recursos, llevando alimento a las tropas, o encargándose de los mensajes. Y, lo que más aliento daba, Alcid Bronn estaba listo y dispuesto a volver al campo de batalla, como el líder de la caballería que saldría al ataque.

Pero, ¿qué pasó entonces?

Nuestros exploradores volvieron una noche y nos dieron un mensaje de alerta —

los bárbaros habían desaparecido. Los que volvieron, al menos, pues durante su

espantada algunos fueron asesinados. En cambio, quienes sí llegaron anunciaron

que, durante la noche, el ejército al completo se hizo ausente.

Como si hubiera sido por arte de magia—con mi permiso—, los campamentos habían sido destrozados, los fuegos extintos, y treinta mil bárbaros dejaron de ser avistados. Lo único que quedó fueron las armas de asedio. ¿Cómo era posible?

Que no los vieran era algo natural—los exploradores viajaban de tres en tres, y

durante la noche solo uno permanecía despierto. Sumen eso a las fogatas apagadas al dormir y la luna ausente, y no hay nada de visibilidad.

Asombroso sí era el silencio absoluto, pues los bárbaros era el pueblo más ruidoso en todo, fuera vivir o cabalgar, pero se habían asegurado de cerrar sus bocas al escapar. Varios exploradores decapitados en el camino, y se fueron.

¿Adónde? Tuvo que ser muy lejos, porque algunos jinetes decidieron seguir el rastro y no lo pudieron conseguir. Habían huido despavoridos hasta los confines

del mundo, y no había avistamiento alguno. Tal fue la resolución de su camino que lo más probable es que no volviéramos a verlos.

¿Por qué? Vaya a saber. ¿Qué razón lógica podría haber para ello? Si no escaparon tras el primer ataque, sino que decidieron asentarse y preparar armas

de asedio, no había motivo plausible para que tomaran la ruta contraria.

¿Enterarse de nuestros planes? Más fácil habría sido ajustar el suyo en base a ello, pero tampoco era coherente pensar que podían haber recibido información

de adentro.

No había explicación alguna.

Aunque poco pudo importarme, porque esa misma noche, tras terminar el consejo, fui directamente hasta el cuarto de Alcid Bronn. Varios minutos tuve que esperarlo, mientras resolvía asuntos militares, hasta que entró también.

Y allí, al verme, selló la puerta con un picaporte de hierro, su espada y un mueble, y dejó caer en el piso toda su ropa.

* * * *

Bronn no tuvo que quitarme la ropa—ya me había encargado de ello en mi espera. Ahora que lo pienso, si no hubiera sido él, sino alguna sirvienta o párroco o capitán quien entrara al cuarto, la situación habría sido bastante incómoda.

Sobre todo, por mi posición, con mis piernas bien abiertas en la cama, con una

mano dentro de mi vagina y la otra estrujando mi propio pezón. Pero por suerte,

quien entró fue el mismísimo comandante, por lo que me encontró más que lista

para ser suya.

Y en tres zancadas recortó la distancia ante la cama y se lanzó para yacer a mi lado, fundiéndonos en un beso desbordando de pasión.

Esta vez duró mucho más que el primero, y sin necesidad alguna de recorrer nuestros cuerpos—habíamos esperado demasiado para volver a juntar nuestros labios, y nos bastaba con hacerlo para manifestar todo lo que estábamos sintiendo.

Pero, de nuevo, no alcanzaba a ser suficiente. Y pronto, minutos u horas después, nuestros paladares estaban al mismo tiempo saciados y queriendo más

—y yo fui la primera que buscó más.

Tomando en cuenta la ardua recuperación por la que había tenido que pasar Bronn, ignoré sus besos en mi cuello para bajar al suyo, pasando por sus firmes

pectorales, avanzando por sus abdominales y, tras esquivar su arbusto de vello,

mordiendo con mucha delicadeza la base de su pene.

Mis dientes lo sorprendieron, aunque poco le pudo importar conforme mis labios

y mi lengua empezaban a escalar toda su longitud—a medio camino entre la

firmeza y la flacidez—, para posarme en toda su punta. Mi lengua dio vueltas alrededor de su corona, y empecé a comer.

Me gustaba la sensación de tener el pene de Bronn en mi boca, y más aún el evidente arrebató que empezaba a invadirlo. Conforme sus abdominales se contraían a más no poder, sus piernas se extendían, sus ojos se cerraban, sus manos jalaban mi cabello y hacía todo lo posible para esconder sus gemidos.

No me costó mucho tensarlo, y descubrir la longitud máxima de su pene, más firme aun que en cualquier otro momento. Otro pequeño gemido, y me di cuenta

que era mi turno de gemir. Lo quería, lo deseaba, y lo iba a tener.

Y aun dominante, empujé a Bronn más hacia atrás en la cama, hice que sus manos se aferraran al cabezal de la cama, y me monté encima de él. Con mis dedos me ayudé para guiar a su pene a buen puerto, y allí lo sentí.

Ni mis dedos ni mi imaginación fueron suficiente para prepararme para el instante en que su cabeza atravesó mis labios y tocó mi vagina. Ni mucho menos

como, con cada subida y bajada de mi cuerpo, entraba más.

Y más. Y más. Manteniendo total lentitud, su pene se hizo cada vez más parte de

mí hasta haber inundado mi vagina completa. Tuve que cerrar los ojos y apretar

mis manos, pero aún me faltaba para gemir también. Y aceleré.

Y conforme subía y bajaba y subía y bajaba con más velocidad, todo cambiaba.

Las primeras gotas de sudor se asomaban para correr por mi piel y caer sobre la

de Bronn. La cama temblaba, y de a poco hacía el ademán de crujir como

había

esperado.

El cuerpo de Bronn seguía tenso, sí, pero el mío también, teniendo que contraer

los músculos de la parte interior de mi pierna para sentirlo mejor.

Sentir su pene, que cada vez me invadía más, y me hacía virar del placer puramente física al espiritual. Al mental. Todo mi cuerpo lo estaba percibiendo, desde mi vagina hasta mis amplios senos rebotando con la gravedad hasta las puntas de mis dedos.

Empezando a perder el control, tuve que aferrarme yo también al cabezal, y las

manos de Bronn bajaron ahora para tomar control de mis senos—ya no daban tumbos en el aire, sino que se correspondían perfectamente al tamaño de sus manos. Y una, ya ni estoy segura si la derecha o la izquierda, se afianzó a mi cintura para guiar mejor mi movimiento.

Y dejé de subir y bajar, para simplemente concentrarme en batir mi cintura—

meneándome, girando, revoloteando, llevando el placer a niveles desmedidos.

Yo no podía ver a Bronn, ni él a mí—no había forma alguna de abrir nuestros ojos.

Todo estaba en nosotros, en su pene, en mi vagina, y yo estaba en pleno clímax,

viendo en mi cabeza a mi hombre, y a mí misma, y a todas las deidades, y conforme él se acercaba al suyo...

Y en un solo segundo desapareció. Fue tal la diferencia que me pregunté si no estaba experimentando alguna magia—de sentirlo todo, a no sentir nada. Pero al

abrir los ojos me di cuenta de que no fue así.

Bronn, con toda la fuerza que domina, solo necesitó un sutil movimiento para levantarme y acostarme boca arriba. Era claro—no quería llegar a su éxtasis aun

para poder seguir complaciéndome.

Así que mientras su pene y su ímpetu se calmaban, me tocó a mí disfrutar—de

su deliciosa lengua y del leve picor de su barba adentrándose en mis intimidades, dedicando todos sus movimientos a mi clítoris. Y el periodo posterior a mi primer orgasmo duró poco, pues minuto y medio de Bronn allá abajo bastaron para ponerme en camino hacia el segundo.

Quería más. Necesitaba más. Y sabiendo que ya su pene empezaba a rozar la flacidez, me levanté, y por primera vez estuvimos los dos por igual. A la misma

altura, sentados, nuestras bocas volviendo a encontrarse como si hubieran sido diseñadas específicamente para ello.

Y su mano, sabedora de que ya había hecho gran trabajo a nivel oral, simplemente se deleitó con mis senos, un juguete que no quería soltar. Y la mía

se fajó con su pene, buscando recuperar lo que se había perdido. Y que en menos

de un minuto regresó—su firmeza total.

Y ya no tuve tiempo de tomar decisiones, ni de montarme, ni de llevarlo a mi boca, ni de nada más. Bronn me cargó y me volteó, posándome en todo el medio

de la cama en cuatro piernas prácticamente, y entró en mí.

Con fulgor, con potencia, con rabia. Con todo lo que tenía empezó a

penetrarme,

sin nada de lentitud para dar paso a la velocidad. Desde cien desde el primer instante. Y más agradecida no pude estar, pues era lo que quería.

Y necesitaba, como ya dije. Todo de lo que era capaz Alcid Bronn entrando y saliendo de mí, haciéndome suya, sus gruesas manos dominando mi espalda.

Empecé erguida, con mis brazos apoyados al cabezal, pero no me quedó más remedio que inclinarme y llevar mi boca hasta la almohada, y morderla con tal

magnitud que la hice pedazos. Era suya. Era su mujer. Era la reina de todo Riedan, y cuanto dispusiera de mí iba a darle.

Al comienzo dejé de darle sexo oral porque escuché un pequeño gemido y quería

sentirlo yo también. Pero hacía rato que había dejado atrás los gemidos—lo único que podía era gritar, con pasión, desaforada.

Gritos que debían escucharse en todo el castillo, en todo Riedan, y hasta afuera.

Los fantasmas de Irulia, los abandonados del desierto, todos los reinos debían estarme escuchando. Nunca nadie había sentido tanto placer como yo lo estaba

haciendo en ese momento particular.

Y sentí a Bronn frenando al tiempo que todo su cuerpo se tensaba. Apenas lo sentí, pues ya estaba de nuevo llegando al éxtasis. Y no tardé en hacerlo con una embestida salvaje de él, alcanzando ambos el punto más alto al mismo tiempo.

Para ese entonces ya éramos un mar de sudor y la cama sonaba a destartada, y

tan pronto tocamos el cielo caímos destruidos en la cama, sin aliento, sin

energía. Entregados el uno al otro.

— No te vayas nunca de mí, mi reina— pronunció, agonizando, Alcid Bronn.

* * * *

El sueño en el que caímos fue profundo. Vamos, ¿qué puede esperarse después

de aquella sesión del sexo más salvaje que se pudo haber experimentado? Nos abrazamos, sudados y desnudos como estábamos, y nuestro calor chocó contra el

frío de la noche.

Profundo, pero no tanto, después de todo. Ya que sin problema alguno nos despertamos para escuchar el cuerno que volvía a resonar en la madrugada. El, y

los.

Porque mientras nos levantamos y asomamos sentimos que el sonido de los cuernos provenía de todas las montañas que rodeaban a Riedan. En cada una de

estas se encendió una llamarada, las antorchas gigantes que eran encendidas en

caso de acercarse un ataque. Por todo Riedan.

Pero no eran las antorchas avisando. Pues el fuego empezó a extenderse más y

más, conforme las montañas enteras empezaban a arder en llamas.

Era la repetición de Irulia. Era el infierno.

En ese momento, con todo Riedan ardiendo, era imposible saber exactamente qué estaba sucediendo. Bueno, el qué estaba claro, la duda radicaba en el cómo.

Lo único que se podía hacer era vestirnos, Alcid Bronn con su túnica debajo de

su armadura, y yo, Marian, con algo a mitad de camino entre ambas—una vestimenta resistente, capaz de resistir la mayoría de ataques, a la vez que indefensa ante un hacha o espada bien blandida.

Nuestro lazo estaba más fuerte que nunca, por lo que no pudimos dejar de besarnos antes de partir. Un beso de unos cinco segundos que, sin embargo, se

sintió como el mundo entero.

Y arrancamos.

* * * *

Esta vez fuimos más rápidos que todos los demás del castillo—cuando llegamos

al vestíbulo apenas iban saliendo de sus cuartos los consejeros y generales y sirvientes por igual, el sueño armado en su cara.

Quien nos ganó a todos en estado de alerta fue el explorador, que llegó portando la noticia a toda velocidad. Y despavorido, sin color en su piel.

— Los bárbaros. Más de veinticinco mil. A lo largo de todas nuestras montañas.

* * * *

¿Cómo? Nadie sabía, pero luego se revelaría.

El primer ataque de los bárbaros no fue una prueba, ni un movimiento de

ingenuidad. No, fue una diversión—una embestida salvaje en la que concentrarnos, mientras cientos de pequeñas bandas de bárbaros se infiltraron en nuestras montañas. Y con nuestras, me refiero a todas.

Tiempo después se encontraron sus provisiones en las cavernas en las que habían

residido por semanas, esperando el momento, y dejando que nos preparáramos para un ataque concentrado. Porque era su otro objetivo, hacernos pensar en

una estrategia errónea.

Y ya listos para recibirlos, pusieron en marcha su plan. Las bandas de las montañas se encargaron de asesinar, uno por uno, a todos nuestros centinelas y

exploradores de los puntos altos.

Exactamente al mismo tiempo—lo que abre la duda, ¿cómo se comunicaron?

¿Por aves?— que el grueso del ejército empezó a movilizarse. Pero no huyeron,

como habíamos pensado—todo lo contrario, habían avanzado hacia Riedan. Y se

habían asentado en las montañas.

Es impensable que tal fuerza no haya sido vista, si no fuera porque cubrieron todas sus pistas. Asesinaron a todos los exploradores que hallaron a su paso, y sin nadie pendiente en las montañas, lograron invadirlas.

Casi treinta mil bárbaros escondidos suena a utopía, a menos de que se tome en

cuenta la extensión por millas infinitas de nuestras cordilleras. Y así, cuando cayó la noche y Mairance dio el aviso, hicieron la llamada que correspondía a

nuestros observadores.

Sonaron los cuernos, encendieron las antorchas, y lo llevaron más allá—
prendieron en fuego todos los árboles que reposaban en la altura.

Y así, Riedan se vio rodeado por un círculo de llamas. El infierno en persona.

* * * *

Ahora, ¿cómo defenderse?

El ejército del reino había sido dividido para ir a abarcar todas nuestras
montañas, pero, ¿adónde enviar más fuerzas? ¿Y es posible vencerlos? Son
más

numerosos, y perdimos la ventaja del territorio—ahora son ellos quienes la
poseen, abrigados por la altura y descendiendo a su antojo.

Los jinetes, quienes tras la supuesta espantada de los bárbaros habían vuelto a
la capital, se repartieron hacia las montañas del oeste—las menos protegidas,
sin campos o barracas de por medio, con acceso casi directo a la capital—con
Alcid

Bronn a su cabeza, y hacia el este, siguiéndome a mí.

Pero la angustia seguía presente en todos. Mientras nos acercábamos a
combatir

estas fuerzas, las más cercanas y peligrosas, muchas otras estaban
desperdigada

por Riedan.

¿Cómo podía haber tranquilidad cuando se sabía que al oeste, al suroeste, al
sur y al sureste estaban siendo acibillados otros hermanos? Mi desapego al
pueblo

como ventaja para formular planes había terminado—ya los veía como míos, así

solo hubieran pasado semanas. Y cada pérdida la iba a lamentar.

Al llegar al muro del este, pudimos percatarnos de que los refuerzos habían valido de bastante—al descender por las montañas no representaba obstáculo, pero la cantidad de arqueros, y trampas, y torres que habían sido montadas estaban manteniendo al enemigo alejado.

Maiderance pudo haber omitido esta entrada por la protección y no lo hizo, y ahora sus bárbaros estaban siendo eliminados como moscas. Todos caían bajo el

peso de las flechas y del acero.

Si bien ayudé un poco, alejando los fuegos de nuestras estructuras, desnivelando la tierra que les ofrecía ventaja y generando luz en plena noche, el trabajo principal lo hicieron los jinetes.

Al cabo de minutos había sido limpiada la entrada, y por este resquicio no entraría ningún bárbaro.

Pero quedaban bastantes resquicios, y ocasionalmente se escuchaban los cuernos

pidiendo socorro. Ya no eran todos al mismo tiempo de manera armónica, sino

uno aquí, otro allá, y un tercero más allá, producto de nuestros humanos cayendo en el desespero.

Comandé a los jinetes a cabalgar hacia el sur, hacia el próximo muro, buscando

limpiar toda la cordillera este—si es que acaso era posible. Si de a poco se podía ir conteniendo el ataque, quizás hubiera alguna oportunidad.

Dependiendo de por cuánto tiempo pudiera resistir la milicia, con cuántas

flechas se contara en los demás muros, y de la capacidad de Alcid y de su caballería de ir limpiando la cordillera oeste.

Claro, más fácil es decirlo que hacerlo—y mi alma se heló al escuchar otro cuerno, más imponente, sintiéndose más oscuro y retumbando, que provenía exactamente del oeste.

El cuerno de Alcid Bronn.

* * * *

¿Fallé como líder? Quizás. Debí haber acompañado a mis tropas hasta el fin del

mundo, mitigando fuegos, conjurando vientos e infundiendo apoyo a sus espíritus. Pero Alcid llamó.

Y sí, puede que parte de mi decisión haya venido siendo influenciada por mis sentimientos. Lo que es innegable es que, si el gobernante y más alto comandante del reino pedía ayuda, debía ser socorrido.

Y yo fui ese socorro.

Conforme me acerqué al muro oeste parecía estar amaneciendo. Nada que ver con la realidad—simplemente se trataba de los fuegos más potentes y altos que

nos rodeaban. Si las demás montañas sufrían de incendios, entonces había declarar que ésta era un río de llamas. Y de bárbaros. Y de sus bestias.

Pues los guerreros enemigos estaban siendo acompañados por alguna clase de leones de montaña gigantes, bestias negras, sin pelaje, y con colmillos imponentes. Criaturas que aguantaban una, dos y tres flechas sin dificultad alguna, antes de lanzarse sobre uno de nuestros soldados sin recibir oposición.

Los arqueros terminaban huyendo, los escudos nada podían hacer, y hasta su

embestida era capaz de derribar a jinete y caballo juntos. Las panteras de guerra estaban destrozándonos.

Y, en todo el medio del campo, lo conseguí. Alcid Bronn se batía a duelo con una de las panteras. Su escudo yacía en el piso, y la única forma de frenarla era blandiendo su espada. Cada vez que lo hacía emitía un quejido de dificultad.

Cada corte lograba debilitar a la bestia, pero nada era suficiente para vencerla.

En pleno duelo se tomó dos segundos para voltearse y atravesar con su acero a

un bárbaro que lo atacó por un flanco, antes de devolver su atención a la pantera.

Y, tanteándola y buscando un punto débil, otra de esas criaturas se acercó por detrás, lista para acabar con su vida—no antes de que yo blandiera una mano para crear una zanja enorme en la que cayó, la cual después inundé de llamas.

Un olor a descomposición ascendió conforme la pantera fue consumida y derretida en la zanja.

De inmediato giré para ayudar a Alcid, pero era muy tarde—no necesitaba ayuda. La cabeza de la pantera rodó por el suelo hasta hallarse junto a mis botas.

Alcid se dio cuenta y corrió hasta mí.

— ¡Marian! ¿Y la puerta este?

— Está a salvo— respondí apurada—, y dejé a los jinetes seguir por la cordillera para ayudarte.

— No hubiera llamado si no fuera por estas bestias. No estábamos preparados para enfrentarlas.

A todo nuestro alrededor, uno y otro soldado era devorado por las gigantescas panteras. Un bárbaro se intentó acercar a nosotros, moción fútil apenas Alcid cortó su brazo con un solo corte.

— Marian. Tenemos que hacerlo.

— ¿Qué?

— Tienes que derrumbar las montañas— instó Alcid—. Su ejército casi al completo todavía está en ellas. No hay ninguna otra manera de ganar. Van a arrasarse con Riedan.

— Alcid, ya te dije que no puedo.

— Tienes que— si bien las palabras parecían una orden, su cara fue una súplica.

No puedo ni mover torres, ¿y voy a tumbar montañas? Tampoco había manera de que yo pudiera lograr eso. Aunque, si igual vamos a morir, ¿qué más da hacerlo intentando?

— Necesito los elementos— le dije con presteza—. Fuego, agua, viento, tierra.

Necesito un lugar en que pueda unirme a todos y aprovechar su energía.

En un solo segundo Alcid hizo las tres cosas—asintió con su cabeza, tomó mi brazo, y llevó su mirada hasta el pico de la montaña.

* * * *

Al comienzo pensé que había decidido huir, para que escapáramos a las llamas y

viviéramos felices por nuestra cuenta, como exiliados.

Luego, conforme nos adentrábamos en pleno ejército de bárbaros, montados en

un caballo que había sido despojado de jinete, creí que quería terminar con todo pronto, en una última cabalgata de gloria. Hasta que terminé concluyendo que había perdido la cabeza y estaba rindiéndose.

Pero el fin no llegó. El corcel en el que estábamos montado era enérgico, y dejaba atrás a cualquier enemigo, así como podía saltarle encima. Pronto estuve

bañada en sangre, de cada corte que hacía al aire la espada de Alcid, desperdigando cabezas, brazos y torsos por el aire.

Y, conforme caí en cuenta de lo que sucedía, usé mis habilidades también para

hacer explotar también los cuerpos de los bárbaros. Las panteras no molestaron,

pues estaban en la vanguardia de los invasores.

Y llegamos. Con una cola de enemigos intentando darnos caza, tocamos el punto

más alto de la montaña. ¿Es que acaso sí íbamos a huir, y solo había que hacer el descenso? Eso era tan o más peligroso que el ascenso. El miedo me invadió, así

como una fría brisa...

Brisa. Congelada. Y al calmarme me di cuenta de lo que nos rodeaba—árboles

en llamas, productos de la invasión de los bárbaros. Nada más que tierra en mis

pies, firme, sin apenas piedras. Y en un punto, se hacía suave, no siendo tierra, sino más bien...

Barro. Producto de un arroyo.

No tardamos más de treinta segundos en prepararlo. Dejé toda mi ropa quien sabe dónde, entrando al arroyo desnuda, como llegué a este mundo. Evité que mis senos me hicieran flotar y me hundí para sentir la tierra debajo del agua.

Y Alcid sacó un hacha y cortó uno de los árboles en llamas, haciéndole caer, el

fuego fundiéndose con el líquido para crear un denso humo.

Pero...

— Alcid.

— ¿Qué?

El gobernante no pudo ni mirarme, pues ya los enemigos estaban en torno a nosotros.

— Si derribo las montañas... Tú...

— Tengo que permanecer aquí a tu lado— replicó—. Defenderte hasta que puedas hacerlo.

Dos bárbaros llegaron, y la espada de Alcid cantó en el aire.

— Nadie me va a ver— añadí apurada—. Estoy en un arroyo debajo de un árbol.

Huye mientras puedes.

Alcid me miró severamente, de veras debatiéndolo. Y estoy seguro que iba a hacerme caso.

Eso, al menos, hasta que la flecha atravesó su hombro.

* * * *

Y un instante después, el temible hombre cayó encima de él.

Era fornido, alto, y de tez muy oscura. Pero no era un bárbaro. Tenía gran destreza, sus ojos eran brillantes, y su cabello era francamente corto, en comparación con la melena de los bárbaros.

Era Mairance.

Y el duelo de espadas más imponente que yo haya podido ver en mi vida se llevó

a cabo allí, a solo metros de mi cuerpo. Mairance era un gran guerrero, sí, aunque jamás hubiera podido compararse con Alcid Bronn.

Pues tenía la ventaja de la flecha en el hombro de mi hombre, además de los bárbaros que se acercaban para unirse a la batalla. Por lo menos una decena de

ellos cayeron al suelo, todo mientras Alcid frenaba cada ataque de Mairance.

Solo tenía que derrotarlo, montarse en su caballo, y huir...

El tiempo apremiaba. Las llamas se apagaban en el árbol que había caído al arroyo. Pero ya no quedaban bárbaros cerca, era uno contra uno. Era cuestión de tiempo para que Alcid saliera triunfador.

Quiero ayudarlo. No, Marian, debes reservar tu magia. E igual no hace falta. Son solo ellos dos, no hay más nada bajo la negra noche, y por mucho dolor que tenga, Alcid no va a dejar que esa flecha lo derrote.

Y así fue. Mairance arrinconó a Alcid contra una ladera, saltando para un ataque fiero—tan fiero como la espada que lo atravesó desde el ombligo hasta el

cuello. Lo había hecho. Alcid había ganado, y ahora solo debía escapar. La negra noche le daría cobijo.

Pero la negra noche también daba cobijo a las negras panteras. Aquellas que ni

Alcid ni yo vimos venir, y que saltaron en total sincronización.

Cuatro o cinco o seis, el shock no me dejó contar. Una lluvia de garras y colmillos que trajeron el fin a Alcid Bronn. Mi hombre. Quien, si es que mi mente no me traicionó, me dedicó una sonrisa antes de desfallecer...

Me concentré. En todo. En el agua alrededor de todo mi cuerpo, inundando mis

poros. En el suelo que tocaba con mis pies, duro a pesar de la humedad. En el viento que sentía en mi cara, trayéndome escalofríos. Y en las últimas llamas del tronco, las cuales toqué con mis manos, quemándome en carne viva.

Y, como si faltara motivación, pasó por mi cabeza mi vida. Irulia. Riedan. Todos los campos entre los dos, el lugar donde nací, las personas con quienes crecí, y mis últimos días en este reino.

Y en Bronn. En Alcid Bronn.

Todo vino a mí. Y yo fui a todo. Y la tierra se quebró, las criaturas y los humanos gritaron en agonía, los cielos lloraron, Riedan tembló.

Y conforme caía y la negra noche daba paso a una infinita luz que me envolvía,

mi última memoria fue la del cuerpo de Alcid Bronn haciéndose uno con el mío.

Bruja Seductora

Romance, Erótica y Fantasía entre la Hechicera

y el Héroe

1

Huir. Lo único que puedo hacer es huir.

Y, al fin y al cabo, eso es lo que me sale más natural, ¿no? Es lo primero que me fue enseñado apenas entré a una edad de razonar. O, bueno, lo que aprendí, porque tampoco es como que tuve a alguien encima de mí explicándome.

Esconderme, disfrazarme, escapar—es lo que me deparó mi suerte, lo que me ha

mantenido con vida, y lo que hará que siga así por los próximos años. ¿O meses?

¿Días? ¿Quién sabe si esta vez también podré salirme con la mía?

Es la maldición que le corresponde a una hechicera, vamos. Resaltar o ser diferente en este mundo no hace más que colocar una enorme y roja X en tu espalda, un blanco común para todos los miedos, rechazos y cacerías jamás existidas. Y el más mínimo esbozo de mis capacidades es suficiente para incitar

a que mi vida sea terminada.

No ha sido así. Pero, ahora, estoy sumida en la peor de todas las huidas a las que he tenido que enfrentarme.

* * * *

Soy Amelia, y el don de la magia es lo que me ha obligado a vivir en perenne

movimiento, la única manera de no terminar incinerada en la hoguera por ser la bruja que soy a los ojos de todos los habitantes del estado. El estado de Oblivia.

Aquí nací, crecí y he vivido. En este mismo lugar es que fue concebida y posteriormente vine a conocer la luz del mundo. Hija de dos padres sin el más mínimo rastro de magia, bien fuera una aberración o sangre que se saltó generaciones, pero por muy fuera de lugar que haya salido, ellos me apoyaron.

La sorpresa ante mis poderes no se apoderó de ellos, quienes con presteza se adecuaron a la situación y me ayudaron tanto a esconderlos como a canalizarlos

de una manera apropiada.

Una infanta capaz de controlar tanto a los elementos como a los animales menos

desarrollados estaba lista para abusar de la magia, solo por el placer de jugar y entretenerse. Ellos no lo permitieron, y nadie en nuestra aldea—y mucho menos

alguien de más lejos—llegó a sospechar nada.

Hasta que crecieron los problemas. La desolación propagándose por todo el estado. El hambre, las sequías, los despojos de la guerra que Oblivia había decidido llegar a otros reinos.

Conforme la influencia y el poder de la Iglesia crecía, su agenda se convirtió en la que dictaminaba los esfuerzos bélicos, la distribución de recursos. Ya no había hombres para el campo, sino para portar armas y recuperar lo que, supuestamente, se les había quitado.

Y los escondites se acabaron. Teniendo en mis manos la capacidad de ayudar no

solo a mis padres, sino a todo mi pueblo e, incluso, más allá, ¿cómo podía quedarme de brazos cruzados? Tenía la firme obligación de tomar la parte de bendición del don que se me fue otorgado y ponerla en práctica para mejorar lo

que nos rodeaba.

Y vaya que fue así. La capacidad de encontrar con más facilidad recursos, de preservar los que teníamos, de mejorar nuestros minerales, de curar las heridas que provocaba nuestra deficiente salud. Mi don no tardó en ser reconocido, admirado y respetado por toda la gente que estaba en nuestro espacio. Por sobre

todas las cosas, agradecido.

Pero un secreto así es imposible guardarlo. Los más sabios, y no me refiero a aquellos que conforman parte de la Iglesia, lo repiten una y otra vez—puedes esconder algo de todos, o todo de algunos, mas no todo de todos por siempre.

Y la prosperidad y relativa tranquilidad que vivíamos no tardó en despertar dudas en quienes nos rodeaban, en especial tomando en cuenta la precariedad que nos rodeaba.

Y las visitas curiosas y regalos y trueques terminaron dando lugar a rondas sospechosas de los ejércitos y de funcionarios y de miembros de la monarquía.

Las desapariciones de nuestros miembros, escogidos específicamente para, casualmente, hacer visitas a los castillos.

Que nunca volvían, vamos. Hasta que todos los disfraces terminaron y en nuestras apareció un ejército, sin duda alguna habiendo recibido confirmación a

partir de las torturas.

Si le quedaba duda a la monarquía y a la Iglesia, toda quedó borrada en ese ataque. Nuestra gente ofreció resistencia, en un acto que creó que nunca podré terminar de agradecer. Y mientras las defensas del pueblo eran arrasadas, la confirmación les llegó cuando, en una fracción de segundo, desaparecí por completo junto a mis padres.

¿Qué habrá sido de mi pueblo? No puedo mirar hacia atrás. Si lo hago, solo hay

dolor y sufrimiento. Solo me queda el camino a seguir.

* * * *

Y el camino a seguir era igual de arduo. Ser nómada trae consigo una vasta cantidad de pesares con los que lidiar en todos los sentidos, tanto en conseguir refugio por las noches, como por huir por el día y tener que luchar cada día por siquiera alimentarte. Si en algún momento nuestra vida inicial nos había parecido difícil, ahora nos dábamos cuenta de lo equivocados que estábamos.

No por mucho, pues mi camino se tornó algo más solitario con los años. Papá y

mamá no duraron más que eso. Sus cuerpos, inundados en trabajo y sin descanso

en toda su vida, no estaba hecho para soportar un camino tan difícil como el que nos llevaba entre desiertos y matorrales y colinas áridas.

Ellos lo sabían, estoy segura. Ya que conforme se les acercó su hora, apenas separada por semanas para ambos, más y más intentaban impartirme todos sus conocimientos de vivir y de sobrevivir. Primero fue papá, luego mamá. Y quedé

sola.

A medias. Solitaria, en el sentido de que ya no tenía ni familia ni hogar, y nunca iba a tenerlo.

Pero no sola, pues en el camino habíamos tenido la dicha de conseguir aliados—

nómadas, exiliados, forasteros abandonados a su suerte bien fuera por problemas

con su gente, por razones del destino o, lo más común en todos los casos, huyendo de la institución sedienta de poder que se había encargado de destruir mi casa.

Me prestaron cobijo y auxilio en mis largas travesías, de la misma manera que se convirtieron en mi brazo derecho para consolidar la única misión que me queda

en este mundo—intentar salvar a los más desfavorecidos, así implique jugarme

el cuello.

Estos sobran y abundan. Bien sean otros grupos viajantes y desmembrados, pequeños refugiados en los bosques muertos, o hasta aldeas completas al borde

de la extinción, todos los días se consigue a alguien que se puede beneficiar de nosotros.

Gente que nos recibe con los brazos abiertos, implorando comida, armas, o tan

siquiera alivio. Oblivia se ha convertido en nada más que una tierra de desolación.

No todos nos reciben con la misma candidez, claro está. Tanto por la confianza

generalizada que se crea en un ambiente de guerra como por la sospecha de saber a lo que verdaderamente venimos, de la razón por la que estoy presta a ayudarlos.

Una razón que podría solventar todos sus problemas pero que, al mismo tiempo,

podría despertar la furia de la Iglesia y descargarla sobre ellos también.

Por eso es que los demás forasteros que me acompañan tienen sus habilidades

también—las manuales. Jinetes que, de tener otro apellido, pudieron haber sido

caballeros.

Arqueros certeros, lanceros capaces de empalar a un jabalí desde diez metros. Lo mejor de lo peor del reino, como dirían las autoridades que gobiernan Oblivia.

Guerreros fieros, instados por sus situaciones a tomar el camino y ahora mis fieles amigos y protectores.

Con un olfato tenaz para saber con exactitud cuáles son los pueblos bañados en

el mayor sufrimiento, aquellos que nos necesitan con más fervor y que aceptarían nuestro soporte sin ideas maquiavélicas de entregarnos. Y con el

mismo olfato y sentidos como para elegir los mejores caminos y refugios, y manteniendo al enemigo a raya.

Porque, por muy sorprendente que suene, en esta década de moverme con los forasteros nunca nos hemos enfrentando a huestes enemigas. Exploradores, cazadores y guardias sí, pero los grandes séquitos, las emboscadas y los callejones sin salida nos han sido esquivos. Nunca nos hemos encontrado entre

la espada y la pared.

Entre La Santa Inquisición y la pared.

* * * *

El látigo que esboza la Iglesia para manifestar su voluntad en estas tierras. Eso es lo que es La Santa Inquisición.

Y, cabe acotar, si bien la Iglesia no es el estado de Oblivia, está muy cerca de serlo. A la monarquía no le importa para nada utilizar a la Iglesia como excusa

perfecta para sus designios, enarbolando la religión como el argumento idóneo para aventurarse en cualquier territorio y conquistarlo.

Del mismo modo que la Iglesia, presidida por el Papa Magnus, se beneficia del

poder y libertad que le otorga el estado de Oblivia para obrar como le plazca.

Y allí entra La Santa Inquisición, la institución por medio de la cual la Iglesia lleva a cabo sus misiones. Un grupo de misioneros y predicadores que en realidad son todo menos eso—más apropiado sería llamarles conquistadores, mercenarios, o asesinos a sangre fría, pues esa es la tarea que llevan a cabo.

Es La Santa Inquisición el grupo que primero llega a los territorios, en aparentes vistas de ofrecer cuánto necesiten a sus pueblerinos. Ayuda que se transforma en pregones, repartiendo la palabra de manera amable.

Una amabilidad que se va difuminando y tomando tintes más oscuros, conforme

ofrecen, como si siquiera hubiera una alternativa, insistiendo en que se integren al estado mayor, renunciando a su soberanía e independencia.

Y, como suele terminar, sacando armas y derramando sangre como haría

cualquier conquistador. Pero, repiten, solo se encargan de llevar la palabra a todos los rincones del continente.

Son ellos quienes nos persiguen pues, al fin y al cabo, no es solo el hecho de que mis habilidades—así como mi grupo—sean puestos en ayuda de los más débiles,

a quienes preferirían dejar más débiles para perpetuar su control.

Sino que estas habilidades sobrehumanas podrían ser utilizadas como evidencia

en contra de su palabra y de sus escritos, una manera de usurpar la fe a

quienes la utilizan para seguirlos.

En resumidas cuentas, soy una amenaza para la iglesia, para el estado de Oblivia y, en especial, un objetivo de La Santa Inquisición.

* * * *

El riesgo creció bastante, pues nuestras pequeñas misiones tuvieron que multiplicarse.

El grueso de La Santa Inquisición, cada vez con más predicadores—o, debiera decir, *soldados*—, aprovecha sus números crecientes para intentar hacerlos más grandes y mantener una expansión sostenida.

No hay territorio o estado aledaño que no esté en peligro de ser invadido. La inercia está a su favor, y eso es lo que deben aprovechar para perpetuar su ataque.

Lo que significa que nuestro estado sufre, por dos vertientes—la primera, que conforme ningún enemigo representa amenaza alguna a través de las armas, más

deben eliminarme, su principal miedo, por lo que los grupos que permanecen en

nuestro estado recurren a métodos más cruentos, torturando y quemando todo a

su paso para hallarme.

O para no dejar a nadie quien pueda refugiarme. Levantando suficientes rocas —

y dejándolas levantadas—terminarán consiguiendo al insecto o, en todo caso, sin

escondite posible.

Y la segunda vertiente es que más que nunca no hay prioridad alguna de

cuidar

nuestro estado.

Los campos más recónditos, al menos. Ya que toda la fuerza se concentra en armamentos, en las capitales, y en las cosechas cercanas de las que se pueden beneficiar de inmediato, los pobres se hacen más pobres, el delito de propaga, y cada vez hay menos campesinos y más forasteros. Una pequeña ventaja para nosotros, si es que no tardaran en ser eliminados.

¿Hallaremos en algún momento la paz? ¿La manera de que termine este

calvario? Todo apunta a que no. Lo que hacemos son parches, pequeñas vendas

tapando enormes heridas que se hacen más y más grandes. Y no hay manera de

mantenerlas cerradas. Habrá un momento en que no alcancemos a limpiar ni una

ínfima fracción del daño que se le hacen a los pueblos de nuestro estado.

Lo que me espera es eso, una vida barriendo el polvo conforme pasa una tormenta de arena.

¿O debiera decir *lo que me esperaba*? Pues llegó el día en que toda mi suerte se esfumó, y fui encontrada, capturada y encerrada por Marcos.

2

Entre los integrantes de La Santa Inquisición se puede conseguir de todo—

verdaderos sacerdotes, misioneros, antiguos campesinos. Todas las clases

sociales, territorios, profesiones contaban con su presencia. O, por decirlo de su manera, con su infección, pues parecía ser un virus que se propagaba con toda la vehemencia del mundo.

Y no había manera clara de diferenciarlos. En otra época solo serían clérigos.

Ahora, cualquier individuo que se cruzara en tu camino podría ser fácilmente otro esclavo—o amo—más en su intrincada rueda, girando a todo lo largo de Oblivia y subyugando a quien se le atravesara. Todo aquel cuyo nombre resaltara

era miembro de la misma, excepto dos personas.

Rey solo había uno. Paúl, el gobernante supremo de Oblivia, quien había decidido vender su alma a La Santa Inquisición y darle ese poder inexpugnable.

Venía de una larga familia de reyes y, si bien prácticamente estaba acostado con la Iglesia, suyo era el regimiento y el poder que abanderaba a nuestro Estado.

Y, por difícil que suena, cazador también había uno solo. No me malinterpreten

—cazadores abundaban, tanto de animales para alimentar al estado como de otros humanos, listos para eliminar a sus enemigos. Y, en algunos casos, también para alimentar al estado.

Pero *el* cazador solo había uno. Un hombre siempre separado de La Santa Inquisición, dedicado y entregado solo y exclusivamente a Oblivia. A quien ninguna presa se le había escapado, y cuyas misiones todas terminaban en éxito.

El cazador. Marcos el Segundo.

* * * *

Su nombre se prestaba a confusión. Al escuchar de Marcos el Segundo, a todos

le vendría a la cabeza la imagen de un hombre, ceñido en vestimenta cara y con

sangre real fluyendo por sus venas. Y nada más alejado de la realidad, pues Marcos había empezado en el campo como el que más.

El Segundo no era un título, sino un apellido puesto por él mismo. Después de

todo, si se le conocía un amor inexpugnable, aparte de por Oblivia, era aquel por su padre, a quien tanto adoraba que lo honró haciéndose conocer como el segundo de su nombre.

Y su comienzo en el campo, siendo desde niño un surtidor de alimento para todo

su pueblo y, posteriormente, el jefe de los ejércitos de Oblivia. Un ascenso tan rápido como fulgurante, que nada sorprendía, pues su leyenda había llegado a cada rincón del estado y mucho más allá.

Así se rehusara a unírseles, bastante le debía agradecer La Santa Inquisición —tal era la habilidad en el campo de batalla de Marcos que había logrado alejar de Oblivia a todos los ejércitos invasores, hasta el punto de que habían pasado décadas desde la última embestida. Y así paz y tranquilidad, por así decirlo, era lo que había motivado a que la Iglesia pudiera tomar la ruta opuesta y salir al ataque.

Para mí Marcos no era más que una leyenda. Nunca lo había visto ni escuchado

rumores cercanos de él. Supuse siempre que bastante ocupado estaría en sus labores militares como para preocuparse de las pequeñas niñeces que

acontecieran en los rincones más recónditos de Oblivia.

Así fue, por supuesto, hasta ser capturada por él. Llevada a la mismísima Capital de Oblivia, y encerrada en una torre desde la que podía ver con toda claridad el castillo del rey.

El nido de Oblivia. Y de La Santa Inquisición.

* * * *

Tres días fue el tiempo que pasé encerrada a solas. Tres noches, y tres días. Solo comía una vez al día, introducido por una rendija en la parte inferior de la puerta de manera.

Eso me obligó a preguntarme qué tan inteligente podían ser mis captores. ¿Era simple casualidad, dejándome sin comida para torturarme? ¿O acaso sabían que,

al disminuir mis fuerzas vitales, no sería capaz de utilizar la magia para escapar?

Tan cerca que estuve de escapar cuando me atacaron, vamos. Una de las aldeas

más grandes de Oblivia, una justamente repleta de inocentes y trabajadores sin conexión alguna con La Santa Inquisición, acababa de ser arrasada por algunos

bárbaros perteneciente o a esa Iglesia o al estado o vaya a saber a quién.

Mucha gente que me había alimentado y puesto un techo en mis momentos de mayor necesidad. Era mi obligación socorrerlos.

Y eso hice. Solo unos pocos habían fallecido, pero la mayoría era víctima de terribles quemadas. Tuve que amaestrar todas mis fuerzas para poder mitigar heridas, encontrar agua para evitar la desecación de todos quienes sufrían, crear fuego y poder hervir vinos y pociones en medio de una ventisca.

Y, el detalle está, la magia no es infinita. Casi, pero viene a depender de las fuerzas vitales de uno mismo. Del alma, por así decirlo. Y mientras más consumes, más cansada quedas, y hay un punto en que es sencillamente

imposible utilizarla y no queda más remedio que intentar recuperarse para poder

volver a defenderse.

Claro que en ese momento quedas vulnerable, y es allí cuando apareció el

ataque

de Marcos. Un grupo desperdigado, entrando por cada rincón de la aldea, que no

dejaba lugar a escapar por medios normales.

Trincheras apostilladas para defender aún más la posición y hacer oficial el sitio.

Y, por último, el avance edificio por edificio, asesinando a todos quienes se les atravesaran, hasta dar por mí.

¿Casualidad? No. La mano de Marcos tuvo que ser la encargada de atacar a esa

tribu, bien sabiendo que correría en su ayuda, y que me desgastaría lo suficiente como para prevenir mi escape. De la misma manera que la debilidad a la que me

somete esta torre va en esa dirección.

Marcos no es el cazador por nada. Sabe exactamente lo que hace. Y, ahora, ¿qué

hará?

* * * *

Esa pregunta estaba pronta a tener su respuesta, pues a la medianoche del tercer día escuché voces, pasos y, finalmente, llaves.

— Que nadie más entre— ordenó.

Como tal, se le obedeció, pues nadie más ingresó. Aunque su imagen inicial fue

lo suficientemente impactante por sí sola.

Y es que era hasta escalofriante la cantidad de similitudes que existían entre nosotros. Ambos de cabello negro, el mío largo por la mitad de mi pecho y el suyo corto y perfectamente arreglado.

Ambos de tez doradeca, sin duda alguna producto del tiempo que hemos pasado

en el campo—él cazando, yo siendo cazada. Ambos de ojos oscuros, aunque los

de Marcos escapaban un poco más hacia el color ámbar. Ambos de rectas y curvas firmes—rectas nuestras mandíbulas y narices, curvas pronunciadas en nuestros cuerpos.

Siempre habían denominado una bendición los senos y piernas que se me dieron,

siendo ese el menor de mis intereses. Y la túnica de Marcos no alcanzaba a ocultar los curtidos músculos creados entre las carreras y el combate.

No sé cómo es mi mirada en estos momentos, pero la suya es clara y sencilla —

dura. Inexpugnable. Desafiante.

Sin haber dado siquiera un paso, quebró el silencio.

— En veinticuatro horas serás entregada a La Santa Inquisición. Y, por lo que escucho, minutos después serás quemada en la hoguera.

Bueno, no es exactamente la manera en que yo me le presentaría a alguien por

primera vez.

— Quería sacar eso del camino de una vez, pues sé que tu principal incertidumbre debe ser cuál será tu destino— añadió—. Y ya lo tienes allí.

— Gracias, supongo— fue todo lo que pude responder.

El hercúleo veterano de guerra dudó un segundo, antes de avanzar algunas zancadas para posicionarse en la silla justo enfrente de mi cama. Que, cabe acotar, era prácticamente un cuarto de la habitación—solo estaba la estrecha ventana que daba al castillo, las mencionadas cama y silla, y una biblioteca sin libros encima de una chimenea que parecía no haber sido prendida en siglos.

— Creo que es menester presentarme— dijo mi raptor.

— No lo es— repliqué—. Marcos el segundo, el tan conocido cazador, obrando como la mano derecha de La Santa Inquisición.

Algo de lo que dije pareció herir el orgullo de Marcos, un golpe que manifestó

físicamente.

— No trabajo para La Santa Inquisición— corrigió—. Soy un soldado fiel al estado de Oblivia, mi única lealtad y mi única responsabilidad.

— O, lo que es lo mismo, fiel a La Santa Inquisición.

— No es así.

— Claro que sí. Ya uno es parte del otro, y viceversa— manifesté—. Solo falta

saber quién se comerá al otro, y creo que es más que evidente quien terminará haciéndolo, ¿no?

Estas palabras no llegaron solo al orgullo de Marcos, sino que también lo hirieron.

— Me habían advertido de las capacidades de la gente como tú, pero nunca nadie se tomó el tiempo para explicar el veneno que podían esconder tus palabras.

— Solo estoy expresando una verdad.

— A ver, *hechicera*— esta palabra sí que llevó veneno—, explícame cómo es que alguien que nunca ha pisado la capital o ha sido parte del gobierno de Oblivia o de La Santa Inquisición pueda saber tan bien sus procedimientos.

— Porque no soy yo quien lo dice, sino Oblivia completo— respondí—.

Simplemente tú eres parte del círculo interno, donde proferir una respuesta así puede eliminar tu cabeza. Pero todo el pueblo lo sabe.

La mirada de Marcos se quedó varios segundos sobre mí. No lo había

convencido, ni mucho menos, pero algo me decía que de verdad me estaba escuchando.

— Y, cabe acotar— continué—, no hay gente como yo. Solo quedo yo. Tu Iglesia se encargó de que así fuera.

— No es mi Iglesia— repitió—, y si fueron exterminados fue por una buena razón. Y es que tal poder desmedido solo lleva a abusos y a alterar el orden natural de las cosas.

— ¿Cuál orden? ¿El poder del gobierno y de la Iglesia por encima de todos los

demás?

— El orden natural. Lo tangible, lo que tiene explicación— su respuesta fue solemne.

— ¿Y quién dice que lo que yo puedo hacer no es tangible? Yo lo puedo sentir.

Y, aun si no fuera así, ¿quién dice que no hay otras cosas en el mundo que no tengan explicación?

— ¿Cómo qué?

— Como la Iglesia, y todo lo que pregonan.

Un golpe invisible pareció haber impactado en el estómago de Marcos, pues su

rostro se tensó de inmediato. ¿Rabia por lo que acababa de decir? ¿O acaso compartía las mismas dudas que yo lo hacía?

— ¿Qué haces aquí?— le pregunté entonces en pleno silencio.

— ¿Qué hago aquí? Ya te lo dije. Vine a informarte de tu destino.

— No es eso— dije por mi parte—. Eso fue lo primero que hiciste, y sin problema alguno podrías haber abandonado el cuarto. Todo lo demás ha sido, vamos a decir, adicional.

Esta vez Marcos no se dejó llevar por la sorpresa. Solo permaneció en silencio.

— Y, además, no tenías tampoco la necesidad de informarme. Bien podías dejarme aquí hasta que me viniera a buscar La Santa Inquisición.

— Tengo un deber moral de dejarte saber lo que te sucederá— fue lo único que

dijo.

— Quizás. Pero es innegable que no estás aquí por eso. O, al menos, solo por eso.

Más silencio.

— Me han alimentado apenas, para mantener mis poderes a la raya— seguí mi

análisis—. Ahora, si tomamos en cuenta todas las cosas que hace y deshace La

Santa Inquisición, ¿no habría sido más lógico dejarme sin comer hasta la hora

de quemarme? ¿Por qué tratarme con un mínimo de dignidad, aquí arriba, y no lanzarme a un calabozo?

Un lejano esbozo de sonrisa se dibujó en los labios de Marcos.

— Porque querías que retuviera, aunque fuera, un poco de mis poderes—

concluí—. Para ver si me atrevía a atacarte. Nada iba a sucederte, pues te aseguraste de sentarte de manera que yo le diera la espalda a la ventana, donde

sin duda hay algún arquero apuntándome desde la torre del rey. Pero era una prueba. Querías que lo hiciera, para convencerte de que estabas haciendo lo correcto. Y ahora, que no caí en tu trampa, no te queda sino seguirte preguntando quién tiene la razón aquí.

— Vaya deducción. Hasta paranoica pareces— fue lo que dejó escapar Marcos.

— Paranoica, puede ser. Pero en lo correcto.

Marcos se levantó y devolvió la suya a su lugar, tras lo cual observó por la ventana y asintió.

— Volveré pronto— dijo Marcos.

Y así como así, sin resistencia de mi parte, desapareció del cuarto, sumiéndome

de nuevo en la soledad que me esperaba. Por veintitrés horas y media, por lo menos.

Marcos no es un títere más de Oblivia y de La Santa Inquisición. Eso está más

que claro. Pero, tras una vida obrando en pos de su estado, ¿cómo puedo lograr

que cambie de opinión en tan poco tiempo? ¿Cómo puedo agilizar mi escape,

de

manera que las esperanzas del pueblo no mueran todas en la hoguera?

Bueno, él intentó manipularme para conseguir su respuesta rápido. Así que creo

que esa es la única alternativa que me queda a mí también en ese asunto. Tendré

que manipularlo.

Es decir, tendré que seducirlo. Mi única baza.

3

La torre me puede ofrecer una clara visibilidad del castillo del rey, de sus fuentes, de sus ventanales, y del amplio foso que lo rodea, pero no habría manera alguna de poder divisar al mismísimo monarca.

Ni aunque se paseara por alguno de los balcones que lo coronan podría saber que

se trata de él. Y, sin siquiera reconocerlo, sería más que imposible, a esta distancia, estudiar sus actos o palabras como para saber si es verdad que opera

por su propia mano o que, por el contrario, es una marioneta más de La Santa Inquisición. Los rumores del pueblo apuntan a lo primero, pero...

Y del otro lado está Marcos, que es otra historia. Acaba de confirmarlo—que, cuanto menos, tiene su propio cerebro, y que no se deja llevar y arrastrar por quienes lo rodean.

Por eso vino a mi celda, para saber si yo sería aquella persona que pudiera esclarecer un poco de lo que estaba sucediendo. Y volverá. Tiene más

inquietudes, y más preguntas.

Una duda revuela mi cabeza—¿por qué emprendió semejante cacería detrás de mí? ¿Acaso fue, sencillamente, por seguir y respetar las órdenes que le envió el estado de Oblivia?

¿O es que esto va mucho más allá, y tal persecución venía en pos de esta reunión? ¿De hallarme, al enemigo número uno de La Santa Inquisición, para intentar convencerse de que no estaban colaborando con el mayor mal que pudiera haberse paseado por la tierra?

Y sí, sé que puedo convencerlo. Pues es un hombre racional y, después de todo,

tengo la razón. Él lo ha visto en el campo, pues esa es la zona que frecuenta. Y

yo lo he visto con creces, y tengo todos los testimonios que pueden hacer falta.

A base de pura conversación puedo hacerle entrar en razón y darse cuenta de la

amenaza que se cierne en torno a Oblivia.

Pero, para convencerlo, necesito tiempo. Y no lo tengo. Por lo que debo ser mucho más visceral en mi manipulación.

* * * *

Dormir como captiva no es precisamente muy sencillo. Aun así, habría logrado

conciliar el sueño en contadas ocasiones, descansando horas o minutos que me

mantuvieran aunque fuera un poco activa.

Pero esa noche no pude cerrar los ojos por más de treinta segundos, entre el desespero que me carcomía por el regreso de Marcos y el sonido del viento, que

para mí no era más que una representación del tiempo que me quedaba, cada vez

más ínfimo. Si fuéramos a hablar de noches eternas, esa se llevaba el premio.

Y llegó el alba. Aun si hubiera podido dormir me habría dado cuenta de ello por

el tremendo estruendo que se formó—trompetas, cuernos, tambores. Un redoble

de instrumentos que crecía momento a momento, provenientes de todas las direcciones. Y, ya que mi ventana solo me permitía una, hacia allá fue que observé.

Pero con eso era suficiente, pues del norte, del este, del oeste, y hasta del sur, una marea pasaba a envolver el castillo. Montados en caballos, arrastrando provisiones, y todos, por igual, vestidos de rojo.

La Santa Inquisición, con sus mantos del color de la sangre del salvador. Aunque más apropiado sería pensar que esa sangre correspondía a la que derramaban allá

afuera en los campos.

Los jinetes de La Santa Inquisición son de quienes más he hablado—esos predicadores, que se presentan con sus palabras, pocos sabiendo que debajo de su manto se esconde una espada, lista para ser desenvainada y quebrar el viento

para, también, quebrar a sus enemigos.

Y, arrastradas, las carrozas en las que sin lugar a dudas se transportaban sus miembros de más enjundia. Lo que quizás alguna vez había llegado a soñar ahora se me acababa de conceder—la cabeza (y los brazos) de la serpiente, reunidos, en un mismo lugar. La manera más certera y efectiva de cortar de raíz

a la maldad.

Claro, todo sería mucho más sencillo si no estuviera carente de mis habilidades y encerrada como una rata.

* * * *

Y el alba no trajo solo a La Santa Inquisición, sino también a Marcos. En sus brazos portaba una bandeja con el desayuno, si es que pudiera llamarse así—
las

mismas migajas de pan, con vino pasado de la fecha y apenas una rebanada
de

queso. Su mirada parecía querer disculparse.

— Supongo que entiendes el porqué de esta mísera comida.

— Para que no prenda en llamas tus ropas y tu piel con ellas, supongo—
respondí.

Marcos hizo un gesto de aceptación y colocó la comida frente a mí. Si algo había aprendido en esta vida era a no mostrar debilidad, y mucho menos a un enemigo

que pudiera regocijarse de ello.

Podría haber pasado diecisiete años sin comer y habría evitado lanzarme
encima

de ese plato. Pero, claro, para que mi juego funcionara, debía hacer
exactamente eso—verme débil. Indefensa. Herida...

E igual de herida quedó la bandeja conforme me abalancé sobre ella para
devorar cada resto de desayuno que me había traído Marcos.

Su mirada se mantuvo fija sobre mí sin delatar ninguna expresión o

pensamiento. Solo, de vez en cuando, un paseo de sus ojos hacia la ventana.

Allí, donde rompía la línea del horizonte el castillo del rey...

— Gracias— dije y, con un movimiento brusco, aparté la bandeja de mí.

— Espero que no sea suficiente para prender en llamas mi piel.

— No es precisamente a lo que me dedico.

— Lo sé— dijo con un tono tajante—. Y eso es justamente de lo que quiero que

me hables ahora.

— ¿De qué?

— De lo que puedes hacer. Y de lo que haces.

Mi gesto, esta vez, fue de recelo.

— No me agrada mucho la idea de que La Santa Inquisición indague tanto en mí

— respondí—. Si van a acabar con mi vida, que lo hagan y ya.

Otra vez el endurecimiento de la mandíbula de Marcos.

— No lo pregunta La Santa Inquisición.

— ¿El estado de Oblivia, entonces?

— No. Yo— concluyó.

Fuera como fuera, debía responderle para lograr acercarme a mi objetivo.
Pero,

aun si no estuviera obligada a hacerlo, Marcos parecía exudar una sinceridad que me hacía pensar que de veras él era quien quería saberlo. Una sinceridad profundamente entremezclada con su carisma.

— ¿Cómo me conocen aquí?— pregunté.

— Para el estado de Oblivia eres una hechicera— contestó Marcos—. Para La Santa Inquisición, bueno...

— Una bruja.

— De hecho, no— dijo con un tono calmado—. Así se les conocía, cuando eran

una fuerza reconocible. Ahora que, hasta donde se sabe e indican todas las informaciones, solo quedas tú... Eres el diablo.

Una sonrisa escapó de mis labios. Nunca me he detenido a pensar en si las palabras sobre las que se cimienta La Santa Inquisición son o no verdaderas, pues sí, puede que ellos ahora la utilicen para dominar, pero antes hubo gente que genuinamente las creía y las predicaba con buenas intenciones.

Lo que me causa risa es otra cosa—pensar que *el diablo*, la figura más despiadada y cruel según la mitología, es una mujer que se la vive de pueblo en

pueblo, sanando heridas e intentando conseguir recursos para quienes más los necesitan...

— Y yo pregunté primero— añadió Marcos.

— Pues el término más arraigado, el quizás correcto, es que soy una vitalista
—

expliqué—. No soy diferente de ti, o de los guardias que están parados afuera de esta celda, o de quien presida a La Santa Inquisición. No soy otra especie, u otro ser. Simplemente tengo el don de palpar y de explotar lo que tanto tú como yo

llevamos dentro de nosotros mismos. Nuestras almas.

Por primera vez Marcos respondió con un gesto de incredulidad a alguna de mis

palabras.

— Puede que no me creas, pero es así. Hay algo en todos nosotros más allá del

cuerpo y de la mente. Todos lo sentimos, en algún momento u otro. Es esa parte

de nuestras vidas que no podemos explicar. Y es la que nos da la fuerza vital.

>>La misma razón por la que un hombre vigoroso que acaba de perder a su esposa puede envejecer en apenas años. O por la que un soldado herido en guerra, desangrándose, puede mantenerse en pie solo para lograr concretar su venganza. Todos lo llevamos por dentro.

Marcos se mantuvo rígido. No me dejaba leerlo. Con su gesto bastaba para hacerme seguir hablando.

— Las cosas que hago las podría hacer cualquier persona— continué—, solo que

a un nivel más allá, se podría decir. Tengo relación con los elementos. Crear fuego donde ya hay calor. Conseguir y atraer el agua. Saber todo lo que hay desde donde sopla el viento, sean humanos, naturaleza, edificaciones.

>>Controlar la tierra, haciéndola más firme o blanda o inestable. También puedo influir sobre los procesos naturales: la cicatrización, la curación de heridas. Jugar con los sentidos para hacer a alguien invisible. Eliminar el veneno. Aumentar o

disminuir las capacidades de quienes me rodean.

El silencio fue lo que siguió. Quería ser sincera con Marcos, pero tampoco podía regalar respuestas tan fácilmente. Y ya le había revelado prácticamente mi repertorio completo.

— Casi todo de lo que me hablas son técnicas defensivas— pronunció—. ¿Y qué

hay de las ofensivas?

— ¿A qué te refieres?

— ¿Puedes hacer que una herida se infecte con mayor velocidad? ¿Proliferar el

veneno? ¿Usar los elementos en contra de otros individuos?

— La verdad es que probablemente sí, pero no sabría decirte con seguridad.

Ahora me miró con incertidumbre.

— ¿Cómo puede ser eso?

— Pues nunca me he dado a la tarea de cazar enemigos, o de atacar, o de liderar

ataques— repliqué—. He visto a mis compañeros de viaje masacrar a nuestros perseguidores, y los he ayudado, otorgándoles ventajas. Pero nunca lo he hecho

yo activamente.

— ¿Por qué?

Sutilmente me encogí de hombros.

— Ya hay suficiente daño en este mundo como para que venga yo a causar más.

Mi explicación sorprendió a Marcos. Tanto así que abandonó su asiento y caminó hasta la ventana, dejando que los segundos—y minutos—se fueran sobre

el castillo del rey.

Finalmente se expresó para hacer una pregunta.

— ¿Quién es el enemigo?

— Estoy segura de que el mundo está repleto de grises, pero aquí sí hay un negro— dije con contundencia—. Y ese es La Santa Inquisición.

Marcos bajó la mirada.

— ¿Qué harías tú? Si tuvieras el poder de cambiar algo en Oblivia.

— ¿Yo? Continuaría mi cruzada por el desierto, ayudando a quien lo necesite.

Poniendo parches en todas las heridas que vayan abriéndose.

— Pero— siguió Marcos—, la velocidad a la que pones esos parches jamás se comparará a la que tienen esas heridas para ser abiertas una y otra vez.

— Quizás. Sé que no es la solución definitiva. Es lo que tengo entre mis manos.

— ¿Y si no fueras tú? ¿Y si alguien más pudiera tomar el destino del estado en

sus manos?

Ya lo pensé...

— Cortar la cabeza de la serpiente— repetí, tal como en mi cabeza—. Y no dejarla reproducirse. No sin antes afianzarse la posición de Oblivia, que es lo que verdaderamente importa y muchos olvidaron.

Marcos volvió a bajar la cabeza, esta vez con pesadumbre. Tras negar con mucha

debilidad su cabeza, se alejó de la ventana rumbo a la puerta.

Y, en ese momento, me lancé sobre él.

El miedo—o respeto—que Marcos podía tener a esta hechicera seguía

vigente, pues ni me había acercado cuando ya me había tomado por las muñecas. Pero debió darse cuenta de que no tenía intención alguna de hacerle daño, pues allí

me dejó, con nuestros rostros a apenas centímetros el uno del otro.

— Marcos— le dije—. Tengo miedo.

4

No, por supuesto que no tenía miedo.

En todo caso, respeto por mi situación. Sabía que estaba caminando por la cuerda floja y que lo más probable es que cayera al vacío. Lo único por lo que

podía temer era por mi vida y, francamente, sobrevivir de la manera que me había tocado hacerlo tenía una fecha de expiración. No podía pretender huir y esconderme eternamente. En algún momento llegaría a esto.

Claro, estaba el miedo que sentía por todo el estado de Oblivia, pero la realidad es que nunca me había hecho muchas esperanzas. Tomaba todo de la manera que

lo describió Marcos—como un parche, destinado eternamente a curar heridas y

sin la capacidad de llegar a la raíz de todo el mal.

Así que no, no tenía miedo. Pero ese era el papel que tenía que jugar para entrar en la cabeza de Marcos el Segundo.

Y, por la mirada de desdicha, casi de lástima, que me dio antes de salir esa mañana de mi celda, creo que de algo funcionó.

* * * *

La cantidad de recursos humanos que poseía La Santa Inquisición de veras era envidiable. Si bien sus mandatarios y gran parte de los jinetes rojos ya

habían llegado, durante el día se siguió una procesión de fuerzas a pie, reuniéndose en torno al castillo real de Oblivia.

Una gran armada a la que se le unía el ejército estatal, mostrando los mejores estandartes conforme montaban tiendas de campaña a todo su alrededor. Tanto la

monarquía como la Iglesia tenían bastante tiempo acostados juntos, y la aniquilación de la última bruja o, como dicen, *el diablo*, era motivo de celebración tanto para unos como otros.

¿Será así? ¿No tengo esperanza alguna? Las horas del almuerzo merodeaban, como indicaba mi estómago ya bien entrado en la digestión—pues se había acostumbrado a llevar el proceso con mucha más lentitud en estos días en que comer era una utopía. Y no había ningún cambio: todo seguía en marcha allá abajo, y aquí arriba no daba señales de vida Marcos.

Torpe yo, pensando que a un héroe de guerra podría accederle de la misma manera que se accede a la mayoría de los hombres. No es como que antes haya

estado en misiones de conquista, pero ahora, sin más alternativa...

El día pasó, el sol bajó, la celebración continuó abajo, y mi espera se mantenía en el tiempo. ¿Habría sido un error mantener la esperanza de que podría escapar

de aquí? ¿No habría sido mejor invertir mis últimas horas de vida en algo de más provecho? ¿Escribir memorias, intentar dejar caer cartas por la ventana, exprimir al máximo el poder que pueda quedarme en mi energía vital?

Como sea, ya es muy tarde. No queda sol. Solo antorchas en torno a las tiendas

de campaña, el sonido de la música propagándose, y los gritos débiles de hombres aletargados en licor. Nada más.

Nada, excepto el sonido de la puerta abriéndose lentamente y con mucha

dificultad.

* * * *

¿Es acaso un guardia ebrio quien intenta abrir la puerta con tanta dificultad?

No. La puerta no la está abriendo un guardia.

La está abriendo Marcos, quien nunca se había encargado de ello, pero ahora está totalmente solo. Y sus manos tiemblan, probablemente del debate interno que está llevando ahora que entra.

Bueno, eso último quizás lo imaginé, pues sus manos están firmes como una roca. Jamás demostraría tal debilidad o indecisión el más grande veterano que haya conocido Oblivia.

Lo que no imaginé es la sutileza con la que se acercó, esta vez a milímetros de

mi cara, y su voz dejó escapar una pregunta casi inaudible.

— ¿Quién eres, y qué quieres para Oblivia?

Demonios. Es atractivo. No hacía falta acercarse tanto para darse cuenta, pero tampoco hacía daño.

Como tampoco hizo daño el empuje que di a mi cuerpo para impactar contra sus

labios.

* * * *

Cualquiera habría pensado que no estaba a solo horas de ser incinerada hasta no

ser más que simples cenizas.

Marcos había entrado a la celda con la vívida y sincera intención de extraer

esa información de mí, y no se esperaba ni más que fuera a responderle de tal manera. Pero tampoco es que ofreciera mucha resistencia.

Mis labios chocaron con los suyos y se aseguraron de que no se quedara en un

simple roce, sino de que se extendieran en toda la altura de su boca. Su reacción no fue más que quedarse tieso, como una roca, sintiendo cómo mi beso se prolongaba. Y se continuaba. Y se afirmaba. Y, cuando mi lengua rozó su humedad, reaccionó en sí.

Reaccionó todo Marcos al mismo tiempo—sus labios poniéndose en acción para

abrirse hacia los míos y dejar su lengua jugar también, su cuerpo aproximándose al mío para untarme con su calor, y sus brazos envolviéndome para dejar que las manos tomaran con firmeza mi espalda. Un movimiento en total sincronía, preparado específicamente para adentrarse en ese beso.

Y mientras el beso dejaba de lado toda delicadeza para entrar en la pasión, de paso en paso Marcos me fue empujando hasta una pared, donde quedé atrapada,

entre la piedra de la torre y la carne de mi raptor. Y entre su piedra, también, pues poco a poco sentí cómo se levantaba y afirmaba lo que escondía entre sus

piernas.

Quizás percatándose de que se estaba dejando llevar, Marcos interrumpió el beso, al tiempo que sus manos ascendían hasta sostener mi cabeza. Y allí, a la misma distancia casi inexistente, se posaron sus ojos sobre los míos. Bajando de mis pupilas a mis labios y de regreso.

¿Pensando en si estaba haciendo lo correcto? ¿O admirando lo que estaba

sucediendo? Fuese por una o por la otra, lo que hizo Marcos no fue más que

retomar el beso, con mucha más tranquilidad, pero con una firmeza total y completa.

Y así se fueron los minutos, simplemente besándonos como si nos fuera el mundo en ello. Como si no hubiera un fin. Como si no hubiese un reloj contando

los segundos hasta el final de la noche...

* * * *

Pero el mismo estruendo proveniente de la ventana, de allá abajo en el pie del majestuoso castillo del rey, fue el que hizo que Marcos se detuviera. El asomarse fue recordatorio suficiente de lo que sucedía, de dónde estábamos, y del enorme

riesgo que estaba cometiendo.

Y como si nada, sin dedicarme siquiera una mirada más, partió a paso apresurado de mi celda. Asegurándose de cerrar con llave la puerta, esta vez sin duda alguna en sus manos, y sumiéndome en un silencio solo interrumpido por

la celebración cercana.

La celebración de mi muerte. Mucho más segura que nunca.

* * * *

¿Qué había hecho?

Mi estrategia final había sido intentar seducir para manipular a Marcos. Y si de algo podía estar segura, es de que no había funcionado.

Puede que se dejara llevar en el momento, pero tuvo la cabeza suficiente para detenerlo antes de que fuera a mayores. De ponerse en una posición de debilidad, o de llegar a una situación en la que su juicio pudiera ser influido a favor de dejarme libre. Y ahora, bien frenado, tenía la cabeza más fría que nunca para tomar la decisión que considerara necesaria.

¿Sufriría más por mi indiscreción? ¿Me reportaría Marcos, preparándome para una tortura y humillación mayor antes de conocer como nunca antes al fuego?

¿Acaso debí haber preparado una estrategia diferente? ¿Malgasté el tiempo que

me quedaba intentando meterme en la cabeza—o, vamos, en el cuerpo—de

Marcos? Puede que, si hubiera acumulado energía, comida, o sueño, para intentar un escape definitivo, lo hubiera logrado.

O si se me hubiera ocurrido lanzarme a la ofensiva y acabar con su vida en una

de nuestras conversaciones, o incluso ahora, que no había más nadie, y que lo tenía en mi boca. Literalmente.

¿Qué me queda ahora? Nada. ¿La ventana? Jamás podría entrar por allí. Y aun si

me apretara lo suficiente, magullando todo mi cuerpo en el camino, ¿qué haría abajo? No me atrevía a aventurar que tuviera la vitalidad suficiente como para ayudarme con el viento o la tierra, o cualquier otra habilidad. Mi destino estaba atado a esta celda.

¿Y cuando me buscaran? ¿Sería solo Marcos, o un séquito completo? Sin duda

alguna, ahora serían muchos más. Un escape mucho más difícil e improbable, si

es que acaso no llega a ser simple y llanamente imposible.

Podría intentar resistirme y ser asesinada por sus armas, un destino mucho mejor que como viva demostración de La Santa Inquisición. Y ni hablar del dolor que

podría producir ser incinerada.

Al menos más de una habría disfrutado este último intento, ¿no? El beso con Marcos se sintió excelso. Estaba fría, calculando cada movimiento, y sin dejarme llevar, pero no por eso dejé de descubrir que de veras sabía besar a una mujer.

Si hubiéramos llegado más allá, ¿cómo se habría sentido? ¿Habría sido suficiente para instarlo a dejar un flanco débil, uno que me permitiera huir para siempre de esta celda, de esta torre, de esta capital?

¿Y hasta de este estado? Es duro de admitir, pero nada me queda ya en Oblivia.

No hay esperanzas, soluciones, o estrategias. El estado pertenece a La Santa Inquisición, en todo menos en nombre. Mis compañeros de viaje cayeron ante la

espada en mi captura. Y mi rostro, mis capacidades, y mi misión, han quedado

en total evidencia.

Ni hablar de Marcos, quien ahora me tiene bajo su dedo. No solo logró engañarme y capturarme una vez más, sino que ya le revelé todo cuánto a mí se

refiere. Jamás podría huir de él. La verdad es que no queda ninguna escapatoria

posible.

A menos de que seamos más abstractos, y veamos mi muerte en un pasillo, por

una espada y a manos de un soldado común y corriente, como una escapatoria al

posible destino cruel que me espera allá abajo.

Allá abajo, donde los rumores y ruidos y gritos en estado de ebriedad crecen y

crecen...

* * * *

Ya la luna se aproximaba a su punto más alto cuando volví a escuchar ruidos que

no vinieran de varias millas por debajo de mí. Las voces, las botas raspando el

suelo, las espadas o escudos o armaduras rozando las paredes y, por último, el debate de llaves hasta entrar en la cerradura e hincarse para dejarme al descubierto.

Cuatro soldados. Al parecer mi encuentro con Marcos no fue lo suficientemente

grave como para alertar a la milicia de enviar una fuerza gigante. Y todos de Oblivia, sin intervención ajena de La Santa Inquisición.

¿Tendré las fuerzas suficientes para enfrentarlos? Por mí misma, no. Quizás con

ayuda. Quizás, si se atravesara un río, o vientos dignos de tempestades, o una enorme fogata podría simplemente redirigirla.

Pero no daría mucho tiempo de pensar en ello, pues pronto alguien se nos unió.

Una figura que no reconocía, pero cuyo olor ya bastantes veces me había visitado en mi celda.

Marcos. Completamente ataviado con la armadura real de Oblivia.

— Comandante— saludó uno de los soldados.

— Roy. ¿Ya solicitaron la entrega de la prisionera?

— Sí, señor— respondió otro soldado—. Nos dijeron que fuéramos bajándola hasta recibir órdenes nuevas.

— Bueno, para eso vengo yo— dijo Marcos—. Yo mismo la escoltaré hasta el

palacio real.

El primero de los soldados me dedicó una mirada, casi de miedo.

— ¿Usted solo? ¿Seguro?

Marcos le replicó con una mirada de incredulidad, casi llegando hasta la rabia.

— Por supuesto, señor— añadió Roy—. Estamos a su disposición.

Varios minutos tardó en desaparecer por completo el más sutil quejido de las pisadas de los soldados por el oscuro pasillo, apenas iluminado por la luz de la luna entrante. No fue sino hasta que ya no había ninguna otra señal de vida cuando Marcos me dirigió la palabra.

— Amelia— dijo con su primera palabra, y con la segunda—, corre.

* * * *

Mientras tanto, algo totalmente diferente se estaba escociendo en el castillo.

5

Dijo corre, y pues tuve que correr.

El por qué iba a quedar para después. Tenía mi única oportunidad de huir del final de mi camino, y debía tomarla sí o sí. Logré encandilar a Marcos. Logré sobrevivir. Logré... ¿escapar?

De nada servía cuestionarme si esto era verdadero o una trampa. Pues no solo

tenía que correr a toda la velocidad que daban mis piernas para salir de aquí

—

también para mantener el paso de Marcos. Mi escape estaba siendo guiado por él

desde el mismo instante en que desaparecieron los soldados.

Y gracias a todas las fuerzas que fue así—de lo contrario, creo que habría sido

poco probable que retuviera mi vida. Lo único que se me habría ocurrido es seguir el camino que tenía marcado, ese que llevaba a los soldados que estaban a punto de escoltarme. ¿Qué habría hecho al encontrarlos, aun tomándolos por sorpresa?

Pero no, pues la ruta que me tenía preparada Marcos nos llevaba a saltar por una ventana para caer en un balcón un poco más bajo, y a partir de ahí tomar otro camino mucho más empinado y arduo, que sin duda iba a permitirnos llegar a la

base antes que aquellas tropas o que cualesquiera otras.

— Sigue el sonido de mis pasos— fueron apenas las palabras de mi rescatista, y

vaya que era necesario.

Este descenso era mucho más oscuro, con apenas antorchas a centenares de metros que no hacían más que indicarte el trayecto, pero sin idea alguna de dónde estabas pisando.

Si no hubiera sido por él, probablemente me habría tropezado con la vasta cantidad de reliquias que abundaban. Eso parecían, al menos. Más de una vez vi

objetos con mayor parecido a esqueletos humanos que a cualquier otra cosa.

Me era difícil comprender cómo me mantenía en pie, con el cansancio y

vacío que había vivido mi cuerpo, aunque era más fácil razonar que había un fuego corriendo por mis venas encargado de ello.

Vamos, mejor ese fuego que el de la hoguera que me aguardaba.

* * * *

En el castillo la celebración crecía. Y crecía. La hoguera estaba preparada en un vasto balcón, tres o cuatro pisos por encima del ras del suelo.

De manera que pudieran verlo todos por igual—tanto el pueblo, celebrando que

el diablo no causaría más daño en sus campos, como los soldados, manteniendo

con firmeza sus tiendas de campaña, como los capitanes, de a poco saliendo para

solo dejar a los mandatarios más importantes en el castillo.

Después de todo, en el balcón solo habrían de estar tres personas—el rey Paúl, el héroe de guerra Marcos, y Ricante, el líder supremo de La Santa Inquisición.

Uno de ellos no había llegado, eso sí.

* * * *

El descenso no solo era abrupto, sino además violento.

Nunca en mi vida había corrido a tal velocidad. Ni escapando en campo abierto,

ni jugando de pequeña, ni en la cacería de mi próximo alimento. La urgencia de

Marcos era extrema, y pronto pude entender por qué.

El oscuro pasadizo, probablemente olvidado en los últimos años, zigzagueaba en

bajada. Pronto disminuía el rumor del viento contra los muros, las antorchas podían divisarse con más frecuencia, y el calor crecía. Así y así hasta que al dejar atrás un doblez y sentir la brisa sabíamos que habíamos llegado abajo.

Y, al llegar a la libertad, el gentío. O la invisibilidad del mismo, al menos. La multitud observable desde la cima de la torre brillaba por su ausencia, a pesar de que podían escucharse claramente. De una vez comprendí—no habíamos salido

por la entrada principal de la torre, sino por toda la parte trasera.

Y es que todos estaban con sus ojos fijos, esperándome y, una vez que los soldados llegaran para anunciar que Marcos me estaba trayendo, la expectación

crecería. Y así pasaría pronto. Debíamos tener apenas minutos para hacer lo siguiente.

¿Y qué era eso? Sin ninguna palabra, Marcos me tendió la mano para guiarme hasta un pequeño riachuelo donde esperaba un bote. Nos lanzamos al mismo, y

empezó a remar... en la dirección incorrecta.

Allí, hacia donde íbamos, viento en contra, se mostraba imperial el castillo.

Era una trampa. Marcos había jugado conmigo.

* * * *

Esta vez, con la adrenalina corriendo en mí, no pude ocultar el miedo. Pero Marcos tomó mi muñeca, esta vez con toda su fuerza y dominio, y me detuvo allí y ahora.

— ¿Confías en mí?

¿Sí? ¿No? Peor pregunta no me habría podido hacer. Pero no tenía otra opción,

salvo lanzarme el agua.

El agua...

Podía utilizar el río a mi antojo, quizás para reversar nuestro curso o para darme una mínima ayuda en ahogar a Marcos. El ímpetu que me mantenía en pie sería

suficiente para comandar eso. Solo tenía que concentrarme y quererlo de verdad.

Pero... ¿era eso lo que quería?

Alguna extraña sensación revoloteaba en mí. No podía establecerla con exactitud, pero era evidente que estaba allí.

Confiaba en Marcos. Y dejé que remara hacia el castillo de Oblivia.

* * * *

Donde cada vez quedaba menos gente. Y, sin duda, no quedaba nadie en estado

de sobriedad. Quizás solo Paúl, y Ricante. El resto celebraba exultante. La Santa Inquisición estaba por lograr su gran cometido y, para todos en Oblivia, eso representaba sus mismos cometidos. Iban a establecer su firme, inquebrantable dominio, y a partir de allí la ruta sería expandir su territorio en sus cruzadas. La conquista no tendría fin.

Y sí que venía en camino la conquista.

* * * *

El bote fue llevado hasta una mínima isla, que ofrecía una pequeña compuerta circular. Marcos dio una patada para que nuestra nave se alejara

río abajo, en la dirección del viento, y se aseguró de entrar primero y enseñarme el camino.

Algo llamó la atención de mi nariz de inmediato—licor. Más no se escuchaba ya

a la gente ni a los músicos, solo se veían barriles infinitos. Estábamos en la mismísima bodega del castillo.

Apenas se escuchaban unos pasos lentos, probablemente pertenecientes a alguien

arrastrando uno de esos pesados elixires. No tardó en desaparecer, junto con la única luz que entraba. Quedamos solos, y Marcos retomó nuestro camino hasta

esa misma salida.

Y, por primera vez, un reflejo de luz—aquella de las antorchas cayendo sobre la

espada de Marcos, ahora desenvainada. Si todo había sido puro escape, ahora iba

a derramarse sangre.

La pregunta era, ¿de quién? ¿De su propio pueblo?

¿O mía?

* * * *

Marcos abrió la puerta con extrema sutileza, sin apenas dejar un quejido en sus

bisagras. Lo suficiente como para no alertar al joven centinela que vigilaba,

dándole la ventaja de golpearlo en la nuca y hacerlo caer inconsciente antes de que pudiera divisarlo.

El contraste a nuestro descenso de la torre, al paso por el río, y a la bodega, yacía en el vestíbulo que nos esperaba—antorchas por doquier y enormes ventanales que permitían el paso de la luna. Tal cantidad de fuego no debía ser mantenida

en cualquier situación. No. Era todo parte de la celebración que me aguardaba.

Aunque, ahora que estaba aquí, dudaba que fuera en estas circunstancias que esperaran verme entrar.

Suerte que nadie lo hizo pues, aparte del centinela, este segmento del castillo era un desierto. Ni un atisbo de vida. Solo el lejano rumor desde las afueras del castillo. Un rumor que, en cuestión de segundos, estalló en bramidos. Algo había cambiado.

La mirada de Marcos me lo pudo confirmar—estaba sucediendo algo. Los soldados acababan de completar su tortuoso camino hasta la salida, y el pueblo entero había respondido esperándome.

Solo que les debían estar informando que el veterano de Oblivia acababa de ascender y que sería él, el mismo hombre que había logrado capturarme tras años

de búsqueda, quien me entregaría a La Santa Inquisición. La emoción era palpable. Ahora, ¿en cuánto tiempo se percatarían de que no todo estaba bajo control?

Eso no era algo que Marcos estaba dispuesto a averiguar, pues no estuvimos ni

cinco segundos detenidos. Nuestro paso creaba mínimos ecos entre las cuatro paredes, tomando la dirección completamente opuesta al sonido, o lo que es lo mismo, a la entrada del castillo.

La majestuosidad era increíble. Así estuviera lanzada en carrera podía

apreciarlo más que claramente. Un recinto enorme, y todo finamente decorado. Tapetes, armaduras, alfombras, espadas, espacios para la entrada de viento—con placas a

sus lados para ser bloqueadas en caso de asedio—.

Cualquier invitado descubriría en apenas cuestión de segundos lo grande que es

el estado de Oblivia. O era, al menos. Si tan solo en los campos se viviera la misma situación que aquí, un reflejo de lo que llegó a ser el estado antes de caer sumido en la guerra...

Las puertas que nos esperaban, si cabe, eran más imponentes aún. Un fino hierro, que parecía inexpugnable a cualquier ariete, elevándose casi hasta la

mitad de la sala. Marcos requirió de su fuerza para poder empujar una de las mismas. Y allí, en todo el medio, reposaba...

El trono.

* * * *

¿Quién iba a pensar hace una semana, escondida en una trinchera, que ahora me

encontraría observando frente a mí el trono de Oblivia?

Por años, desde pequeña, soñé con ese asiento. No para mí, por supuesto, ni nada relacionado. Simplemente preguntarme cómo se vería, y cómo se sentiría estar parada frente a tal demostración de honradez y potencia.

Sentimiento que se esfumó con los años, conforme mis decepciones crecieron y

ahora no me quedaba más que la idea de cómo se dejó perder lo que los ancianos

llamaban el mejor reino alguna vez conocido.

Que ahora llamaban el mejor reino, solo que por razones distintas. Y llenas de crueldad y, sobre todo, de ignorancia.

Marcos se detuvo al notar algo. Y es que el silencio que siguió al bramido tras la probable salida de los soldados lentamente había ido diluyéndose. Los rumores

habían ido creciendo y ahora se escuchaba algo tan fuerte como la celebración.

Pero no se trataba de una celebración. Eran gritos y, sobre todo, impaciencia.

Marcos estaba tardando demasiado en entregarme. Y el pueblo—y La Santa Inquisición—se acababa de dar cuenta de que algo sucedía.

Corrimos a toda prisa hacia el mismísimo trono. No sabía exactamente qué pretendía Marcos, pero tampoco es como que me quedaran muchas opciones diferentes.

Y, mientras nos acercábamos a la majestuosidad de hierro...

Un grito.

Y no cualquier grito. Uno de los gritos más desgarradores que pudiera haber escuchado en mi vida, proveniente del cuarto inmediatamente encima de nosotros.

Era aquel que pronunciaba un hombre moribundo, cuando acababa de clavársele una espada en el pecho, liberando todo cuanto quedaba en sus pulmones antes de

dejarse llevar al más allá.

Marcos se petrificó. No por el grito en sí, pues con eso se había detenido. Pero en su cara apareció una realización súbita. Un frío que invadía su rostro, una pérdida de la estabilidad de sus manos, un freno a su voluntad.

Marcos reconocía la voz que había emitido ese quejido. Y no tenía idea

alguna

de qué debía hacer.

— ¿Qué significa eso?— pregunté en un susurro.

Pero no había respuesta para mí. La mirada de Marcos está perdida en el techo.

No tanto debatiéndose, sino más... ¿esperando? ¿Qué esperaba?

Dudo que eso fuera lo que estuviera esperando, pero nuestro silencio se interrumpió cuando las enormes puertas se abrieron de par en par. Y allí, bajo su altura inexpugnable, se hallaba el centinela que había noqueado.

Acompañado de

otro más. Y los dos con su mirada fija sobre Marcos.

Y, por supuesto, sobre mí.

* * * *

A Marcos le quedaban pocas opciones. Su mirada divagó por el techo varios segundos más, esperando aquello que nunca llegó. Y, sin más, hizo desaparecer

el suelo detrás del trono.

Y allí desaparecimos ambos.

6

No había discusión de lo impresionante que era el castillo de Oblivia. Desde donde fuera se podía corroborar ese hecho—desde la torre en que fui captiva por

casi cuatro días, desde su interior, o incluso aquí, desde las afueras de la capital del estado. El pequeño espacio desde el que me asomaba en la caverna me permitía observarlo con vivo detalle en esta mañana naranja.

¿Cómo no iba a tener esa tonalidad el amanecer? Una visión en completa sincronía con el repicar constante de las campanas.

Campanas que repicaban luto.

* * * *

Por un momento me pregunté si es que Marcos también tenía acceso a habilidades mágicas. Por más de uno, vamos, pues de la nada hizo aparecer un camino clarísimo.

De lo que me percaté más adelante es de que había presionado el suelo con la fuerza adecuada en el punto correcto, levantando una compuerta invisible a todos los ojos justo detrás del trono del rey.

— Aun si franquean a los ejercicios de Oblivia, las paredes de la capital, la fortaleza del castillo, y la solidez de la guardia real, el rey debe permanecer vivo.

Siempre— explicó mucho después Marcos.

No cualquiera sabía de este camino. De hecho, solo tres personas tenían permitido conocerlo al mismo tiempo—hoy por hoy, esos eran Marcos, el rey Paúl, y su hermano, Gastón, miembro del clérigo local y su más íntimo consejero. Nada que ver con La Santa Inquisición.

¿Acababa de cambiar eso? Marcos no lo creía. Sin duda los soldados se habrían

percatado de nuestra desaparición, pero al acercarse no tendrían manera alguna

de acceder a él.

Podrían tardar hasta años en descubrir cómo abrirlo. Y, dado la inmediatez del asunto, lo primero que harían—y lo más conveniente—sería culparme de

haber

utilizado magia para lo mismo.

No sería mi única culpa, eso sí.

* * * *

Las mazmorras debajo del castillo eran lo más oscuro que había conocido en mi

vida, mucho más allá del descenso de la torre o de mis travesías por el desierto.

Lo único que nos podía guiar era una antorcha específicamente esperándonos —

¿cómo se mantenía prendida? Tenía que ser parte de la magia antigua que aún residía aquí—, y la experiencia de Marcos. No era su primera vez aquí.

Tras casi doce horas allá abajo, donde mi mayor temor no era encontrarme a un

enemigo sino caer por un hueco que me llevara al mismísimo centro del mundo,

encontramos la luz. Una rencilla naranja que se escurría hacia el interior, y que nos dio abrigo dentro de la cordillera montañosa que rodeaba Oblivia.

Allí fue que hicimos campamento. Conseguimos una caverna, nos asentamos, y

comimos restos de pan que Marcos había olvidado en su uniforme.

Y allí fue que escuchamos las campanas.

* * * *

Un sonido había acompañado nuestro escape por las mazmorras—un sollozo.

Y

no mío. Sino de Marcos.

Desde que entramos a la oscuridad del túnel hasta salir a la luz del alba. Allí se detuvo, pero no aliviado, sino todo lo contrario—resignado. Las campanas acababan de confirmarle algo.

Tardé días en nuestro trayecto en lograr sacarle la verdad. No era por falta de confianza, ni por represalias contra mí—le era imposible emitir las palabras. El

sollozo fue ya demasiada muestra de debilidad, algo que, estaba segura, no volvería a dejar que yo viera. Marcos se había convertido en una roca, y los sentimientos no volverían a salir de él.

Pero, finalmente, tuvo que admitirlo.

— El rey ha caído.

* * * *

— El rey ha sido asesinado— corrigió Marcos.

Bastante conocía a su íntimo amigo como para identificar su voz, y más en un lamento tan profundo y sincero. Y bastantes hombres había visto morir—y había

asesinado él—, lo que le permitía saber bien qué era lo que acababa de suceder.

Y era claro que acababa de ser atravesado por una espada en ese momento, dejando consigo todo rastro de vida. Su amigo se había ido. Su monarca.

Y ahora, ¿qué sería de Oblivia?

El reino debía estar hoy en manos de Gastón, su hermano, pues Paúl no dejó hijos. Pero las dudas abundaban. No solo en eso, sino con nosotros. ¿Cuál era el nuevo precio sobre mi cabeza? ¿Y qué posición le habían puesto a Marcos

en todo lo que acababa de suceder?

Marcos estaba dispuesto a solventar todo eso lo más pronto posible, pero solo al terminar nuestro trayecto. Uno impredecible, y circular—nos habíamos acercado

a la capital de Oblivia mucho más de lo que habíamos salido del túnel.

— Un cazador caza, y piensa como su presa, pero un ejército solo avanza— fue

su razonamiento—. Los ejércitos que estén a cargo, bien sean los míos, o los de

La Santa Inquisición, inferirán que huiste a toda velocidad de la capital.

>>Si es que no lo hiciste ya, pues pueden pensar que con tu magia te transportaste a otro destino. Jamás esperarán que te quedes tan cerca, y más en

estas montañas, un peligro viviente, repleto de osos. Tampoco podemos

permanecer en la salida del túnel porque está el mínimo riesgo de que lo descubran.

>>Es poco probable, pues tendrían que lograr abrirlo, y luego saber cómo

avanzar en la oscuridad. Podrían tardar años en abrirlo y décadas en aprender a recorrerlo— Marcos se puso serio—. Pero igual. Hay que cuidar la única esperanza.

¿Cuál esperanza? ¿Yo?

¿Acaso no era *el diablo*, el último mal que aquejaba a Oblivia?

* * * *

Una vez encontramos una caverna que ofrecía el mejor refugio—lo

suficientemente profunda para escapar de ojos enemigos, pero al mismo tiempo

superficial para no esconder peligros escondidos—, Marcos partió en bajada. Si

necesitábamos algo por encima de todo lo demás, eran respuestas. Y de eso se encargaría él.

De lo que me podría encargar yo era de la comida. Entre las migas que se había

traído Marcos, en conjunto con lo que habíamos ido recolectando—una pera aquí, un durazno allá, un pescado moribundo a orillas de un arroyo—, había podido recuperar mi energía.

Y durmiendo, por supuesto. Ya me sentía como un ser humano. Ya podía respirar, pensar. Y, sobre todo, utilizar aquello con lo que fui bendecida.

Crear una antorcha fue pan comido. A pesar de crearla en lo más profundo de la

cueva, para ocultar su brillo al exterior. Así como utilizar piedras para darnos mejor refugio. Y redirigir el agua para facilitar nuestra hidratación y atraer animales.

¿Qué tan fácil habría sido todo de haber tenido mis poderes? Hubiera podido escapar de Marcos, y nunca habría sido capturada. Habría podido perpetuar por

mi propia mano mi huida de la torre.

Pero, ¿habría sido eso lo que quiero?

¿No habría querido conocer a Marcos?

* * * *

Verlo aquí afuera me permitía tomarlo en otra luz. Ya no era un instrumento.

Así lo vi inicialmente, y me funcionó para escapar. Pero ahora es más que eso. Ahora es otro ser humano.

Uno con cabeza, como para no tomar como cierto todo lo que dice La Santa Inquisición. Uno con coraje, como para ayudarme a escapar, haciendo lo correcto por encima de todo cuanto le era ordenado y necesario. Y uno con corazón, quien sintió la profunda pérdida de su monarca y estaba dispuesto a seguir luchando, pasara lo que pasara.

¿Qué haría ahora Marcos? ¿Qué le esperaba en el mundo? Su misión primordial

era proteger a su rey, y en su cara se reflejaba el pesar que le invadía—sentía que había fallado.

Estuviera cerca o lejos, en su cabeza solo cabía la responsabilidad de mantener a su líder con vida. Y, más allá de eso, parecía sentirse hasta culpable. ¿Qué habría pasado si no hubiera estado ayudándome?

Lo que se nos acumulan son las preguntas. Y las respuestas yacen allá, a la distancia, escondidas entre los muros de la capital de Oblivia.

* * * *

Y, del otro lado de la montaña, ¿qué se escocía?

Si era difícil obtener noticias en mis tiempos de nómada, recorriendo los campos, y más difícil aún se me hizo encerrada en plena capital, ¿cómo podía aspirar a tener idea alguna? Una forajida, refugiada en las montañas. Y mi visión tampoco es que pudiera brindarme mucho desde la altura.

En lo único en que podía confiar era en mis otros sentidos.

Mis habilidades me permitieron conectarme con el viento, algo que siempre me

otorgó más protección que muchas otras herramientas. Si hay algo seguro en el

mundo, más incluso que la sombra de uno—que desaparece en la oscuridad —,

es la presencia del viento. Se requeriría una magia perversa e inagotable para frenar su soplo.

Aunque lo que me aportaba ahora el elemento era demasiado poco. No se sentía mucho a la lejanía. Solo alcanzaba a ver pueblos dispersos, y algún que otro jinete solitario divagando, aunque nada más.

Ni ejércitos, ni incendios, ni movimientos evidentes. Y el viento lo corroboraba

—no se escuchaban gemidos o quejidos, ni gritos de guerra ni cuernos, ni siquiera se olía sangre. Pareciera que la paz se hubiera ceñido sobre el vasto estado.

¿Qué quería decir eso? ¿El asesinato del rey había sido algo necesario para que

por fin se apostara la tranquilidad sobre nuestro reino?

¿O solo era la calma antes de la tormenta?

* * * *

Lo único que se escuchaba día y noche era la música proveniente de la capital.

Las campanadas fúnebres fueron seguidas por un coro instrumental que no descansaba, aparentemente ni para dormir.

Nada alcanzaba a ser visto dentro de los muros, y el viento parecía concentrarse allí, como para no tomar mi ruta y darme señales de lo que pudiera suceder. Solo eso. Música. Y más música.

Y los pasos sobre las ramas muertas que me alertaron de la llegada de alguien.

Mis instintos de inmediato me alertaron a prepararme a enfrentar a un enemigo,

como me había tocado por tanto tiempo, pero solo era Marcos.

Bueno, no solo Marcos. Ahora estaba acompañado por un rehén.

* * * *

Su armadura lo delataba—era un soldado de La Santa Inquisición. No era uno de

los magnos jinetes, y en estas condiciones era difícil que fuera a ofrecer mucha resistencia. Un profundo corte adornaba su brazo derecho, contenido por una

venda, pero emitiendo más y más dolor.

Su rostro era la prueba. Ambos pies estaban amarrados por una cuerda, no dejando más de treinta centímetros de separación, lo que imposibilitaba también

cualquier intento de escape. Y su ojo morado reflejaba la agresividad que había

empuñado sobre él Marcos.

Aquí, frente a nosotros, estaban las respuestas. Y Marcos no titubeó para romper el silencio.

— Tú sabes bien quién soy yo. Y sabes quién es ella. Así que no perderé tiempo

alguno en presentaciones. ¿Te parece?

El soldado no se inmutó.

— Quiero que entiendas que no tienes alternativa alguna, más que responder
—

continuó—. Estamos a casi un día de apenas salir de la montaña. Si es que lograras escapar, cosa que veo muy difícil entre mi espada y, bueno— me observó—, te imaginarás ella, no tendrías oportunidad alguna de que no te cazáramos.

>>Solo tienes una manera de mantener tu cabeza, y esa es colaborando. Danos respuesta, y te dejaré ir en paz. Y no me vengas con la cantaleta de que si hablas estarías cometiendo traición. Pues la decisión es tuya y de nadie más. Puedes reportar que nos viste, corriendo el riesgo de que caiga sobre ti algún castigo por hablar, o hacer como que nada sucedió. ¿Estamos claros?

El soldado mantuvo el silencio, pero tras el monólogo de Marcos algo pareció cambiar en él. Una especie de resignación cruzó su cuerpo. Sus músculos ya no

estaban más tensos, sino más a la espera.

Y Marcos sabía más de eso que yo, por lo que nada le costó darse cuenta.

— Veo que sí quedó claro. Empecemos.

Marcos cargó consigo al soldado y lo sentó sobre una roca en todo el borde de la caverna. Tan cerca como para sentir el fuego que emitía la antorcha que yo había armado, y probablemente inundado en el olor de la carne de jabalí que estaba cosiéndose. Sus ojos se abrieron de par en par y su lengua tembló dentro de la

boca.

El poder del hambre. Más fuerte aun cuando Marcos empezó a comer frente a él.

— El rey.

— Ha muerto— pronunció el soldado.

— ¿A manos de quién?

— Del demonio. De la bruja Amelia.

En el movimiento más brusco que haya visto en mi vida, Marcos soltó un manotazo que hizo perder el equilibrio al soldado y caer sobre la piedra. Un débil gemido escapó de su garganta mientras intentaba levantarse.

— Te voy a hacer tres preguntas y me las vas a responder de una vez—
bramó

Marcos—. Sino, vas a desear conocer mi espada, porque te voy a lanzar dentro

de esa antorcha y aprenderás lo que se siente ser incinerado. ¿Entendido?

Silencio. Y, en menos de cinco segundos, la nariz del soldado estaba a apenas centímetros de las llamas, dejando escapar lágrimas conforme su rostro ganaba

un color rojo.

— ¡Responderé!— lloró el soldado— ¡Responderé todo, pero aléjame de esto!

— Te alejaré una vez hayas respondido— dijo Marcos con lentitud, dejando que

el momento se prolongara—. Como te dije, tres preguntas. ¿A manos de quién murió el rey? ¿Cuál mandato reina en Oblivia? ¿Y cuál es la situación sobre nosotros dos?

— ¡Aléjame! ¡Por favor!

— ¡Responde!— y con ese mismo ímpetu, Marcos acercó al soldado aún más a

las llamas.

— ¡Eres un traidor ante los ojos de todo el pueblo, al haber ayudado a la bruja

magnicida a escapar! ¡Son los dos primeros enemigos, y todas las fuerzas

están

puestas en encontrarlos! ¡ALÉJAME!

— No respondiste a las otras preguntas.

— La Santa Inquisición... No me dejará...— dijo entre murmullos.

— Yo sé que perteneces a La Santa Inquisición. Responde mis preguntas.

— ¡ESA ES LA RESPUESTA!

Y en un segundo, Marcos jaló con brusquedad al soldado y lo lanzó contra una

pared.

— ¿Qué quieres decir?— preguntó intrigado.

— La Santa Inquisición. Nosotros— dejó escapar con el rostro rojo a más no poder, y algunas quemaduras en la punta de la nariz y en sus pómulos.

— ¿Ustedes qué?

— Tenemos el mandato.

— Eso no es posible— replicó Marcos—. Le corresponde al hermano de Paúl.

— No... No si asesinamos al rey y damos un golpe de estado.

Genial.

7

Sin rey. Golpe de estado. Marcos condenado por traidor, yo por magnicida.

Somos los mártires sobre los que recaen todas las culpas. Y el reino de Oblivia a punto de caer en manos de la Iglesia. ¿Podría estar peor?

Ahora todo parecía tener sentido. He allí la enorme movilización que realizó
La

Santa Inquisición hacia la capital de Oblivia—debían prepararse para tomar el poder. ¿Qué mejor que eliminar a sus dos más grandes opositores de un plumazo? La bruja que representa todo lo contrario a ellos, y al rey que se interpone.

Su plan debió ser más que claro—perpetuar el asesinato al rey al mismo tiempo

que yo estuviera en el castillo, de manera que toda la culpa recaería sobre mí.

Vía libre para que ellos ascendieran, pues todas sus amenazas y palabras previas quedarían probadas, por así decirlo.

¿Quién no querría que ellos se alzaran con el poder para protegerlos del peligro perenne que representaba la magia? ¿Y si yo no era la última?

Mi pregunta es—¿me habrían asesinado? Probablemente no. Les habría hecho mucho bien retenerme, para no poder oponerme, pero dejarme con vida y decir

al pueblo que había escapado. De esa manera tendrían miedo, y los apoyarían más.

Pero entonces compliqué todo al involucrar a Marcos. La Santa Inquisición tuvo

que improvisar—a falta de atrapar a la bruja, no les quedaba sino aprovechar ese desliz para nombrar como enemigo a quien también les ofrecería resistencia, que

no era otro que el comandante de Oblivia.

Y he allí el silencio y la paz. La Santa Inquisición no tenía que salir al campo, al menos no todavía. Tenía todo lo que deseaba. El poder. Ahora todo caía en sus

manos—las tropas de Marcos incluidas.

Y es que no dieron un golpe de estado como tal. Al menos, no a los ojos del pueblo. Lo único que hicieron es erigirse como la alternativa perfecta para enfrentar a los males que aquejaban a Oblivia.

Más idóneos aún que Gastón como hermano del difunto rey. Su única prioridad

era enviar exploradores tras nosotros dos y, una vez cubiertos los rastros, podrían volver a salir en su conquista mundial.

Se dice que la suerte apoya al justo. Entonces, ¿somos Marcos y yo los malos?

Pues la fortuna también ayudó a La Santa Inquisición.

Si esos soldados no nos hubieran encontrado escapando del castillo, o si hubieran sido de la Iglesia, quizás no les habría sido tan fácil convencerlos a todos. Pero nos vieron huyendo instantes después de la muerte del rey. Ya todo

estaba servido.

Y ahora, ¿qué?

Sangre.

* * * *

Ese parecía el plan de Marcos, y eso fue lo que hizo con el soldado de La Santa

Inquisición. El pesar lo inundó, y pasó toda una noche debatiéndose, pero al final fue contra su palabra y decapitó a nuestro rehén.

— Podía dejarlo libre, y probablemente no habría dicho nada para evitar una reprimenda, o su misma muerte allá abajo— me explicó, a pesar de que yo no le

pedí ninguna justificación—. Pero, al final, estaría devolviendo una tropa a La Santa Inquisición. Y puede que uno solo no haga mucha diferencia al tomar en

cuenta que nos enfrentamos a miles y miles. Puede ser. Así como también sé que

hay que debilitarlos a como dé lugar.

Ese fue el único momento de calma que ofreció Marcos, justo después de dejar

correr el cadáver del soldado de un río e instantes antes de acostarse a dormir.

Porque antes solo estaba poseído por la rabia, tanto como al amanecer.

Amanecer en que casi ni llegó a alcanzarlo porque su silencio le permitió salir de la caverna sin que yo me percatara de ello, aunque el cambio en el viento me hizo despertar y encontrarlo. Espada en mano, comida en la espalda, y montaña

abajo.

— ¿Adónde vas?— le pregunté.

— A la capital— respondió.

— ¿A la luz del día? Te encontrarán de inmediato.

— A la luz del día haré el descenso para llegar en la noche.

— ¿Y hacer qué?

— Asesinar a la serpiente— dijo, y casi me dejó atrás.

Tuve que correr para alcanzarlo.

— ¿Ese es el plan? ¿Lanzarte en una misión suicida?

— No es suicida— negó con la cabeza—. Conozco lo suficiente estas montañas,

y los caminos que dan hasta los muros, y los puntos más secretos entre ellos. Si me muevo por la noche podré asesinar a cientos, quizás a miles de sus soldados.

Será un proceso lento, y cada vez más peligroso, pero podré debilitarlo lo suficiente como para que alguien más tome su lugar.

— ¿Otro reino que venga a conquistarnos? ¿O iniciarás una guerra civil con tus

soldados? En estos momentos te ven como un traidor.

— Ellos sabrán, al verme a los ojos, que no miento. Pero no es eso lo que me interesa. Simplemente expulsar a esas ratas de Oblivia.

— ¿Te estás escuchando? Es una misión suicida, Marcos. ¿Vas a rendirte, así como así?

Marcos se apartó de mi camino y echó a andar a menor velocidad.

— ¿Qué más da lo que haga? La Santa Inquisición lo tiene todo. Si ya de por sí

antes estaba sufriendo Oblivia, ahora no hay remedio. Lo único que puedo hacer

es dedicar todos mis días a hacerla disminuir en tamaño. Poco a poco.

— Morirás antes de lograrlo.

— ¿Y a quién le importa?— me interrogó.

— A mí.

* * * *

Bueno, lo dije.

No sé exactamente por qué lo hice o de dónde salió, pero así fue. De lo que estaba segura es de que esta vez no estaba manipulando a Marcos, ni mucho menos jugando con él. Era legítimo—no quería que muriera allí abajo solo.

Ni mucho menos que lo hiciera sin haberme vuelto a acercar a su cuerpo, y eso

fue precisamente lo que hice.

O lo que hizo él, vamos. Mis últimas dos palabras fueron seguidas por un silencio ensordecedor conforme Marcos posaba su mirada sobre mí y me estudiaba. ¿Qué buscaba? Fuese lo que fuese, vino a conseguirlo en mis labios.

Porque lo que siguió al silencio fue el sonido de su cuerpo cruzando el viento para alcanzarme a mí y volver a besarme. Un mundo y otro entre ambos besos,

vaya.

Hace una semana lo único que estaba mal era mi inminente incineración, siendo

prisionera de Marcos. Hoy, ambos estamos libres pero perseguidos, y el reino está a punto de irse a la ruina.

Pero, sinceramente, ¿a quién le importa en este momento? Un instante en el que

lo único que tiene relevancia es el dedicado beso de Marcos y la firmeza con la

que me sostuvo para cargarme y devolverme a la caverna.

Y la firmeza con la que mi espalda impactó contra la pared, violencia que

podría haberme causado daño de no ser por el frenesí que ahora corría por todos mis vasos sanguíneos. Así como los labios de Marcos, que corrían de los míos a mis

mejillas, y se encontraban con mi cuello. Y, así de sencillo, con el solo roce de su lengua, la pérdida de todo recuerdo o control.

Estaba aquí, y ahora, y no hacía falta absolutamente nada más.

Nada más que utilizar también mis manos, que habían quedado de espectadoras,

para jalar hacia arriba el cabello de Marcos y aferrarme. Un sostén muy necesario porque mientras una mano suya me cargaba, la otra navegaba desde mis muslos, hasta mi abdomen, y entrando en mi túnica para apretar mis senos.

Si antes ya no tenía control, ahora desconocía lo que significaba la palabra. La dura mano del comandante se hincó en mis pechos y, apenas mis pezones tomaron firmeza, tomó el izquierdo como una pinza y empezó a hacerle una sutil

danza.

La misma firmeza que había ganado su pene, el cual pude sostener con una mano. Sostener, y darle trabajo. Una y otra vez, para que ganara más y más dureza. De haberlo querido, Marcos me podría haber sentado sobre el mismo,

pues ni una roca hubiera tenido la misma solidez.

Pero queríamos y necesitábamos mucho más que eso, y Marcos por fin dejó de

cargarme. Lo hizo al tiempo que removía mi túnica y yo sus pantalones, dejando

que mis senos y su pene conocieran el frío de la montaña.

Frío que desaparecería de inmediato al acercar nuestros cuerpos en un nuevo

beso, mucho más lleno de mi pasión, con mi mano fajada en su miembro y las

suyas en todas mis curvas—de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba.
Parecía

querer memorizarlo y tenerlo grabado para la eternidad.

Y poco importaba dónde estuviéramos, o lo que sucediera alrededor—todo lo que quería era estar con Marcos. O, mejor dicho, que Marcos estuviera en mí.

Para lo que no tardó, esta vez lentamente empujándome hasta posarme sobre las

hojas para dormir que habíamos colocado al lado de la fogata.

Yo acostada, él encima, su boca besándome, marcando una y otra vez mi cuello,

recorriendo la delicadeza de mis senos, surcando todo mi abdomen y, tras eliminar toda la ropa en su paso abajo, entrar sus labios en mi espacio más recóndito, y complacerme.

Y complacerme. Y complacerme. Marcos tardó mucho en entrar completamente

en mí, pero esa habilidad que tenía con la lengua, tan comparable con su habilidad en el combate, fue suficiente para, sin un dedo, sin su pene, ponerme a gritar como nunca antes lo había hecho en la vida. Gritar más que si hubiera caído a la hoguera. Más que torturada en los calabozos de Oblivia.

Gritar, y dejar que los ecos de la caverna se hicieran eternos. Desbordando de placer. De éxtasis.

De orgasmos.

8

Lo que estaba claro es que ya Marcos no iba a lanzarse en una misión suicida.

Si bien mi acto había sido realizado de una manera totalmente desinteresada, con mi plena sinceridad de que me importaba su destino, habría logrado mi cometido

racional—mantenerlo aquí. A mi lado.

Y a salvo. Porque el otro camino no lo habría llevado ni a él, ni a Oblivia, ni a nadie, a ningún puerto bueno.

Porque quizás, y es solo un quizás, todavía haya algo que pueda hacerse.

Algo que descubriremos mañana.

* * * *

Porque lo más difícil que podíamos hacer en este momento Marcos y yo era separarnos. No teníamos nada de tiempo de habernos conocido, pero era como si

estuviéramos recuperando todo el tiempo perdido.

Probablemente esto nos terminara pasando factura, pues no es que estuviéramos

precisamente en el lugar más idóneo para tener sexo. Una caverna, rodeados por

rocas, con apenas una que otra hoja cubriendo, es más propenso a llenarte de moretones y raspones que cualquier otra cosa.

Pero no importaba. Algo me atraía y me mantenía al lado de Marcos. Su carisma, su regia personalidad y, por supuesto, lo atractivo que es. Y, no menos, el hecho de que prácticamente se condenara a sí mismo por tomar la iniciativa de salvar mi vida. Un hecho para el cual lo manipulé.

Ya no importa. Ahora era sincero.

Tan sincero como se lo dije y se lo hice el día anterior.

— No quiero que mueras.

— Y entonces, ¿qué haremos?

— Luchar.

* * * *

No es que Marcos fuera un cobarde. Nada más alejado de la realidad. Ni mucho

menos. Sencillamente, su mundo acababa de ser volteado en ciento ochenta grados una vez que tumbaron al monarca que apoyó toda su vida y que el reino

que defendiera toda su vida ahora estuviera bajo las manos de la más abominable

institución.

Y, por eso, luchar era algo que no computaba.

— Pero, ¿cómo?— me preguntó, esta vez el comandante de guerra sin las soluciones.

— A como dé lugar. Tenemos que demostrar nuestra inocencia y, en especial, la

mano negra que ha utilizado La Santa Inquisición en todo cuanto acaba de suceder— pronuncié, haciéndolo sonar mucho más sencillo de lo que en verdad

era.

— No hay manera. ¿Cómo probar tu inocencia cuando ante todos los ojos somos

los culpables?

— Tus soldados. Ellos confían plenamente en ti.

— Hasta escuchar que asesiné al rey.

— Estoy segura— repliqué—, que tan pronto escucharon eso, algo revoloteó en

sus oídos. Una duda.

— Que se disipó una vez quienes nos vieron reportaron lo propio.

— Hay que perseguir todas las vías, entonces. Todas. Y cada una de ellas.

— ¿Cuáles?

— Gastón. El hermano del rey sabrá exactamente bajo cuál mano falleció Paúl.

Y te conoce lo suficiente para saber que no fuiste tú— dije—. Debes

demostrárselo a tus soldados. Ellos confían en ti. Y, por último, debemos dar evidencia de que en nuestros intereses solo está el bienestar de Oblivia, y nada más. Algo que ponga en jaque los nuevos planes de La Santa Inquisición.

— Amelia, mi vida, confío en ti, y estoy seguro de que te seguiría en cualquier designio— dijo con una gran sutileza, mientras acariciaba mi mano—. Pero, debo repetir, ¿cómo?

* * * *

Tenía un plan, al menos. Pero necesitaba muchas cosas para ello.

Y la menor de ellas no era energía. La energía vital, de mi alma, a una magnitud tal que nunca antes hubiera imaginado. La primera vez que utilicé aquella habilidad, sobre dos personas, caí en un estado letárgico en el que me

que cuidar por días. Ahora debía utilizarla sobre un pueblo completo, al

mismo

tiempo. Nada más.

Suerte que había crecido y madurado, ¿pero sería suficiente para lograrlo?

Por ello emprendimos el más lento de todos los descensos. Apenas unas millas

por día, con doble objetivo—acercarnos a la capital de Oblivia para continuar nuestra misión, e intentar, por sobre todas las cosas, obtener noticias.

Todo eso a un ritmo pausado de manera que pudiéramos no solo sobrevivir, sino

también vivir. No por gusto, o gula, o lujuria, sino por la necesidad de llevar mis fuerzas al máximo posible.

Que, claro, tampoco es que no nos dejáramos llevar por la lujuria—la gula se presentaba un tanto difícil—, llenando todos nuestros días de la proximidad de la que disfrutábamos.

No sabía del pasado de Marcos, y no me interesaba, pero en el mío nunca había

encontrado así. Una persona que me llenara de esa forma, y ahora era como si tuviera la oportunidad de recuperar el tiempo perdido.

Y era increíble la transición que vivíamos, no solo en nuestras vidas, sino dentro de cada mañana o noche. Podíamos empezar con la mayor sutileza habida y, poco a poco, terminar encontrándome retenida contra la roca mientras Marcos me penetraba por detrás, el choque de nuestros cuerpos emitiendo una palmada

que hacía eco en la caverna, o el páramo, o donde fuera que nos encontráramos.

O, por el contrario, el sexo salvaje que nos dejaba sin ropa en cuestión de

segundos y que, menos de una hora después, nos hallaba besándonos con delicadeza y acariciándonos bajo el cielo estrellado.

No era egoísmo, cabe acotar. El mero hecho de estar con Marcos, de esa o de cualquiera manera, me hacía feliz. Me llenaba. Y eso, a la larga, era otra manera más de preparar a mi alma para lo que le pudiera esperar más adelante.

Nuestras piernas y músculos bajos dolían, pero el cansancio físico era cada vez

menor. No solo en mí, también en Marcos. No le quedó más remedio que darme

razón en el hecho de que todos, hasta él, poseen esa misma energía dentro de sí.

¿Podría ayudarlo a utilizarla como yo?

No sé si sea posible. Antes se hablaba de leyendas de hombres y mujeres nacidos

sin el don que, gracias a la orientación de los sabios, llegaba a desarrollar también la magia.

Conforme pasó el tiempo, y las tradiciones fueron sucumbiendo ante la persecución, ya era suficiente trabajo mantener la magia propia, además de lo importante y necesario que se hacía esconderse.

Fue una práctica olvidada. Del mismo modo que pronto olvidé mi idea de intentar que Marcos la aprovechara. Sobre todo, tomando en cuenta que era algo

que se debía intentar desde joven, desde antes de proferir la primera palabra.

¿Quién sabe? Quizás si sobrevivimos a todo esto y lleguemos a ver lo que le espera a Oblivia después podamos intentarlo. Quizás.

Aunque es poco probable que salgamos con vida. Tan poco probable como que

nuestra misión sea exitosa.

* * * *

Y conforme descendíamos la cordillera, más y más imperativo era refugiarnos en

cavernas. Arriba, en los picos de las montañas, no había problema alguno en dormir entre los árboles o el follaje. Ahora estábamos más expuestos, y los caminos se hacían más lentos.

Sin embargo, esa necesidad era dudosa—pues no había atisbos de tropas de La

Santa Inquisición. Nada tenía que ver con el rehén que había tomado para sí

Marcos pues, al contrario, cualquier sospecha habría hecho redoblar el patrullaje en nuestra búsqueda. Y mucho menos habría sido miedo.

Solo había una conclusión, y era que las fuerzas se estaban reuniendo en Oblivia.

¿Para qué?

Habría que acelerar nuestro paso para descubrirlo.

Y, de ser posible, detenerlos.

* * * *

Por días nos debatimos acerca de la mejor manera para abordar nuestra misión.

O, para ser más específicos, el cómo entrar a la capital pasando desapercibidos.

Y, finalmente, tocó lo más difícil.

— Sí, pudiéramos volver por los pasadizos del castillo— empezó Marcos—, y llegaríamos directamente al corazón del reino, pero sea como fuere habría gente

vigilando el cuarto del trono.

>>Y ahora más que Ricante está sentando allí. Dudo que pueda enfrentarme sin ayuda a todos quienes lo protejan, y se crearía tal revuelo que no habría forma de avanzar en silencio para nuestra misión.

— Yo te puedo ayudar.

— Sé que sí, Amelia— replicó—, pero eso te desgastaría. Y debes estar a tu tope

si es que aspiramos a que todo funcione.

Razón no le faltaba. No me gustaba nada la idea de él enfrentándose al enemigo,

bien fuera en torno al trono o en cualquier otro lugar, y que yo no lo ayudara, pero razón no le faltaba.

— No, tenemos que entrar como cualquier otro individuo— concluyó—. Es la única manera de ser invisibles y de, al mismo tiempo, avanzar preservando toda

tu energía vital.

— Es decir...

— Por las puertas de la capital.

Rodeados de miles de personas, pasando alcabalas, y a plena luz del día.

— Nos matarán— le dije.

— No— pronunció con severidad—. A ti no te conocen. Por mucho que te describan, nadie te conoce lo suficiente como para identificarte. Solo los soldados que te llegaron a ver, que no pasan de dos docenas, y son todos de mi

gente. Las probabilidades de encontrarlos son mínimas.

— ¿Y qué hay de ti?

Marcos sonrió.

* * * *

Y a mí me tocó acostumbrarme sin apenas tiempo a la nueva visión que tenía frente a mí—a Marcos, ya sin su cabello, ya sin su barba, acompañándome mientras nos abríamos paso hasta la capital de Oblivia.

No se veía peor, cabe acotar. Solo diferente. Más fuerte, incluso. Todo el vello y cabello de su rostro ahora llevaba la atención hacia sus ojos y hacia sus músculos, los cuales parecían haber crecido a pesar de alimentarnos apenas lo suficiente. Al momento de follar, me sentía más llena, sobre todo literalmente.

Parecía ser más fuerte, más indomable, más poderoso. O bien era parte de mi imaginación, o el haber eliminado todo eso de sí lo había obligado a despertar algo en sí. Una bestia que, como no podía descargarse en la batalla, lo hacía en el sexo.

Y me encantaba. Si antes Marcos me garantizaba orgasmos, ahora eran múltiples

y seguidos y sin comparación en este mundo.

Me encantaba todo—tanto la fiereza con la que me tomaba cuando llevaba las riendas, como la concentración y placer al que se entregaba cuando era yo. Al comienzo, no sé si habrá sido por experiencia o pena o quien sabe, pero el poder lo tenía Marcos.

Él entraba en mí cómo y cuándo quería, y no me quedaba más que ser sumisa

bajo de él—o delante de él—y dejarlo llevarme al éxtasis.

Y poco a poco volteé los papeles. La confianza creció en mí, y llegamos a pasar

noches en las que Marcos no tenía que hacer absolutamente nada. Solo yo encima de él, bien fuera afrontándolo o dándole mi espalda, y moviéndome.

Subiendo y bajando. Sacudiéndome. De un lado a otro.

Usé mis caderas y piernas en maneras en las que nunca antes lo había hecho, entregándome a un dolor esperpéntico en las mañanas—que desaparecía al besar

a Marcos y al volver a retomar el camino—, pero haciéndolo ver al cielo.

La manera en que sus ojos se ponían el blanco, si es que lograba mantenerlos abiertos, lo delataba. En esos momentos era mío.

Igual que yo era suya cuando sentía las embestidas salvajes de sus muslos contra mis glúteos, o cuando dibujaba su lengua entre mis labios más profundos, o al momento de jalar mi cabello y sostener mi espalda con toda la fuerza casi inhumana que atesoraban sus manos. Su longitud completa entrando y saliendo

de mí, demostrándome cómo el dolor y el placer se podían hacer uno.

De la misma manera que Marcos y yo nos hacíamos uno. Uno solo, cada mañana, cada noche. Uno solo en este mundo, unidos muy tardes, y obligados a

perdernos más pronto que tarde por la misión que se nos encomendó en este mundo.

Uno solo cada vez que nuestros cuerpos se fundían.

Y sí, puede parecer trivial hacer tanto énfasis en el placer carnal cuando el reino y el mundo entero amenaza con desmoronarse, pero si no es ahora,

¿cuándo?

Si ante nosotros yacen las puertas de la capital de Oblivia.

9

Cuando empezamos a escuchar el rumor de la ciudad y divisar tropas aquí y allá,

era evidente que estábamos al caer. Y pronto nos vimos envuelto por todo el ajetreo que rodeaba a la capital en la que pronto nos encontramos.

Vestidos como campesinos, claro está. No íbamos a entrar como comandante y

hechicera, respectivamente, pero tampoco servía de mucho ingresar con

atuendos de soldados, pues pronto seríamos instados a seguir órdenes o unírnos a la congregación de tropas que estaba sucediéndose.

Así que hicimos un pequeño desvío de varias horas para acercarnos a una granja

cercana y, en horas de la noche, poco le costó al cazador Marcos y a la forastera Amelia robar las prendas de aquellos aldeanos.

O, antes que robar, intercambiar—a cambio les dejamos mis andrajos de rehén,

de poco valor, pero también el ornamento de guerra de Marcos. Solo reservado a

los más altos cargos por lo que, al momento de venderlo, recibirían un gran valor a cambio.

Y así entramos a la capital sin problema alguno. En una época en la que la pobreza abundaba y sobraba por igual, era común que los despojados del campo

fueran a buscar auxilio en la capital. No lo encontrarían, por supuesto, y ahora más que La Santa Inquisición dominaba todo.

Los hombres podrían ostentar a unirse a su creciente ejército, pero las mujeres solo tenían dos destinos claros—o regresar con las manos vacías y los pies cansados a sus antiguos hogares, o formar parte de la capital como mujeres del

ejército. Prostitutas sin recibir pago, vamos.

Suerte que a esta campesina y a su acompañante masculino les iba a tocar otro

destino muy diferente.

¿O no?

* * * *

Salvo preguntas ocasionales de los guardias respecto a nuestros propósitos, ignorando nuestras respuestas, el resto de nuestro camino fue tranquilo y silencioso. Y pronto todo el revuelo nos vendría a alertar de lo que estaba sucediendo en la capital.

Por un lado, estaba el ejército de Oblivia, aquel al que liderara Marcos. O, más bien, lo que quedaba del mismo. Pues casi su mitad fue enviada hacia los campos vacíos y desolados del mismo reino en búsqueda de nosotros.

La conclusión de Ricante fue que, si alguien podía hallar a Marcos y sacarle la

verdad, serían los mismos hombros a los que entrenó. Solo una pequeña parte quedó en la capital, para defenderla de cualquier ataque.

Pues el ejército de La Santa Inquisición estaba por partir. Al completo, todas sus fuerzas reunidas y preparadas para lanzarse en otra cruzada más, expandiendo su

dominio, su eterna misión desde hacía décadas.

Pero ahora había dos diferencias—una, que ahora le sumarían la mitad de las fuerzas de Oblivia, lo que prácticamente duplicaba sus fuerzas.

Y, segundo y más importante, que ya no partirían e invadirían como La Santa Inquisición. No, lo harían como Oblivia.

El hecho de que Ricante se sentara en el trono era razón suficiente para unificar a La Santa Inquisición y Oblivia para siempre. Y ahora no se trataba de las conquistas de La Santa Inquisición, sino de Oblivia.

Portando el escudo, la armadura, el uniforme y, en especial, el nombre. Ya no era la Iglesia llevando su palabra a otros territorios, sino el estado de Oblivia declarándole la guerra al resto del continente.

Del mismo modo que todos en el estado estarían obligados a prestarle ayuda a este ejército, y que cualquier represalia sería llevada contra el grueso del territorio.

La Santa Inquisición estaba a punto de iniciar una guerra para conquistar todo el mundo o caer destruida, y el destino de Oblivia—si es que aún podíamos llamar

así a nuestro reino—iba a estar totalmente entrelazado al suyo.

Y el movimiento de Ricante había sido inteligente a más no poder. No solo tenía

ahora mayor poder y un nombre de mayor envidia como Oblivia, sino que añadiendo a la mitad del ejército de Marcos ganaba más poder.

Solo la mitad, claro está, para seguir siendo mayoría. Una sublevación era mucho menos probable. Otro pedazo a buscar a Marcos, en una misión en vano,

más designada para alejarlos que para cualquier otra cosa.

También estaban allá para evitar ataques desde otras fronteras, que sin duda llegarían ahora que empezaba una guerra. Y quedaba ese mínimo defendiendo la

capital, que de nada valdría.

Oblivia había alimentado tanto a La Santa Inquisición que, al ganar tal tamaño,

se había tragado completa a Oblivia. Y ahora estaba por empezar la guerra que

no tendría fin hasta que todo el mundo quedara en llamas.

¿Había manera alguna de frenarla?

* * * *

Nuestro paso por la capital era rápido. A diferencia de los demás campesinos, que iban buscando comida o dinero o lo que fuera que les prestara alivio, Marcos y yo sabíamos exactamente hacia dónde íbamos. De vez en cuando

necesitábamos actuar, persiguiendo alguna gallina que nos fuera a dar almuerzo,

o parando en tabernas.

El cambio de Marcos era increíble, pues nadie le prestaba más de una mirada.

Había sido tan poblada su barba y vivo su cabello, que ahora su calvicie no despertaba reconocimiento.

De todas maneras, quienes más difícil lo podrían presentar, sus soldados, estaban o en el campo o inmiscuidos en los campos del ejército de La Santa Inquisición,

por lo que por ahora no se presentarían tales problemas.

Y la precariedad en la ciudad era mayor. Solo habían pasado días, pero todos los recursos habían sido destinados a la inminente partida de las tropas. Todavía no se había cernido la muerte y el revuelo en la capital, aunque poco a poco crecían los cuchicheos y el hambre.

Era difícil saber si a La Santa Inquisición sencillamente no le importaban los ciudadanos, o es que era parte de su plan—empezar una revolución civil que fuera a acabar con los habitantes de Oblivia, para tener ellos la mayoría y el control. ¿Quién sabe que pasaba por sus despiadadas cabezas?

Y por la noche tuvimos que detenernos, sin opción a más nada. No se podía despertar sospechas, y aquí estábamos obligados a descansar.

Lo que tampoco es que se nos presentara como un total escarmiento, pues la posada en la que nos hospedamos—el único riesgo cometido, pues la mayoría de

campesinos no tendría para pagar una, pero nos aseguramos de no ser vistos o seguidos y nuestro aspecto andrajoso ayudó a mitigar dudas—, fue nuestro próximo asiento sexual.

Y vaya noche que fue. Pues, después de todo, podría ser la última.

* * * *

Imitamos la normalidad lo más posible—cena en la taberna de la posada, un poco de cerveza, incluso cruzamos conversación con algunos de los cercanos. Al

parecer el pueblo ha tenido muchas dudas respecto a la empresa que está por emprender La Santa Inquisición, pero de a poco se ha calmado.

Hay que hacer lo necesario para vengar al rey, al parecer. Pues, claro, la culpa de su asesinato que recae sobre Marcos y sobre mí, tiene el gran trasfondo de que

somos enviados por otros reinos con la firme intención de desestabilizar Oblivia e invadirnos prontamente. Así que, ¿qué mejor que lanzar nosotros el ataque primero?

Hay mucha incertidumbre también en torno a Marcos. A pesar de que confían en

que el rey Ricante está haciendo lo que debe hacer, casi nadie cree que pueda

ser capaz de traicionar a su reino.

Claro, se ha llegado al consenso de que fue engañado, bien fuera sexualmente
o

a través de encantamientos, por la vil bruja, y que no fue más que un peón
siguiendo sus órdenes. ¿Qué dirían de saber que si está en la cama con ella?
¿O

al ver que ambos operan por su cuenta y con funcionamiento?

Las conversaciones se apagaron, y no nos quedó sino a ir al cuarto. Y, tan
pronto cerramos la puerta, antes de lanzarnos uno encima del otro, o de
prender una vela, o de cualquier otra cosa...

— Te amo.

Solo dos palabras pronunció Marcos. Y ahí sí, me lancé encima de él, y en
apenas segundos nuestras vestimentas robadas yacían en el suelo.

* * * *

Fue todo. El resumen de todo el tiempo que habíamos pasado juntos en solo
esa

noche.

Nos besamos por horas, creo. No pudo haber durado menos que eso. La
danza de

nuestros labios, como la primera vez que estuvimos juntos, sin necesidad de
nada más. Era suficiente. Era lo que queríamos.

Y nuestras manos otra vez volviendo a conocer nuestros cuerpos. Las mías
por

sus duros músculos y llegando hasta la raíz de su hombría, cada vez más
firme

entre mis dedos; las suyas por todas mis curvas, dibujando el contorno de mi columna y apretando con fuerza todo en mí.

Y la sutil caminata desde la puerta hasta la cama. Sin dejar de besarnos, sin dejar de tocarnos, caminando a la velocidad más lenta imaginable hasta caer con ligereza a la cama, como si fuéramos a dormir. Pero, claro, nada más lejos de la realidad.

Porque sin la ropa de por medio, Marcos entró en mí. Encima de mí, con nuestras miradas entrelazadas, y así siguió, entrando y saliendo por igual. Una mano seguía recorriendo mi cuerpo, y la otra se estrechaba con la mía. Así empezó a hacerme el amor, y así siguió buen rato.

Hasta que lo frené, para voltearlo y montarme encima de él. Y entrar al salvajismo y a la violencia, y moverme con un ímpetu que nunca habría imaginado posible. En cuestión de segundos ya yo estaba sudando.

Y él también. Ambos sudando y sufriendo y gozando, como nunca antes una mujer se había follado a un hombre, dejando que todos sus centímetros entraran

y salieran de mí con cada movimiento de mi cadera, a un ritmo inusitado.

Y luego mordí la almohada mientras él me hizo suya. Y luego le di mi espalda,

montada encima de él, para dejar que mi cadera hiciera toda conforme apretaba

con fuerza mis glúteos. Y luego nos paramos y lo hicimos contra la pared del cuarto. Y sobre el escritorio. Y contra la puerta. Y en cada centímetro.

Hasta terminar, conforme se acercaba el amanecer, exactamente cómo empezamos—Marcos encima de mí, cual misionero en su acometido, con total lentitud, nuestras miradas fijas, y esta vez no una, sino nuestras dos manos firmes, la una con la otra.

Y seguimos, a nuestro propio ritmo y sincronización, entrando y saliendo. Ya

había perdido la cuenta de los orgasmos, ni de cuantas veces su semilla había fluido dentro de mí. Solo quedaba este momento eterno, cuando su última eyaculación llegó al tiempo que mi último chorro de éxtasis.

— Yo también te amo— le respondí, y caímos dormidos uno al lado del otro.

* * * *

Ahora me es difícil estar segura de si lo hicimos hasta el amanecer, porque siento que dormimos horas. ¿Es que acaso logramos congelar el crepúsculo para descansar como es debido tras nuestra noche de sudor, y sexo, y frenesí?

El canto de los pocos gallos restantes—los cuales preservaban su tradición por encima del riesgo, pues en ese mismo momento iban a empezar a ser cazados por los hambrientos—, y la luz del sol se juntaron para despertarnos y prepararnos para un nuevo día.

Desayunamos un poco de la comida de la taberna, ahondando con las provisiones de nuestras cacerías y recolecciones, las cuales habíamos traído a escondidas para que no nos fueran decomisadas. Nos vestimos, nos preparamos,

y partimos al día.

La siguiente parte de nuestro plan era mucho más breve—primero, Marcos emboscó a un soldado de La Santa Inquisición para tomar su uniforme, ya que

los mendigos no podrían entrar hasta los rincones más recónditos de la capital o, vamos, acercarse al castillo.

Y, segundo, nos tocó separarnos. Marcos entró a las barracas, y yo al castillo.

En la boca del lobo.

Y, apenas horas después, me tocaría cantar.

— ¡EL TRAIADOR MARCOS ESTÁ EN LAS BARRACAS!

10

Todo nuestro plan, nuestras vidas y, probablemente, el destino de Oblivia, reposaba en las acciones de Marcos y en dos intangibles de mí—mi capacidad de

energía, algo que nunca había estudiado al máximo, y en un recuerdo difuso de

mi infancia.

Un recuerdo de mis padres.

¿Lo más verídico posible?

¿O acaso me estaba dejando llevar por algo emocional, y estaba destinada a fallar estrepitosamente?

* * * *

Nuestro beso final tuvo que ser dado en la misma posada pues, una vez Marcos

se ataviara de soldado, no podríamos volver a congeniar en público. Así que nuestro último beso vino a coincidir con nuestra última sesión de amor, allí en la cama, en ese crepúsculo eterno.

Y afuera nos tocaron dos destinos distintos. El de Marcos estuvo dentro de las barracas, directamente en el corazón de sus tropas, de aquellos pocos que aún permanecían en la ciudad, los destinados a cuidar los muros de la capital.

Los que iban a partir con La Santa Inquisición, por el contrario, ya estaban entre sus rangos, de manera que pudieran irlos adoctrinando y evitar comunicaciones

—por supuesto, eso no lo sabían.

Y, luego, esperar. Y esperar. Y esperar. Dar vueltas por el castillo como la mendiga que era hoy en día. Pedir comida, preguntar, caminar sin sentido.

Debía

hacer tiempo. Concentrarme. Sentirme parte de la ciudad.

En especial, probar los vientos. Su dirección, su potencia.

Eran pocos los vientos, eso sí. El intenso crecimiento poblacional daba menos espacio a la naturaleza y a los elementos. Era difícil, vamos. Lo que haría aún

más difícil la tarea que me esperaba.

Pero lo que estaba claro es que el poco que escapaba venía del este. La misma dirección en la que salía el sol. La que una vez se asoció con la esperanza y ahora con el resto del mundo, enemigos de Oblivia y de La Santa Inquisición, el

pesar, el sufrimiento.

El sol había avanzado una hora. Mi señal.

Mi hora de adentrarme en el castillo.

* * * *

No era especialmente difícil. Aun dejaban que los campesinos se adentraran a hacer peticiones, solo que los ignoraban totalmente. El rey Ricante tenía preocupaciones muy grandes como para dedicarle tiempo. Era solo una fachada

para que pensarán que aún se les daba atención.

Así que atravesé la gran fachada que no había conocido y me adentré en el vestíbulo hacia donde emergimos de la bodega. Que diferente se veía a la luz del día, pero igual sin vida.

Y, hablando de vida, fue en otra en la que sucedió esto. Puede que haya sido apenas hace semanas. Para mí se siente otra realidad. La muerte del rey, el escape, mi tiempo con Marcos, el regreso.

Y, aquí, ante la atención de todo el pueblo, fue que grité. Con todo lo que atesoraban mis pulmones.

— ¡EL TRAIADOR MARCOS ESTÁ EN LAS BARRACAS!

Y así como así, el revuelo se formó.

* * * *

Cabe acotar que no lo grité yo sola. Sino que lo cuchicheé en los oídos de todos quienes me rodearan, todo con la promesa de ganar una comida, o un favor, o

algo de dinero.

Y de repente los soldados de La Santa Inquisición se hallaron con un coliseo de

campesinos bramando a toda voz que el traidor Marcos estaba en las barracas. El

desespero creció en torno a ellos, intentando calmarnos, pero luego partiendo haciendo esa misma locación.

Lo que siguieron fueron horas locas—milicia en las calles, enfrentamientos entre el pueblo y los soldados, gritos incontables, un movimiento sobrehumano formándose en torno al castillo para proteger al rey.

Un caos que no se había visto en décadas en la capital de Oblivia, y ahora se había vivido tres veces casi seguidas, entre la llegada de la bruja Amelia, el asesinato del rey Paúl y, ahora, el regreso del traidor.

Un traidor que no tardó en ser apresado. Y desfilado por las calles.

Y, apenas horas después, conforme la luna crecía en el horizonte, se armó el mismo evento preparado para quemar a la bruja Amelia.

* * * *

Allí estaba, en el balcón del castillo, Marcos. Atado en una posición totalmente vertical, para evitar cualquier movimiento que pudiera asemejar la cruz que tanto blandía La Santa Inquisición. Soldados de La Santa Inquisición lo rodeaban y, debajo del balcón, todos. Soldados de La Iglesia y los originarios de Oblivia, mezclados bajo el mismo uniforme. Mendigos, artesanos, orfebres, ganaderos, campesinos. Todos por igual querían ver esto.

La pregunta era, ¿para ver el castigo? ¿Por curiosidad? ¿O es que acaso atesoraban dudas y querían saber si estaban en lo correcto o del otro lado?

El supuesto clérigo de La Santa Inquisición inició cánticos, pero nadie los seguía. La tensión era palpable en el aire. En todos y todas.

Menos en Marcos.

Si había algo en su rostro, que tan bien había llegado a conocer, era resolución.

No había ni una duda ni un miedo en él. En ese poste, atado, se podía ver a un hombre con la completa convicción de que tiene la razón y de que va a triunfar

en lo que va a hacer.

Casi todo su trabajo lo logró, al menos. El resto se verá pronto.

¿Y qué decir del mío? ¿Lo lograré? ¿O toda su convicción es en vano?

* * * *

Una de las primeras memorias con mis padres. Estábamos en una colina, recién

terminados de almorzar, simplemente jugando y dejando pasar el tiempo. Y, de

repente, algo cambió—una ráfaga de viento. La vi a lo lejos, entre los árboles de un bosque, haciendo vibrar las hojas, así como todo el pasto camino a la

colina y, finalmente, el viento me golpeó a mí.

Me sentí especial, de una manera que nunca logré recapturar. Una sonrisa se iluminó en mi cara, y el viento seguía como si nada, yendo más allá, hacia mis

padres.

Y en sus ojos aparecieron lágrimas.

* * * *

Lágrimas como las que correrán hoy si fallece Marcos. Pero eso no va a suceder.

Los susurros se convierten en aún más tensión cuando se abren de par en par las

puertas de la terraza, dejando escapar una luz amarilla de antorchas y, allí, una sombra poderosa, que corresponde al mismísimo Ricante.

El rey, con su corona imperial posada encima de él, se tomó todo el tiempo del

mundo para montarse de un pedestal. Y desde allí proyectó su voz con toda la energía posible para que retumbara entre el pueblo.

— He aquí, frente a nosotros— pronunció en una voz áspera—, la causa de todos nuestros malos. Marcos, quien una vez pensamos nuestro héroe, nuestro líder, reveló su cara. Venido de más allá, de otros reinos, siguiendo la sangre de su familia, conspiró con el demonio, con la última bruja, para usurpar el trono y

llevarnos a la perdición. Y ahora volvió, con toda la intención de asesinarme y volver a reclamarlo.

Ricante dejó que el silencio se posara sobre su gente.

— Vamos a ser breves, ¿les parece?

Por supuesto. Mientras más hable, más propenso es a que caiga su mentira.

— Vamos a acabar con él y, así, con la última esperanza de los otros reinos de

acabar con Oblivia. Si hay alguien que desee manifestarse antes, que lo haga.

— Yo.

Mi palabra no fue más que un susurro.

— Yo— dije en una voz más alta.

La gente a mi alrededor empezó a mirarme, pero aún no era suficiente.

Vamos. Un último esfuerzo, ahora que estás aquí.

— ¡Yo, Amelia, la última bruja, espero cualquiera que sea el destino que le deparen a Marcos!

* * * *

Y por supuesto que, sin duda alguna, me iba a ser deparado ese destino. Pues apenas en cuestión de minutos estuve arriba en el balcón, justo al lado de Marcos, ambos amarrados y sin capacidad de mover algún músculo o siquiera de

hablar. El rey Ricante siguió con su palabrería y demonios. Solo que esta vez no permitió que nadie se manifestara—indudablemente lo preguntó la primera vez

porque Marcos le dijo que yo estaba cerca.

— Es con pesar que despido a quien una vez fue nuestro héroe, pero es por el bien del mundo, es lo que se profetizó en su tiempo— concluyó Ricante—. Nos

despedimos de Marcos el Segundo, y de la abominable bruja.

Ricante dio una mirada a sus soldados.

— Enciéndalos.

— ¡Aun no!

El grito provino de abajo, de la multitud. Un soldado de los muchos que portaban el emblema de Oblivia lo había hecho, aunque se había quitado su casco y blandía arriba un escudo.

— ¡Que Marcos explique su posición primero!— volvió a gritar.

El rey Ricante se mostró dubitativo.

— No lo permitiremos. Esta gente adepta en la hechicería puede envolvernos con sus palabras, y lo mejor no sería...

— ¡Que hable!

— ¡Que se despida!

— ¡Que se explique!

— ¡QUE HABLE!

Los gritos se sucedieron, en el mismo modo en que fue moviéndose la escena abajo—conforme un soldado hablaba, era apartado por otros de La Santa

Inquisición. Pero más y más, todos leales en algún momento a Marcos, fueron quitándose el casco y subiendo su escudo. Tantos eran que no dieron abasto para

frenar el motín, y los gritos se hicieron uno solo.

Mientras abajo se sucedían empujones—ya que no habían salido las espadas—,

Ricante se mostró más tenso que nunca. Tras dar una mirada al desastre y a Marcos, terminó por bajar los hombros.

— Puede hablar— manifestó—. No la bruja, solo Marcos. Pero si por alguna razón se va del tema o vemos índices de hechicería, lo callaremos.

Eso pareció contentar a todos abajo, tanto el ejército de Oblivia como el de La

Santa Inquisición—ahora que todos se habían quitado sus cascos, era más que evidente quién pertenecía a cada facción. Y el silencio más profundo que se haya conocido se cernió en torno al castillo de Oblivia.

Ricante hizo un gesto resignado, un soldado quitó la venda de la boca a Marcos,

y mi amado habló.

— Oblivia hoy, Oblivia ayer, Oblivia siempre— vociferó, su voz lentamente ganando potencia—. Oblivia siempre. En paz descanse nuestro rey Paúl, nuestro

hermano, nuestro padre. *Mi* hermano, y *mi* padre. Contra quien nunca levantaría una espada. Casi mi propia sangre. Anda, vamos, ¿alguien aquí me cree capaz de

hacer daño al hombre con quien crecí?

Silencio sepulcral.

— ¿Alguien me cree capaz de hacer daño al hermano que me dio la vida, a quien

cuidé y me cuidó cada día?

Más silencio.

— ¿Alguien aquí de verdad piensa que yo acabé con la vida de mi padre, de mi

hermano, de mi amigo, y no que su muerte sucedió a manos del falso rey Ricante, quien ahora utilizará a Oblivia para sus oscuros...?

Un puño golpeó a Marcos en la mandíbula.

— ¡NOS ESTÁN EMBRUJANDO!— gritó desesperado Ricante—

¡Quémenlos!

Y, entonces, se sucedió.

* * * *

Desde una torre altísima, en la que sin duda estuve yo reclusa, volaron flechas.

O, para ser más exacta, una sola flecha, que cruzó exactamente la soga que unía

a mis manos y que las dejó libres.

Mis manos se fueron al aire, y decidí sentir al viento de la misma manera en que lo había hecho aquella tarde con mi familia. Cuando el viento corrió por mí y luego por mis padres, y sus lágrimas cayeron conforme apareció en sus mentes

unas imágenes. No ilusiones. No sueños.

Memorias.

Mis memorias.

Mis padres se bañaron en lágrimas al verse a ellos mismos por mis ojos. Al ver

las tardes de felicidad que habían vivido otras familias en esa misma colina.

Todos los momentos de júbilo que la bautizaban.

Y, de ese mismo modo, sentí el viento y lo envié hacia el pueblo de Oblivia.

* * * *

Desfallecí. No de una vez, pero muy poco a poco.

Tuve que concentrarme en este castillo, en el rey Ricante y las malas energías que emanaba y, sobre todo, en Marcos. En los recuerdos que tenía de su amigo,

de su padre, de su hermano, del rey Paúl.

Sus buenas energías chocando contra las negativas y dejando una explosión de sentimiento que me dejó verlo, cual una escena que se estuviera desenvolviendo

frente a mí—la espada del rey Ricante atravesando al rey Paúl en el corazón, rodeado por su séquito de soldados.

Y dejé que el viento volara hacia el pueblo. Había empujones y enfrentamientos,

pero sus cabellos descubiertos, el de los soldados de Marcos y del pueblo común, volaban con el viento. Sentían algo, pero la confusión en sus rostros me

demostraba que no estaban seguros de qué era.

Ya para ese entonces voló otra flecha, y lo próximo que vi fue a Marcos golpeando y librándose de soldados de La Santa Inquisición. ¿Para qué? ¿Una última resistencia?

No era así, porque pronto estuvo frente a mí. ¿Se estaba despidiendo?

Y entonces lo sentí—sus lágrimas cayeron en mis manos, y percibí lo que tenía

días diciendo.

El alma de Marcos. Su energía vital.

No sabía utilizarla, ni iba a aprender tan tarde, pero me la estaba entregando. El frío de sus sollozos tocaba mis manos y se esparcía por todo mi cuerpo. Y

el hambre, el sueño, el deseo, nada existió—solo sentía una energía eterna e indomable.

Una energía que dejó que los vientos corrieran con más fuerza, amenazando con

tumbar a los árboles y manteniendo en su posición a todo el pueblo, a todo el ejército.

Pero, conforme crecía el viento, sentía que algo moría.

Y el frío de las lágrimas de Marcos se transformaba en el frío de sus manos, y en el frío de todo su cuerpo.

Marcos estaba drenando toda su energía en mí, y no iba a detenerse hasta que toda se fuera.

No podía dejarlo morir. Lo solté.

Lo cual nunca fue una opción. Marcos se aferró a mí con todas sus fuerzas, las

cuales apenas conocí ahora, y cual si fuera una piedra aplastándome, no había escapatoria.

Y, conforme volaban otras flechas contra su cuerpo, estas venidas desde la misma terraza, y las espadas se posaban sobre él, Marcos nunca me soltó.

Y su energía brotó eternamente en mí, y el viento derrumbó árboles y estandartes y armas. La misma energía mía multiplicándose, ya no como pura herramienta,

sino como una emoción.

Pesar. No, pesar no. Rabia.

La rabia con la que creé un tornado que dejó atónito a todo el pueblo, a todos menos al mismísimo rey Ricante, pues él no veía lo que ellos veían. Para él, era un recuerdo.

Para todos los demás, la imagen del actual rey, el falso rey, el líder de La Santa Inquisición, asesinando a su ley legítimo.

Dos flechas más volaron. Uno chocó contra la pared, y la otra se posó en el muslo de Ricante, que cayó sangrante sobre la piedra. Sin escapatoria.

La energía de Marcos se agotó. Mi energía se agotó. Y, conforme caía, solo pude

ver y oír una cosa.

Lo que vi fue una luz creciente en medio de la noche. Una luz que me dejó ver a

los soldados de Marcos, sin casco, y al pueblo común, el más numeroso de todos, dando batalla y acabando con los soldados de La Santa Inquisición que ofrecían lucha. Y a Ricante apresado. Y a mi amado, sin vida, frente a mí.

Y solo escuché una cosa.

Un grito del pueblo. De los que luchaban, de los que miraban, de los que lloraban. Todos bramaban por igual.

— ¡MARCOS! ¡MARCOS ¡MARCOS!

Pasión y Cuernos

Romance, Acción y Sexo a lo Vikingo

1

Nada como la cacería.

He descubierto incontables placeres en este mundo. Está sumergirse en las aguas

de un río, cuando el calor apremia, o en aguas termales, si el cansancio atenta contra el cuerpo completo.

Darse un banquete una vez el hambre tiene rato instalada. O incluso recibir un merecido masaje. Pero nada, absolutamente nada se compara con la sensación de

la cacería—salvo el placer que te puede otorgar una mujer, aunque ese ya es otro cuento.

Lo más probable es que para el noventa y nueve por ciento de la población esto

le sea totalmente ajeno. Que prefieran mil veces las aguas, la comida, los momentos para relajarse. Pero yo no soy como el resto de la población.

Yo soy Bronn, y si hay algo que me haga sentir completo, son mis armas, bien

sea la espada, el cuchillo, o el arco. Si hay un olor que me emocione, es el de la sangre. Mi cabello oscuro lo mantengo al ras para poder correr con mayor velocidad.

¿Mi manera de descansar? Correr entre los árboles, esquivando maleza, con mis

ojos fijos en la presa. Claro, en esta época.

Yo soy un guerrero. Dicen que nací así, pues el primer objeto que tomé en

mis

manos—o que intenté tomar, vamos—vino siendo Inferno, la espada de mi padre.

Y desde entonces me formé en ello, practicando, entrenando, y mi manera de entretenerme como niño era escuchar a los más versados capitanes, generales y

comandantes en sus relatos de batallas pasadas y olvidadas.

Y cuando no me era permitido, encontrarme a los maestros e indagar en la geografía del reino de Zimbela y de todos los que esperan más afuera.

Y por un tiempo logré realizar eso que tanto me gustaba, aunque estos son otros

tiempos. No hay grandes guerras entre los reinos que obliguen a los ejércitos a

armar filas y desplazarse por el continente.

La única amenaza que nos agobia hoy en día son Los Forasteros, hombres marcados por la sombra y el fuego en las tierras del este. Otrora, el reino al completo era un constante peligro, obligándonos a mantenernos activos en las fronteras para frenarlos.

Ya no es así, y esta pequeña facción que hoy queda en nuestro territorio no es más que un clan de hombres rotos.

Lo que no significa que uno pueda relajarse. Los hombres rotos, quebrados, son

restos. Despojos de ejércitos, que sobrevivieron a una batalla, o escaparon de un ataque, o fueron victimizados por el enemigo.

Hubo un momento en que las maldades de la guerra causaron heridas

irreparables en sus almas y ya, sencillamente, no son quienes una vez fueron.

Escaparon, huyeron, corrieron, y ya no tienen hogar o rey a quien arrodillarse.

Vagan por la tierra libremente, luchando por un único cometido—sobrevivir.

Franquear al día de hoy y poder llegar al de mañana, el cual se transformará en

ese hoy del que deben salir con vida. Y así, hasta hallar su muerte, pues la paz no les espera.

Y eso son Los Forasteros. Hace tiempo que no conocen el este, y puede que hayan pasado más años en Zimbela que en las tierras en las que nacieron. No importa.

El punto es que viven de aldea en aldea, haciendo arder las tiendas, violando a

quien consigan y dejando una ola de cadáveres a su paso.

Por suerte para el reino, aquí estoy yo. Un hombre quien extraña los tiempos de

guerra y que ahora, persiguiendo uno a uno a estos soldados quebrados, tengo la

misión con la que ocupar cada uno de mis días.

Ya no es en los campos, pues los forajidos no encontrarían cobijo allí, así que tengo que adentrarme en lo profundo de los bosques. Ya no buscan el combate,

sino que lo esquivan, dedicándose únicamente a caer sobre los indefensos, por lo

que es más una cacería que cualquier otra cosa.

Y ya no son hijos y padre de sus espadas, necesitando de mi arco para darles alcance la gran mayoría de las veces. Aunque lo de hoy debería llamarse abuso,

tomando en cuenta la facilidad con la que lo pusieron.

Un grupo de Forasteros atacó en mitad de la noche al clan más cercano a la capital de Zimbela. Campesinos y recolectoras en su mayoría, quienes

descansaban unas pocas horas antes de volver a la faena de producir para el reino.

Hicieron un ataque a medias, pues algunos ofrecieron resistencia, y no lograron

destronar el pueblo antes de huir.

La palabra no tardó en llegar hasta el centro del reino, y de inmediato fui elegido para la tarea—antes de que cantara el gallo ya estaba en plena persecución, y sin haberse escondido el sol ya había tumbado a uno con mis flechas. ¿Los demás?

Solo era cuestión de tiempo.

Que me escogieran para dar caza a los invasores era algo natural. Por un lado, no era secreto que me encontraba entre los mejores guerreros de mi clan y de mi reino.

Todo torneo organizado había venido a parar a mis manos hasta hace años, cuando siempre sucedía algo—bien fuera mi caballo perdiendo el control, alguna

de mis armas desarmándose, o un desnivel en el suelo que cambiara la balanza.

Para el próximo evento me encargaba de anticipar lo sucedido, pero algo más acaecía. Era evidente que alguien en lo alto no quería que siempre fuera yo el victorioso. ¿Quién, o por qué? No sé. Los asuntos de política no me interesan.

Aunque, al fin y al cabo, esa era la segunda razón por la que me escogieron.

Perseguir forajidos entre los árboles no era específicamente una tarea que se asociara con un gran honor, por lo que ninguno de los comandantes estaba especialmente inclinado a abandonar su cama para hacerlo.

Y seguía representando un riesgo. ¿Poner su vida en juego a cambio de una tarea

que no traería gloria? Jamás, ni nunca. Además, ese mismo ser o seres quienes

no quieren verme triunfando en los torneos podrían esperar que me llegue el final en esta búsqueda.

Puede que esté yéndose muy lejos mi imaginación, o que hasta llegue a la paranoia. Pero poco importa. Nadie va a tomar mi vida en un torneo, y menos en

esta sencilla cacería.

El ataque raramente incompleto de Los Forasteros poco a poco tomaba más forma y explicación—no habían sido todos. Alrededor de quince jinetes fueron

sus autores, una fuerza mínima comparada con los cientos de perdidos que se escondían en Zimbela.

Las dos docenas de soldados del rey que me acompañaban quizás terminen resultando redundantes. Más si tomamos en cuenta que con una flecha tumbé al

primer forajido.

Y que con Inferno—la espada de mi padre que hasta el día de hoy sigue siendo

mía—corté al segundo, preparándose para una especie de emboscada. Y, vamos,

que conseguí al tercero en plena acción de ir al baño y sucumbió en segundos. A

ese ritmo no iba a dejar para nadie más.

Aunque quizás estaba un poco alto mi ego para ese momento. Pues los catorce

que quedaban—solo dos más de los quince que calculé—no se prestaron a seguir

siendo cortados uno por uno, y se reunieron en una de las zonas más frondosas

del bosque para enfrentarnos espada a espada.

Bueno, esa no era su intención. Primero se repartieron para intentar encerrarnos en un círculo, pero mis exploradores no tardaron en hallarlos y alertar, no quedándoles más remedio que reunirse y enfrentarnos.

Algo describe a Los Forasteros por encima de todas las demás cosas, y les da un

plus al combatir—son brutales. Mantienen gran parte de la disciplina que utilizaban como ejército, y saben de estrategia y de movimientos de batalla, pero son mucho más fieros que cualquier otro enemigo que uno pueda encontrarse.

En sus mismos ojos lo puedes ver—un fuego, una llamarada que los impulsa. A

veces uno piensa que no sienten dolor, pues aguantan flechas, cortes y mazos y

siguen en pie, complicándote la vida hasta morir. Y hasta en ello son buenos, porque parecen hacerlo de una vez.

Tan pronto su cuerpo no da para más, caen vencidos, casi en paz. Pocos deben

haber asesinado a más Forasteros que yo, y hasta la fecha sigo sin haber visto a uno agonizando.

No en vano, de mis dos docenas de soldados solo me quedó poco más de una.

Contra los catorce Forasteros que levantaron armas contra nosotros, y a pesar de tener la ventaja numérica, cayeron once de los nuestros.

La mayoría víctimas de flechas en sus cuellos, un punto difícil de apuntar, pero de total eficacia una vez acertado. Además de los tres antes del enfrentamiento

como tal, cinco más cayeron bajo el yugo de mi espalda. Ocho de diecisiete solo

para mí. Nada mal.

Ya estaba bien entrada la noche cuando el acero de uno de mis soldados atravesó

el corazón del último forajido y sonó su cuerno de combate para dar el ataque por finalizado.

Hace menos de veinticuatro horas estos individuos se habían sentido los reyes del reino, atacando a gente indefensa a destajo, y ahora todos yacían en sus tumbas. O lo que es lo mismo, en el suelo.

En otros tiempos nos habríamos tomado el tiempo de recoger los cuerpos e incinerarlos o apilarlos todos en una sola tumba.

Pero llegó el punto de quiebre para mi gente, pues esta gente solo atacaba y violaba, y se decidió dejarlos pudrir en plena superficie—siempre y cuando fuera en el bosque. Dentro de poco los animales harían el trabajo.

¿Mis soldados? Los soldados que me acompañaban. No soy comandante,

general, capitán, ni siquiera lugarteniente como para decir que son “míos”. Y así se va a quedar por un buen tiempo, de eso no hay duda.

Puede que llegue hasta a ser el mejor guerrero del clan, pero eso no cambiaría nada, pues para mi desgracia, “solo” soy el hijo del herrero.

Mi familia no alcanzó proezas en el campo de batalla ni en la política, y eso me va a cementar para siempre en esta posición. ¿Injusto? Siento que lo es. ¿Algo que hacer al respecto? Nada en lo absoluto.

No lo lamento jamás, eso sí. Mientras recogemos lo robado por parte de Los Forasteros y entablamos el camino de regreso a la capital, hago lo mismo que tras cada batalla—miro al cielo y dedico un agradecimiento a mi padre. Puede que no fuera más que un herrero, pero pocos fueron mejores que él.

Esos altos cargos militares que me ignoran aun utilizan armas forjadas por papá.

Puede que por ello naciera preparado para las armas, a pesar de que el hombre

que me crio solo las fabricaba. Bueno, justicia poética.

Él las fabricaba, y yo las ponía a buen uso. Quizás mi hijo, el día que llegue, termine siendo político, y se cierre el círculo.

A mi madre nunca la llegué a conocer, pues falleció durante mi llegada al mundo. Creo que es lo que más refuerza el amor de mi padre—jamás me echó en cara o se le notó algún pesar al respecto, como hacen la mayoría de progenitores cuando el recién nacido es causa de la pérdida de su esposa.

Nunca él. Me guio y me amó desde su primer hasta su último día, cuando en un

viaje hacia una mina cercana, dispuesto a elegir a mano los materiales que utilizaría para sus próximos enseres de guerra—siempre se aseguró de

escogerlos él mismo para garantizar calidad plena—, fue emboscado por estos miserables hombres quebrados.

Y, en gran parte, por ello es que me produce tal satisfacción darle caza. Y por

lo mismo que no descansaré hasta que no llegue el día de haberles puesto fin a todos.

Pero, ¿podré hacerlo? ¿O es que acaso el alcance de estos hombres endemoniados es cada vez mayor y no lograré frenarlo?

* * * *

Al alba retornamos a la capital de Zimbela. La luz que emanaba de las antorchas

de la ciudad nos dio la bienvenida, y nos hizo más fácil aún el trayecto final de regreso. No hacía falta seguir a las estrellas o a la luna—allí mismo teníamos la señal de regreso.

Pero conforme nos acercamos más y más, el fuego crecía. ¿Qué clase de magia

había sido utilizada para que las antorchas ardieran con tal intensidad? ¿Acaso no iban a dejar de ganar tamaño?

La respuesta fue sí—dejaron de crecer en el momento en que salió el sol y llegamos para ver que no eran antorchas, sino llamaradas. En los molinos, en las barracas, en las torres. Media ciudad ardía, y la madera crujía mientras medio pueblo intentaba apagar los fuegos.

No nos dio tiempo siquiera de preguntar lo que había sucedido, pues una niña se

adelantó y nos lo informó.

— Mataron al rey.

2

— El rey ha muerto— insistió la niña—. Mataron al rey.

Y así, en pleno amanecer, la anarquía se instaló en Zimbela.

* * * *

El de antes no había sido un ataque al azar, ni una irrupción a medias. No, Los

Forasteros habían planeado con suma precisión su movimiento para distraernos y

vaciar parte de nuestras fuerzas en su persecución.

Nunca solían atacar con mucha frecuencia, destacándose más por su imprevisibilidad—y el enviarnos a nosotros fue más que suficiente respuesta.

Nadie en la capital esperaba que otro bando se lanzara.

Pero así fue. Y cuando caía la noche, y nosotros empezábamos a batirnos en duelo en pleno bosque, un grupo numeroso franqueó los muros, aprovechando la

puerta abierta, y se dirigió directamente hacia el campo en que nuestro rey practicaba tiro al blanco.

De algo valió, para tumbar a media docena de sus atacantes, aunque al final no

había nada que hacer. No fue un enfrentamiento abierto, sino un ataque dirigido

hacia su persona. De los cincuenta atacantes vestidos de negro y rojo que llegaron a nuestras puertas, solo nueve escaparon con vida.

Y ahora, ¿qué?

Nuestro rey no era un político y nada más. El rey Sergen nació en una familia de sangre alta, heredero al trono, después de todo, y estaba destinado a no necesitar nada. Pero no era lo que tenía en mente precisamente.

Tal cual hice yo, desde muy joven esgrimió su mazo y dedicó cada día y cada

noche al enser de la batalla. Criado entre la realeza, y formado en el campo—
¿cómo se podía aspirar a un mejor rey?

Con todos los conocimientos y más de los que podrían ser utilizados. Manos que

no temblaban al momento de tomar decisiones. Y un carisma legendario, que infundía respeto y lealtad en todos sus soldados.

Después de todo, fue él quien nos guio hasta la paz relativa con la que vivíamos.

Quien dominó a los reinos que nos rodeaban, subyugando a unos, estableciendo

tratados con otros, y generando miedo como para quedarse quietos a los que faltaran.

Hace más de una década de ello, y según los historiadores, Zimbela nunca había

gozado de tanta plenitud y provecho como hoy en día. Se vivía en tranquilidad,

salvo por los contados ataques de Los Forasteros, cosa que no representaba gran

preocupación.

Hasta el día de hoy.

Y es que quizás cometimos el error de subestimarlos. Muchas veces lo hemos hecho y esta vez, en especial, lo hice yo.

Juré que fue un ataque sin sentido, un mal cálculo de parte de ellos, y por eso me lancé en su búsqueda, llevándome también a los mejores exploradores y

cazadores con los que contamos—quienes sin lugar a duda habrían podido

divisar un ataque inminente con mucha mayor facilidad.

Los Forasteros piensan, y eso es lo que debo clavarme en la cabeza. No son como los bárbaros, un pueblo sádico que tuvimos que exterminar pues no había

manera de que entraran en razón, ni en esta ni en siete vidas más; ni como los salvajes, desperdigados entre todos los reinos, y satisfechos con vivir por su cuenta.

Son inteligentes. Son estrategas. La única razón por la que no tienen su propio reino es porque su alma fue quebrada y ahora no tienen hogar alguno.

Aunque, si no me equivoco, tienen en mente uno. Y estoy justamente allí.

* * * *

¿Por qué otra razón atacarían a nuestro rey? Lo que les ha importado siempre es

la supervivencia, y adentrarse en una ciudad para acabar con un hombre—y dejándose cuarenta vidas en el camino—no va precisamente de la mano con ello.

Fue algo premeditado, y con intención. Desestabilizarnos. ¿Para qué? ¿Para que los dejemos tranquilos? Saben que mientras rondan nuestras tierras nunca lo haremos.

Quieran venir o no, la parte de desestabilizarnos la lograron. Zimbela es un caos.

Los ciudadanos comunes lloran por las calles.

Los soldados divagan de un lado a otro, sin rumbo claro. Los edificios permanecen en fuego, algunos empezando a ceder, mientras que otros arden por

más que se intente apagarlos. Muchos animales escapan de sus corrales, y el

ruido. Los gritos. Los sollozos. Las voces cruzadas.

Mi sangre ardía por perseguir a Los Forasteros. No podrían tener demasiada ventaja y, de partir con mis mejores hombres, podría darles alcance en menos de

un día. El rey sería vengado, y serían menos los forajidos que surcan nuestras tierras.

Sí, pero...

¿Qué se ganaría, más que eso? ¿No era posible que eso es justamente lo que quisieran? ¿Y quién pondría algo de calma en este pueblo inquieto?

Lo pude ver cuando Nurten, uno de los comandantes de nuestro ejército, apareció en el camino, completamente ataviado en su armadura y seguido por, hasta donde puedo verlo, el grueso de nuestro ejército. Una fuerza encomiable,

con fuego en sus ojos—aunque no con la misma fiereza de Los Forasteros.

— ¡Encontraremos a quienes dieron muerte a nuestro rey, cueste lo que cueste, y

los arrastraremos de vuelta hasta acá!— bramó Nurten, para con sus tropas y con

los pueblerinos— ¡Y los colgaremos para que sepan que con nuestra gente no se

juega!

Fuertes gritos de apoyo emanaron de todos quienes escuchaban. Parecían

haberse olvidado de los niños, de los animales, y de las edificaciones en ruinas.

¿Acaso no podían oler el humo? Es más, hasta los mismos ciudadanos estaban buscando cualquier arma, fueran rastrillos, machetes, o trozos de

madera, para unirse al ejército.

— ¡Que ninguno de nosotros descansa hasta lograr la justicia! ¡Vamos todos al

encuentro!

Todo el ejército dejó sonar sus cuernos de combate, a tal intensidad que debían

estarse escuchando en todo el reino. Los caballos bramaron y empezaron su

recorrido, y las calles se empezaban a llenar conforme todos a la vista tomaban el camino.

El camino de la locura.

Aunque, sin lugar a dudas, más locura aún era lo que yo estaba por hacer. Pero

solo una persona puede detenerme cuando pongo mi mente en algo—yo mismo.

Y como no estaba por la labor, lo hice.

Y allí estaba yo, Bronn, bloqueando la salida de Zimbela para Nurten, el ejército, y todo nuestro reino.

* * * *

— Bronn— pronunció Nurten con indiferencia—. ¿Qué estás haciendo?

— No puedo dejarlos irse de la capital, Nurten.

Bajo su cabello marrón largo, ojos oscuros, mandíbula rígida y músculos de acero se hubiera dibujado una sonrisa en otra circunstancia, pero la gravedad del asunto solo le permitió hacer un gesto incoherente, a mitad de camino entre sonrisa y rabia.

— Puedes guiarnos, si así lo deseas— dijo—. Pocos cazadores como tú entre nosotros.

Ningún cazador como yo, quise replicar, pero me contuve. La soberbia de nada

me ayudaría en esta circunstancia.

— No los guiaré, ni los acompañaré, ni nadie irá a la caza de Los Forasteros—

dije con tranquilidad—. Todos debemos quedarnos aquí.

Nurten volteó hacia su ejército, rebosante en incredulidad.

— No sé qué ha entrado en ti, Bronn, pero necesito que te apartes.

Nurten arreó a su caballo para que avanzara y yo hice lo propio, paseando el mío a lo largo del camino para evitar todo paso.

— ¿Es que acaso eres un traidor?— preguntó, entrando en cólera— ¿No te importa el mal que han traído hasta tu mismísimo rey?

— Me importa tanto como te podría importar a ti, Nurten— empecé—, pero estás siendo estúpido.

Parte de la audiencia se mostró sorprendida, mientras que los más cercanos a Nurten se mostraron ofendidos.

— ¿Perdona?

— Esto es justamente lo que querían Los Forasteros. Desestabilizarnos. ¿Por qué

si no ignorarían todo a su paso para concentrarse en el rey? En plena capital, de donde saben que no pueden escapar ni lograr un ataque exitoso. Y justo horas después del ataque cercano, que nos hizo salir a su encuentro.

Inferno en mano, me lancé de mi caballo y acerqué a Nurten.

— Los Forasteros vienen para acá. Esa es la única razón que puede explicar por

qué operaron de esa manera, tan atípica para ellos. Puedo apostarte a que, de seguir las huellas de quienes huyeron, encontraremos que algunos volvieron tras

sus pasos para permanecer cerca y saber si hacíamos esto.

>> Los otros fueron directamente a avisar que no tenemos rey, para mantenerse cerca y prepararse para tomar la capital y desde aquí controlar Zimbela.

Como mandando un mensaje, creo que más para mí mismo que para Nurten, apreté la empuñadura de Inferno con fuerza.

— Si salimos vamos a complacerlos. Eso no es lo que debemos hacer. Debemos

quedarnos aquí. No todos, como dije, pues nuestros mejores exploradores deberían dar caza a aquellos sobrevivientes que permanecieron cerca y evitar que comuniquen cualquier otra palabra.

>> Pero el ejército se queda aquí, para protegernos y estar listos ante cualquier otro ataque. Y ayudar a reconstruir nuestras defensas. E igual el pueblo. Por amor al rey, miren las calles.

>> Niños desolados. Animales corriendo hasta su muerte. Nuestras mejores instituciones consumiéndose bajo el fuego. Si vaciamos la ciudad, vamos a abrirles las puertas de par en par y quedarnos sin recursos.

El alivio a mi plan sagaz fue que el mensaje caló, al menos. Los ciudadanos voltearon y abrieron los ojos. No literalmente, pero sí para darse cuenta de lo que acontecía en nuestra ciudad. E incluso gran parte del ejército lo hizo también.

La mayoría, pero por supuesto que Nurten no.

Su respuesta, esta vez, no fue verbal. Sino que sacó su espada y se abalanzó sobre mí, presto para darme muerte.

Bueno, eso no va a pasar hoy, ¿o sí?

* * * *

No tenía a mano mi escudo, así que no me quedó más remedio que bloquear su

ataque con Infierno. Una, dos, y tres veces impactaron nuestros aceros antes de saltar para alejarme.

Con una palmada hice que Salta Colinas, mi caballo, se alejara—lo que faltaba

era que perdiera a mi fiel corcel por espadas cruzadas. Y de nuevo vino contra

mí Nurten, y de nuevo tuve que repelerlo.

Hubiera sido mucho más fácil acabar con su vida, si no fuera uno de los míos, lo quisiera o no. No pertenecía a mi clan, pero sí a mi reino, y su espada era tan importante como la mía.

Por lo que no me quedó más que sudar y casi acalambarme moviéndome para

esquivarlo una y otra vez, incluso cayendo, cuando vi el momento preciso—

desde el suelo tomé una roca que impacté con violencia contra sus costillas. El

dolor fue tal que derribó a Nurten, sosteniéndose el flanco, sin correr ni una gota de sangre.

Vencido, a Nurten no le quedó más que soltar la espada. Con una mirada

busqué

entre el ejército alguien quien osara a desafiarme, pero nadie lo hizo. Al contrario. Todos me miraban expectantes.

El mensaje había calado, repito. Y había que estresarlo.

— Encárguense de alimentar a los exploradores que acaban de llegar conmigo para que vuelvan a salir prontamente de caza, en búsqueda de los sobrevivientes.

Mátenlos.

>>No hay manera de extraer información de esa gente— los pueblerinos empezaron a moverse para cumplir mi orden—. El ejército debe repartirse en tres partes. Una para volver a las barracas y asegurarse de tener todo preparado en caso de un posible ataque.

>>Otra que se esparza por nuestras fronteras, vigilando al tiempo que verifican

que las defensas estén intactas. Y el tercer grupo que ayude a herreros y a todos a apagar los fuegos y reparar los edificios. Agricultores, ganaderos, cuiden sus campos y a sus animales. Y den calma a sus hijos.

Guardé a Inferno en su vaina.

— Que nadie descansa hasta que nuestra capital esté en paz.

* * * *

Quería, y necesitaba dormir. Pero era algo hipócrita pedir a mi gente que trabajara a destajo mientras yo cerraba los ojos, así que lo único que pude es servirme la comida para recuperar las energías.

Apenas tenía segundos de haber terminado, y ya empezaba a cabecear del sueño,

cuando un heraldo entró en mi hogar, portando los estandartes del rey.

— Bronn.

— ¿Sí?

— La princesa Zayla lo convoca de inmediato al castillo.

3

Zayla. La única descendiente legítima del rey Sergen. O lo que es lo mismo, nuestros clanes y reino sin líder aún.

No quisiera ser malinterpretado. Zayla se preparó desde muy joven para atender

los asuntos del rey y del castillo. Era muy común verla junto a su padre en consejos o en el cuarto del trono, aprendiendo cuanto pudiera.

Pero la historia de Zimbela es una de muy larga data, en la que se han sucedido

una larga fila de reyes. Cada uno ha tenido a sus hijos, y el mayor hereda el poder y así sucesivamente. Al menos hasta Sergen, el primero en no engendrarlo.

Sergen y la reina lo intentaron, por mucho tiempo, hasta el fallecimiento de ésta por la consunción. Y esa infinita cantidad de intentos solo dio lugar a Zayla. Al comienzo hubo menos presión, pero con el tiempo creció—el reino necesitaba un heredero preparado para cualquier infortunio.

No para ya, por supuesto, simplemente que pudiera crecer y ser ya un hombre hecho y derecho para cuando llegara su hora. Nunca llegó el hijo, solo la hija, y la reina se fue antes de que pudieran engendrarlo.

No había preocupación, claro está—el rey, al vencer su luto, podría casarse de nuevo, dando a Zimbela otra reina y preparándose para recibir a su heredero.

Claro, nadie tomaba en consideración que Los Forasteros fueran a acabar con su

vida también antes de que eso pudiera suceder.

Solo están Zayla, y Nurten. Nurten, el mismísimo comandante con el que me enfrenté en las postrimerías del reino, sí es hijo de Sergen, pero todo menos legítimo—fue un bastardo que tuvo con una mujer del campo, en plena frustración de no conseguir a su heredero.

La mayor vergüenza del rey en vida—haberle sido infiel a su esposa. Sus valores

le obligaban a reconocerlo y dotarle de una buena vida, trayéndolo a la capital, al castillo, y enseñándole las artes de guerra de manera que escalara entre sus rangos.

Y así hizo. De la misma manera que nunca podría escalar el reino, pues ni mujeres ni bastardos jamás habían tomado el trono para sí.

Entonces, ¿a quién le quedaba el reino? ¿A Zayla, como hija pura? ¿A Nurten, como único hijo varón? ¿Al consejo? ¿A su hermano anciano?

* * * *

Mi pensamiento terminó siendo pregunta, y poco tardó en responderla Zayla.

Tardamos en empezar a hablar una vez nos reunimos, pues no pude sino arrodillarme ante su belleza. Cabello tan oscuro como el de su padre y el de su

hermanastro, ojos claros como la mañana, piel morena e inmaculada, y un cuerpo formidable que se asomaba por debajo de su vestimenta.

No fue sino hasta que me ordenó levantarme—era la princesa, después de todo

—que vine a hacerlo. Me asombraba que me hubiera llamado, ya que nunca habíamos cruzado nada más que uno o dos saludos corteses.

Era hermosa, y desde el primer día había captado mi atención, pero

pertenecíamos a dos mundos totalmente diferentes. Ella era la hija del rey, y yo era el hijo del herrero.

— Me han informado de lo que hiciste en la periferia de la capital— anunció.

Bueno, no solo desafié a un comandante y a todo el pueblo, sino también al bastardo del rey Sergen. Creía que la obediencia que había presentado hacia mí

las tropas me salvaría de un castigo, pero al parecer no.

— Sí, princesa— respondí—. Lo que menos quisiera es haberle faltado el respeto al comandante Nurten, pero había tomado una decisión que, en mi opinión, habría sido perjudicial para todo el reino. Decidí tomar el asunto en mis propias manos y detenerlo. Discúlpeme si hice algo por encima de mi rango.

— No te convoqué para reprenderte, Bronn— manifestó la princesa—. De ser así, habrías sido escoltado hasta el castillo y el pueblo entero no seguiría en las calles llevando a cabo tus órdenes. Que, francamente, fueron las mejores.

Eso era un alivio. No temía a una condena, aunque vamos, ¿quién quiere pasar

su vida en unas celdas?

— Sé que vuelves de un largo viaje, pero requiero que te mantengas despierto y

alerta por las próximas horas.

>>Este periodo inmediatamente después del ataque es sumamente delicado, así que se debe poner en marcha todo lo relacionado a la reconstrucción de la capital antes siquiera de pensar en un contraataque. Y ya que diste los comandos, ahora

es tu deber asegurarte de que sean llevados a cabo.

— Sí, princesa, como usted mande.

La princesa Zayla sonrió por un segundo. ¿Por qué lo hacía?

— ¿A quién debo reportarme?— pregunté.

— ¿Qué quieres decir, Bronn?

— ¿Sobre quién recae el mandato de Zimbela?

— ¿Es que no lo sabes?

— Es confuso, princesa— repliqué—. ¿O debiera decir reina? Es usted la única

heredera legítima del rey Sergen.

— Zimbela nunca ha estado a cargo de una reina. Solo por matrimonio.

— Entonces asumo que debo reportarme con Nurten.

— Nurten es un bastardo.

— Sí, princesa— inicié—, pero es el único hijo del rey, así solo la mitad de su

sangre sea pura. Y ya tiene su experiencia liderándonos como comandante.

— Como bien debes saber, no tengo absolutamente nada en contra de Nurten.

Sería hipocresía— sí, lo sé muy bien, princesa. Tanto que desbordo en celos —.

Pero si hay algo que se atesora en Zimbela es la tradición, y nunca un bastardo

ha sido proclamado rey. Son detalles pequeños que deben ser respetados siempre.

Ni Zayla, ni Nurten. Zayla carece de conocimientos de batalla, y Nurten de política, aunque entre ambos podrían aprovechar sus puntos fuertes y

liderarnos

de buena manera. Pero si no son ninguno de ellos...

— ¿Princesa? ¿El trono estará a manos de Tulden?

— Mi tío. Tulden— repitió Zayla.

— Sí. Por tradición debe quedarse en la familia, y Tulden tiene exactamente la

misma sangre que Sergen. Puede que no esté en las condiciones idóneas para ello— y me estoy quedando corto—, pero creo que es lo que corresponde.

— Puede que sea así, Bronn, aunque te falta más de la mitad de la verdad al decir que no está en las condiciones idóneas— explicó—. Es más, creo que no

cumple ni una sola condición para estar capacitado. Seguir lo más cercano a la

tradición sería entregar nuestro reino a quien quisiera tomarlo.

Tulden. Se dice que su vigor llegó a ser similar al de su hermano mayor, al menos hasta que la plaga lo atacó. Sus hijos fueron asesinados, su esposa huyó

del reino, y el general Tulden cayó en una depresión de la que nadie nunca pudo

sacarlo.

Hoy en día sería imposible juzgar su edad, pues parece cien años mayor, apenas

capaz de levantarse de su cama. Nunca se supo si en verdad la flecha que pasó

cerca de su columna fue la causante o si, como todos sospechaban,

sencillamente

se había respondido.

Y, oficialmente, me quedé sin respuestas ni alternativas.

— En ese caso no tengo idea, mi princesa— me sinceré—. ¿A cargo de quién queda el reino?

Zayla sonrió.

— A cargo tuyo, Bronn.

* * * *

Era una broma. Tenía que hacerlo. Mi indiscreción contra Nurten había sido garantía de castigo.

Por lo que Zayla me convocó para sacar explicaciones, engañarme, burlarme, y

posteriormente mandarme a las celdas que serían mi nuevo hogar. ¿Qué mejor manera de caer de la gracia, que segundos después de haberte sido anunciado que tendrías el reino en tus manos?

— Puedo ver que no me crees, y entiendo el por qué— su sonrisa seguía en su

cara, aunque algo menos dibujada—. No te culpo. Tampoco te miento. Esta falta

de rey no es una sucedida por causas naturales, sino producto de la guerra.

>>Alguien como yo nunca entendería todo lo necesario para ganarla y finalizarla. Está Nurten, claro está, quien quizás se parezca en exceso a ti, no tan

pródigo en política y sí mucho más en el combate, pero no al nivel tuyo. Eso quedó demostrado con lo que me comentaron de su enfrentamiento reciente.

>>Él te atacó para matar, y tú solo te defendiste asegurándote de no hacerle daño. Eso atestigua hacia habilidades mayores, además de toda la fama que te precede. Y sí, de acuerdo a la tradición, no tienes la sangre de la realeza.

>>Aunque no vas a chocar frente a los ojos del pueblo al ser la primera reina como pudiera ser yo, o al haber sido engendrado producto del adulterio. Nadie nos seguiría a Nurten o a mí como a ti, Bronn. Y bueno, de mi tío Tulden está

demás hablar.

Esta era probablemente una de las cosas más desquiciadas que había escuchado

en mi vida. Sí, Zayla tenía razón en todo, pero, ¿yo rey? ¿El hijo del herrero sentado en el trono? No tenía sentido. No había forma de que hubiera sucedido.

Y aquí estás, Bronn, con la decisión en tus manos...

— Mi princesa— empecé—. Si al final eligiera no aceptarlo...

— Eso no es una opción— me atajó—. Sigo siendo la princesa, el cargo más alto

que existe hoy por hoy en Zimbela. Eres mi súbdito, y como tal te ordenó a ser el nuevo rey. No hay manera de refutarlo.

Bueno, en mis manos no hay decisión alguna.

— Usted dice que seré bien visto, pero, ¿cómo lo sabe? ¿Qué me diferencia a mí

de cualquier otro guerrero, soldado o hijo de herrero frente a los ciudadanos?

— ¿Crees que esto fue idea mía?— Zayla volvió a sonreír— Me encantaría, pues

sería muy inteligente de mi parte, pero no puedo darme el crédito. No, mis

soldados lo escucharon a lo largo de las calles. Gran parte del pueblo quedó encantando de tu discurso en la puerta.

Esto cada vez sonaba más y más... ¿Loco? ¿Bueno? ¿Lo que siempre deseé?

— Mi princesa— dije una vez más—. No le discutiría nada de lo que acaba de

decir. Lo que es innegable es que no tengo ningún conocimiento de política, más

que lo que se ve desde fuera. Vi las órdenes y decisiones del rey Sergen, pero nunca estuve en un consejo. ¿Cómo puedo estar capacitado para ello?

— Pues por ello me tendrás a mí— respondió—. Seguiré siendo princesa, y seré

tu mano derecha y consejera. Toda decisión que tomes será consensuada

conmigo, aunque tengas la última palabra. Y entre los dos nos encargaremos de

lograr todos los objetivos para con nuestro reinado.

— ¿Cuáles son esos objetivos?

— El primero, ganarnos al pueblo— dijo Zayla—. Sobre todo, tú. Que muchos

te acepten y deseen como líder no significa que eso sea todo. Muchos se opondrán.

>>Empezando por la parte militar, quizás la más importante en estos tiempos. Y

como mujer tampoco es que mi bendición baste para que todos se monten en tu

barco. Debemos, y debes trabajar de modo que no haya una sola alma en

Zimbela que se oponga a ti.

— Así será, mi princesa.

— Llámame Zayla.

— Zayla— me excusé—. ¿Y el otro objetivo?

— Pues vengar la muerte de mi padre.

* * * *

Ganarme al pueblo, y vengar al rey Sergen. Solo dos objetivos, que distan de ser fáciles tomando en consideración todo lo que conllevan.

Ese mismo día Zayla hizo la presentación frente al consejo. Muchas dudas y reticencias fueron presentadas, aunque más en forma de miradas que en palabras.

Supongo que será cuestión de hechos convencerlos.

Una mirada en especial presentó sus dudas. Y no era por no creerme capaz, sino

por algo más similar al odio. Vamos, ¿cómo puedes culparlo?

Lo humillaste frente a todo el pueblo. Tienes el trono, que quizás le correspondería a él por ser hijo del rey. Y, además, fuiste elegido precisamente por la mujer que ama y con la que comparte techo y cama.

¿Cómo no puede odiarme Nurten, si fui elegido por Zayla, su amante?

4

Antes que cualquier otra cosa, la prioridad es poner a tope nuestras defensas. No solo por la amenaza latente de Los Forasteros, sino por todo lo que esconde la noche.

Hacía décadas que no debíamos preocuparnos por ello. La plenitud de

Zimbela,

el poder de su ejército y el constante movimiento de ciudadanos había generado

una aparente normalidad. Y no hablo otra vez de la paz que ayudó a instaurar el

rey Sergen. No. Hablo de las criaturas de la luna.

La magia es algo poco común ya. Hubo una época en que los hechiceros eran el

frente de ataque de todos los reinos, y quien mejor manejara esas energías, más

oportunidades tenía de subsistir.

Los soldados no eran más que una herramienta de los magos y brujas,

encargados de transportarlos, protegerlos, y distraer al enemigo. Las batallas no se ganaban con las espadas, y ser un capitán, general o comandante no era precisamente el rango más digno al que se pudiera aspirar.

Si nacías con el don de la magia, tendrías una vida privilegiada. Si no era así, estabas destinado a ser un mendigo.

Era imposible contar la vasta cantidad de individuos que se exprimían intentando

“crear” magia en ellos, buscando remedios que terminaban envenenándolos o navegando toda la tierra con tal de instilar en sí mismos el don.

Y el surgir de la magia tuvo su decadencia. Los hechiceros hallaban más y más

maneras de proliferar en su arte, al punto en que empezaron a salirse de control.

Creando criaturas despiadadas y fieras, absorbiendo el poder de sus propios hermanos y, la gota que derramó el vaso, experimentando en otros humanos.

Inclusive niños. He ahí el comienzo de su fin.

La gran ironía es que fuera Ironden, el reino de reinos y que dominaba a todos

los demás gracias a su magia, quien la prohibiera y empezara una cacería sagaz

detrás de quienes la practicasen. Se pudiera decir que perdieron su ventaja, y varios siglos después llegaron a su fin.

Pero atacaron a otros pueblos repletos de hechiceros, y su ejemplo se pregonó.

El elemento definitorio vino a ser la aparición de los bárbaros, un pueblo más primitivo que el resto que aborrecía toda la magia. Nunca ganó prominencia ni

plenitud, a cambio de mantenerse siempre al ataque de todo hechicero o bruja.

Ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que se divisaran practicantes.

Pero sus bestias quedaron como legado. Aquellas criaturas, exclusivas de la noche, eran algo más allá que animales. Lagartos gigantes con lenguas tal cual látigos, cuya lentitud no les impedía cazar a destajo.

Leones negros con melenas blancas, tan veloces como cualquier caballo y con zancadas inigualables. Águilas con garras venenosas. Solo son algunas de las que han sido enfrentadas constantemente, aunque las leyendas y rumores hablan

de muchísimas más.

Y han vuelto. Ya varias semanas han pasado desde la caída del rey, y los

avistamientos—igual que las desapariciones—son cada vez más frecuentes. No puede ser casualidad. Es cierto que hemos tenido que descuidar nuestras aldeas

más lejanas, y que Los Forasteros han puesto algunas en llamas.

Pero no creo que sea suficiente como para que las criaturas sintieran debilidad y se acercaran. No, tenía que ser algo más. Están siendo cortejadas y acercadas.

Los mismos hombres que están atacando salvajemente nuestro reino quieren traer a la maldad en carne y hueso para perpetrar nuestra destrucción.

Y, por eso, mi prioridad como líder de Zimbela es clara y única—tener a mi pueblo preparado. Es una pena—y mucho más que eso—los terrenos que nos están siendo incinerados a lo largo de nuestra periferia, pero no hay otra opción.

O es eso, o es repartirnos y exponernos a ser derrotados en todos lados. Ya habrá tiempo de marchar, sin lugar a duda. Por ahora hay que aguantar con fuerza cada

embestida de los enemigos. De Los Forasteros por el día, de las criaturas por la noche.

Puede que Zayla tuviera o no razón en mi nombramiento, aunque hay algo para

lo que nadie puede superarme—para tratar con estas criaturas. Pues sí, soy un guerrero como cualquier otro, pero crecí especializándome en la cacería.

Y el mejor soldado puede toparse con una bestia salvaje y no durar ni cinco segundos. Eso es trabajo para un cazador, para alguien capaz de meterse en la cabeza del animal y adivinar su próximo paso. De anticipar el ataque y asesinarla por su único punto débil.

Al menos puedo añadir otra decisión acertada a mi récord—la persecución a medias de los Forasteros. Algunos puntos gané frente al pueblo por ello.

Tal como anuncié, no todos los sobrevivientes habían huido hacia su grupo, sino

que algunos habían doblado sus huellas para mantenerse cerca de la capital y alertar de nuestros movimientos.

No esperaban que mis exploradores lo supieran, y solo uno de los nuestros cayó

a cambio de todos ellos. Así que no tienen manera de alertar de nuestros movimientos. No todavía.

Nunca habían tenido tanto trabajo nuestros herreros. Cada edificio, cada muro, cada torre, todo llevó la máxima dedicación para fortificarnos al máximo. Lo que no era más que una simple capital empezó a transformarse en un fortín.

La ciudad estaba mucho más poblada, lo que podía representar un problema a largo plazo, pero lo primero lo primero. Corto y medio plazo, porque de lo contrario no habrá un largo por el que preocuparse.

No hubo ciudadanos sin una tarea asignada. Incluso aquellos más pobres, mendigos, sirvientes, se les empezó a instruir otros artes—bien fuera arco y flecha, o cuidar animales, o arar el campo, estábamos preparando quienes fueran

a heredar tareas más afueras. Y, en especial, repoblar todo aquello que hubiera sido atacado o invadido.

Mi oposición era palpable. Tal como dijo Zayla, la milicia era la primera. Estaba el hecho de que me consideraban un semejante, nadie quien pudiera estar por encima de ellos.

A pesar de vencer a muchos en entrenamientos y torneos, no les cabía en la cabeza. Y el ejército de Zimbela era algo exclusivo. El más fino de todos los reinos, sí, preparado especialmente. Y que ahora campesinos estuvieran siendo formados y recibiendo armaduras era hasta una ofensa.

Igualmente estaban los jefes de clanes. Puede que algunos desearan ascender, aunque la principal razón de estar en mi contra es lo que les estaba quitando

—
nadie podía permanecer cómodo.

Si no eran miembros del consejo participando activamente, debían ponerse a la

obra, generando para el reino de cualquier manera.

En recursos, en combate. Y ya no tenían sirvientes, ni mayordomos, ni obreros,

pues habían sido distribuidos en cierta tarea. Mi nombramiento no había hecho

sino despojarles de muchos de los lujos que tanto atesoraban.

Vaya ironía, ¿no? Lo único que tengo en mente es salvaguardar nuestro reino, pero a los ojos de cualquiera lo que estoy es generando una revolución socialista.

Ascendiendo a los de abajo, poniendo a obrar a los de arriba. Todos pensarán que el hijo de herrero está castigando a las clases más altas.

Suerte que, al parecer, tengo a Nurten de mi lado. Nadie pierde tanto por mi nueva posición como él, pero desde esa mirada que pareció bañarse en odio, está

de mi lado.

Mucho habrá tenido que ver la influencia de Zayla, que, si es mi mano derecha,

su amante es mi mano izquierda. El primero en esperar mis órdenes de combate

y repartirlas a lo largo de todo el ejército, aplicando su fiereza.

Puede que, después de todo, Nurten entienda mejor que nadie la razón de no ser

el rey de Zimbela. En su discurso en la periferia de la capital jamás utilizó la palabra padre. Simplemente se refirió al rey y a vengarlo.

¿Por qué lo hizo? No es un bastardo secreto—siempre se ha sabido de su ascendencia. Es porque sabe que su concepción es considerada un error de hoy, y

sacarlo a la luz es recordar la mancha en su legado.

Y tampoco es que sea muy bien vista su relación con Zayla. En nuestro reino es

muy común el matrimonio entre hermanos y hermanas, y ellos ni siquiera comparten sangre completa.

Desde muy pequeños jugaron juntos, siempre el rey intentando unirlos. Y los juegos llevaron a la confianza en la adolescencia, y cuando entraron a la adultez ya se estaban acostando. Por alguna razón nunca se quisieron casar—un hecho que probablemente habría cimentado la elección de ellos como rey y reina, sin duda alguna.

Mi percepción de Nurten siempre fue una rara. Solo tratábamos en el campo, sin

haber compartido ni una copa tras batallas. Lo envidiaba, teniendo un puesto tan alto y acostándose con esta mujer tan hermosa a quien siempre había adorado con mis ojos.

Y, al mismo tiempo, lo comprendía. Estar fuera de lugar, en todo momento marcado por quien eres—él como bastardo, yo al haber salido del fondo más bajo de nuestro castillo. Con todo el mundo presagiándome que no llegaría lejos.

Y heme aquí. Sentado en el trono, dando órdenes, y viendo a diario a esa mujer

que me parecía esquivada.

* * * *

A diario, y eso es no darle justicia a la verdad. Pues mi consejera estaba allí siempre. Por lo general aceptaba todas mis decisiones, pero añadía uno u otro detalle necesario—la manera correcta de decir las cosas, la elección de uno u otro líder de clan para una tarea, cada fuente de recursos y su repercusión en nuestra economía. Zayla lo sabía todo.

Hasta los detalles más pequeños, como la vestimenta que debía utilizar para gustar al pueblo—una mezcla de rojo con dorado, colores llamativos para tener

la atención, combinando el color de la sangre, de la batalla, pues ese soy yo, un guerrero, con el dorado de la plenitud.

O cómo sentarme en el trono. O los alimentos que mejor contribuían a mi nutrición o bienestar. Repito, lo sabía todo. Y si algo se le escapaba, se le debía escapar a todo el mundo.

* * * *

¿Dar órdenes? A pesar de solo haberlo hecho con mis cazadores y exploradores,

se me da fácil. Una vez tengo la convicción de que algo es lo correcto para el pueblo, no tengo problema en decirlo y ponerlo en práctica.

¿Escuchar y aprender de mil asuntos al mismo tiempo? Exactamente igual a estar de cacería, cuando debes usar todos tus sentidos para perseguir a tu presa.

¿Mantener el tipo, sabiendo cuando responder a una mala palabra y cuando dejarla pasar? Soy una persona paciente, no hay problema.

¿Y pasar tanto tiempo junto a Zayla? Eso sí es una tortura.

Al comienzo no le di mucha importancia. Es lo que tocaba. Pero cada vez se

hace más complicado, conforme tengo que verla hacer todo eso y tan bien. Y no

importa el estrés bajo el que esté o las largas horas, siempre se ve igual de bien.

Sus facciones no dejan de resaltar, tanto de su rostro como de su cuerpo, hincándose y asomándose al caminar. Sus movimientos son todos sueltos, y se desenvuelve con naturalidad.

Y, por muy difícil que sea verla, su sonrisa... Mejor no hablar de su sonrisa, pues corro el riesgo de caer en más peligro.

Lo había contenido. Hasta que, debatiendo asuntos de comercio con otros reinos

a solas, una brisa congelada entró a la sala y la hizo sentir desnuda—no había abrochado todos los botones de su túnica.

Un descuido normal, teniendo en cuenta que como princesa había estado acostumbrada a tener sirvientas desde su primer día y tenía que encargarse de esas trivialidades.

Pero eran los botones de su espalda, a los que no tenía acceso. Y...

— ¿Podrías abrocharme, Bronn?

¿Cómo puede negarse el rey a ello? Y mientras lo hacía, sentí el calor de su piel a centímetros de mí, su dulce fragancia—¿de su cuerpo o de alguna loción?—, y

la nitidez de su piel. Segundos de tormento, que se hicieron peores por la lentitud con la que lo hice. Y me hubiera tardado mucho más, todo con tal de estar tan

cerca de esta mujer.

— Gracias— y otra vez su sonrisa.

¿Y si...?

¿Y si buscara ganarme la aceptación del pueblo para convertirme en el verdadero

líder de todos los clanes? ¿Y si pusiera firme y sin riesgo a dudas mi posición?

¿Y si me arriesgara todo, para terminar ganando mucho más?

¿Y si me gano el corazón el Zayla?

5

Necesito cazar.

No Forasteros. Tras acabar con aquellos que se habían quedado cerca de nuestra

capital, no tuvimos avistamientos salvo aquellos atacando nuestros terrenos más

alejados.

¿Animales? No es tan buena idea, tomando en cuenta que los necesitamos más

que nunca para alimentarnos, y ya bastantes de nosotros se pusieron a la labor de traer la comida a la mesa.

¿Qué me queda?

Pues claro, las criaturas de la noche.

* * * *

Si cazar animales no es tan buena idea, ir detrás de las bestias es haber

perdido la cabeza. Pero lo necesito.

Necesito una manera de drenar todas las energías que estoy conteniendo, además

de que tarde o temprano tendré que sacar a Inferno y enfrentar a la hueste de Forasteros. Practicar dentro de nuestras paredes nunca me tendrá al nivel que se requiere. Nada como la sangre y el miedo de verdad para estar enfocado en lo que viene.

Y, también, necesito alejarme de Zayla.

Cada vez es peor. Tenerla a la distancia nunca fue un problema. Verla ocasionalmente no producía ninguna tentación irresistible. Y me distraía con cualquier cantidad de mujeres del pueblo, siempre prestas—pues, después de un

rey, nada calentaba tanto la sangre como ver a un guerrero llegado desde más allá con sangre en su espada.

Incluso, cuando las volteaba para que enterraran su cara en su almohada, a veces hasta pretendía que era Zayla. Cualquier morena de cabello oscuro era un buen

reemplazo, y me daba un pequeño extra de energía para follarla con más intensidad.

Pero ahora nada de eso es una opción. Un rey no puede—corrijo, no debe estar

follándose a cualquier mujer que decida abrirle las piernas. No tengo otra manera para descargar mis necesidades que, por mi cuenta, y eso jamás se comparará a sentir la piel—y el interior—de una mujer.

¿Y las tentaciones? Nunca en la vida han corrido con tanta fuerza. Verla cada hora, oler sus fragancias, sentir su presencia. Si alguna vez dije que era tortura, me estaba quedando corto.

Y poco ayuda el duro afán que Nurten está poniendo con nuestro ejército.

Pasa

largas horas en las barracas, recorriendo los campos y entrenando, lo que le distancia mucho de Zayla.

Si tuviera que verlos juntos, quizás me sería más sencillo aguantarme. Frenar la tentación. Pero no. Siempre está sola, bien sea en el comedor, en la sala del trono, en la biblioteca. Sola para mí...

Tampoco ayuda mi subconsciente. Cada dos noches tengo el mismo sueño, poco

a poco desenvolviéndose a mayor amplitud. Al comienzo, solo estaba sentado en

el trono, sin nada en mi cabeza, sin nadie más. Pero cada vez llegaba más allá.

Anoche fue suficiente para hacerme perder el sueño.

Porque mi soledad en la sala no duraba mucho—Zayla aparecía, con una corona

en su cabeza y otra en manos. De a poco se acercaba, las luces de los ventanales iluminándola y oscureciéndola por igual. Una vez llegaba hasta mí, posaba la segunda corona en mi cabeza, y me daba una sola orden.

Y por supuesto que yo la cumplía—desgarrando de un solo impulso su blusa verde. Y allí, desnuda, con su cuerpo tal como lo imagino, se montaba encima de

mí. Mi armadura desaparecía, y empezábamos a follar sobre el trono.

No había necesidad de calmarse—desde el primer minuto lo hacíamos con

violencia, mi pene sintiendo la humedad dentro de sí, y Zayla jalando mi cabello con violencia. Más y más rápido, hasta que era tal el afán que el trono caía en pedazos debajo de nosotros. Y...

* * * *

Ya despierto, no podía permitirme estar soñando eso todas las noches. Ni desvelarme. Ni desear a la mujer que no puedo tener. Así que decidí que nada como encontrarme a mí mismo. Donde nací y crecí—con Inferno en mano.

Un arco y flecha pudiera ser mejor, pero no con estas bestias. La mayoría son tan veloces que poco te daría tiempo de divisarlas antes de poder soltar un ataque.

Lo mejor, entonces, es armarte para la guerra. Y dejar que tu espada cantara.

No atacaban ciudades estas criaturas, mas no perdonaban cualquier aldea o campamento. Y, por mi cuenta, me aventuré hasta un pequeño poblado en el que

se quedaban algunos extranjeros.

Todos habían sido comidos—pues no quedó más rastro que su sangre y algunos

huesos—, apenas hacía una noche, por lo que no podía estar lejos el autor.

Zayla se opuso a que saliera en esta cacería por mi cuenta. ¿Cómo puede arriesgarse el rey así? Pero tuvo el buen sentido para no armar un espectáculo ni traer a más nadie a la discusión, y me dejó ir, sabiendo que esta decisión me la echaría en cara luego.

Razón tenía—era un riesgo enorme el que estaba tomando, y sería una tristeza para Zimbela perder a dos reyes en menos de dos giros de luna, a pesar de que el segundo aun no hubiera sido coronado.

Nada de eso me detuvo, y aquí estoy. Mi única luz es la de la luna. Las antorchas serían un suicidio. La mayoría de estas criaturas son ciegas, parte del precio a pagar al ser creadas por los hechiceros.

Pero eso no hacía sino agudizar los demás sentidos. El fuego me daría visibilidad que no ganarían ellos, a cambio de darles una fuente enorme de altas temperaturas que me hacían un blanco imposible de no divisar.

Descalzo, no había más ruido que el de mi respiración, la cual podía mantener a

un ritmo pausado que no diera pistas. Esperaba encontrar a una de las tres más

conocidas, pues cualquier otra representaba un misterio que no me convenía desentrañar en este momento, y sin compañía.

Y pronto lo encontré. El manjar que se había dado la noche anterior había sido

suficiente para llenarse por una semana, pero era imposible que lo engullera todo tan rápido. Como cazadores que son también, debían haber enterrado algunas de

sus presas para sacarlos a la luz de la luna hoy y continuar. Así fue.

Allí estaba, con su imponente tamaño, uno de los gigantescos lagartos. El trabajo de ayer pareció mucho más de una jauría de leones, aunque un solo lagarto podía

hacerlo.

Los cuerpos frente a él yacían muertos—simplemente los estaba remojando en un arroyo. ¿Para humedecerlo y facilitar digestión? ¿O enfriarlo? No es como que vaya a poder leer sus pensamientos.

Claro, una vez que quiebre su cabeza y desparrame su cerebro, quizás tenga mejor idea.

* * * *

El arroyo me ayudaba más aun—un sonido más fuerte que el de mi respiración,

y un reflejo constante de la luna que beneficiaba a mis ojos. El lagarto es la más lenta y poco atenta de estas criaturas, aunque la más letal.

Un solo latigazo de su lengua o un mordisco bastaba para hacerte hincar la rodilla. Se trataba todo de ser preciso, y de asentar el golpe en el lugar adecuado en el momento adecuado.

¿El lugar? La región blanda por debajo de su cuello. Degollarlo, vamos. ¿El momento? Ya, mientras está tragando. No hay mejor forma que agarrarlo desprevenido.

En varias zancadas certeras recorté la distancia, y blandiendo Inferno me preparo, intimidado por el enorme tamaño de casi siete metros, cuando...

Un sonido voraz. Un quejido. Un chillido del águila que se abalanzó sobre mí. O

era uno, o el otro—y como me convenía mantenerme con vida, lancé Inferno contra el ave, logrando cortar una de sus patas. Y, por supuesto, despertando la atención del lagarto, el cual se volteó hacia mí.

No me daba tiempo de correr, pero sí de deslizarme—me lancé hacia el arroyo y,

pese a su poca profundidad, fluí por él lo más que pude.

Escuché el certero sonido de la lengua lanzándose y del águila aun quejándose,

ya a suficiente distancia como para haberme salvado. Aunque, eso sí, la cacería

se había acabado. Lo que quedaba era el combate.

El lagarto estaba acercándose por el mismo arroyo. Sabía hacia donde había ido, pero no iba a poder seguirme por mucho tiempo. Entonces, ¿cómo lo hacía? En

ningún momento dudó de la dirección que debía tomar. No me podía ver, lo que

escuchaba era el arroyo, lo que quedaba era...

Olerme. Y más que a mí, a la sangre fétida del águila en Inferno.

Tiré la espada hacia la orilla, y el leve giro del cuello del lagarto me indicó que eso era lo que seguía. Perfecto. Y a ese mismo cuello me acercó a toda velocidad, habiendo dado una vuelta para salir del arroyo, y sacando mi cuchillo de caza.

Y, una vez el lagarto dejaba pasear su lengua por la orilla y probando el frío acero con sangre, usé mis dos brazos para clavar el puñal con toda la fuerza que me fuera posible en su cuello.

Cual palanca, jalé, abriendo centímetro a centímetro su zona cervical, desparramando sangre sobre mí. La única manera de saber que estaba

falleciendo la bestia—sin garganta para producir sonidos. Bueno, eso y su caída

inerte sobre el suelo. Vencida.

Cazada.

* * * *

Una sonrisa de satisfacción vino a mí, solo por un segundo, pues seguía el águila, que podía seguirme por muchísimas millas a la redonda. No hizo falta eso—la oscuridad no pudo ocultar el aleteo del ave, acercándose a mí a toda velocidad.

Tuve que saltar para esquivar su pico, pues no tenía la espada a mano, y el puñal no iba a darme la velocidad suficiente. Las plumas pasaron al lado mío y, tras un pequeño dejo de dolor en mis pies, impactó contra el suelo y retomó el vuelo.

Quedaba un ataque. O era ella, o era yo. Y cuando llegó, era evidente que iba a

ser yo—ya tenía a Inferno en mano, y la dejé cantar en el aire para llevarme con una nítida estocada la cabeza del águila. Dos criaturas de la noche decapitadas, que no podrán volver a rondar nuestros territorios nunca más.

Inferno estaba bañada en sangre vino tinto y verde oscuro—una del águila, y la

otra del lagarto, respectivamente. Sus cuerpos yacían inertes.

Se podría decir que logré proveer comida también—mañana traería a algunos exploradores, al menos dos docenas, para jalar al lagarto a la capital y cocinar sus carnes. Tenía suficiente para brindar un almuerzo para todo nuestro reino. El águila, nada que ver—su veneno asesinaría a quien la mordiera.

Y hablando de veneno...

Allí estaba el pequeño deajo de dolor en mis pies—una úlcera sangrante que, por

alguna razón, se veía muy oscura bajo la luna.

Entonces entendí—el águila no había fallado. Mi tronco la había esquivado, pero

su pico se había clavado en mi quinto dedo del pie. Lo que significaba que había instilado su veneno, y que en minutos—o segundos—ya estaría recorriendo todo

mi cuerpo.

Solo quedaba algo que hacer, y menos mal que no soy un hombre de dudar, mientras mi cuchillo de caza es clavado en mi dedo para cortarlo.

Y si Los Forasteros querían un aviso, debió ser ese. Porque mi grito de dolor fue tal que debió haberse escuchado en cada uno de los reinos.

* * * *

Cojeando llegué a la ciudad, donde no acepté más ayuda que un caballo que

me

llevara hasta el curandero. Hierbas y fuego fueron guiadas hasta mi dedo, para evitar infección y ayudar a cicatrizar.

Bastantes brebajes bebí, perdiendo la cuenta de cuáles eran para el dolor, cuáles para infección, cuáles para mantenerme despierto, y así y así. No suelo abusar de remedios para heridas, pero acabo de cortarme un dedo, hostias. Si no es algo que amerite tratamiento fuerte, no sé qué lo será.

Ya para cuando abandoné al curandero, aun cojeando, calculé que los exploradores debían estar llegando al cadáver del lagarto. Ojalá no lleguen tarde.

Sería muy triste que yo haya tenido que batirme en duelo con el animal para dejar sus restos como cena de Los Forasteros, o de otras criaturas. Espero que me guarden un pedazo mañana. Creo que lo merezco, ¿o no?

Hay una diferencia entre estas criaturas y los humanos—son muy cautas.

Cuando muchos grupos contraatacarían al haber sido vencidos, en un brote de ira, las bestias de la noche solían tomar refugio y esperar algunos días antes de volver a aparecer.

Y habiendo tomado la vida de dos, creo que nos garantizamos algo de calma por

unas noches. Ordené a los centinelas nocturnas a tomar sus turnos de dos en dos, en vez de tres en tres. Tampoco es que nadie puede relajarse.

Y llegué al castillo, escalando con dificultad hasta mi cuarto, preparado para tomar un descanso después de tanto esfuerzo...

Pero eso iba a tener que esperar. Porque en la silla de mi escritorio estaba sentada Zayla.

* * * *

— Más probable habría sido que murieras a que volvieras— dijo Zayla.

— Aquí estoy, ¿o no?

— ¿Sabes lo que le haría a este pueblo perder a otro rey tan rápido? No sé si pudiera recuperarse de un golpe así.

— El pueblo es más fuerte de lo que piensas— contesté—. Y yo también.

— Sí, de eso no tengo duda.

Zayla miró el piso.

— Pero eso no borra que me preocupe por ti.

Una frase que me habría vuelto loco en cualquier otro momento, debatiendo sobre mi deber. Pero acababa de salir de cacería, de temer por mi vida, de esparcir sangre por los territorios, de ver a un enemigo ojo a ojo y de perder un dedo. Tenía la serenidad para afrontar esto de mejor manera.

O, al menos, eso creía. Porque loco no me volví, aunque sereno tampoco.

Y soltando a Inferno en el piso, recorté la distancia para besar a Zayla.

6

Nada podían importarme los votos, los dioses, o la moral—lo único que quería

en ese momento era besar a Zayla.

Como si fuera mi espada cayendo con delicadeza sobre el enemigo, mis labios se

posaron sobre los suyos, expandiéndose nuestras bocas con suma rapidez para acoplarse la una a la otra de una vez. Y cerrándose, y abriéndose, conforme se conocían la una a la otra con total sincronización.

Y de inmediato mi lengua impactó contra su lengua, y mis brazos se

abalanzaron

sobre su cuerpo. Todo lo que se asomaba debajo de sus túnicas y vestidos era como lo imaginaba, o hasta mejor—no había un resquicio de su cuerpo que no

estuviera hecho con aquella firmeza, amoldado para ser tocado por mí.

Su estrecha espalda, la concavidad que bajaba por su región lumbar, y la convexidad que formaban sus glúteos. Los dos amplios, cada mano mía siendo

insuficiente para sostenerlos.

Como yendo de pulgada en pulgada, nos acercamos a una ínfima velocidad a la

cama—toda nuestra atención estaba puesta en lo que hacían nuestros brazos, ahora sintiendo su mano en mi abdomen, y en nuestras bocas.

Pero los cuatro pies tenían una misión diferente, recortando la distancia hasta que las pantorrillas de Zayla sintieron el toque de las sábanas, ¿y qué más quedaba por hacer? Con una delicadeza inusual en mí la acomodé en la cama, y

ahí yacimos los dos, continuando nuestro beso.

La mano de Zayla bajó hasta apretar con fuerza mi hombría por encima de mi ropa. Apretar hasta donde podía, claro, pues ya estaba bastante tiesa.

Y al mismo tiempo mi boca bajaba para besar su delicado cuello, la parte con menos firmeza de su cuerpo, con un sabor dulce que no podía ser natural de ella

—era lo más delicioso que yo hubiera probado.

Entonces puse mis dos manos en acción—la izquierda, encargándose de mi ropa

para que Zayla tuviera acceso a mi pene entero; y la derecha, apartando parte de la blusa de ella.

De reojo pude ver un seno de moderadas dimensiones, a mitad de camino entre

manzana y melón, con una sí amplia areola oscura. Y allí, en todo el medio, un pezón firme.

Mi mano izquierda acercó mi pene a Zayla, y mi boca bajó por su pecho para entregarse al hermoso seno de mi mujer...

Y todo terminó.

* * * *

No habían pasado ni cinco segundos cuando ya Zayla estaba sentada, volviendo

a esconder su seno dentro de la blusa.

El silencio se prolongó por bastante rato, ya que todo mi cuerpo y mente aún estaban esperando que volviera a desvestirse y prosiguiéramos con lo que estábamos. Pero, al verla levantarse, me di cuenta de que no iba a ser así. Hostia.

— Zayla...

No tardé en levantarme detrás de ella, escondiendo también mi pene y acomodando mi cabello.

— Disculpa, Bronn. Fue mi error.

— ¿Pararte de la cama?— pregunté con tono jocoso— Sí, por supuesto, pero seguimos a tiempo de volver.

— Hablo en serio. Esto no puede pasar.

— Ya empezó a pasar. ¿Qué tanto daño puede hacer un poco más?

— Bronn— replicó de manera tajante—. Deja el juego.

— No estoy jugando— yo también podía ser tajante.

— Ni mucho menos yo. ¿Estás consciente de todo lo que esto implica?

Dejé que el silencio hablara por mí mismo—¿qué me importaba?

— Yo tengo pareja—dijo Zayla—. Nurten. ¿Te acuerdas? Hijo del difunto rey, comandante. En este instante debe estar esperándome en nuestro cuarto.

— Está bien, ¿y?

Zayla me miró sin terminar de entender.

— Me estás hablando de deber— contesté—. De lo correcto, de lo moral. Pero,

¿por qué estabas en mi cuarto?

— Estaba preocupada por ti. Por el bien del reino.

— Y con tal preocupación no había problema alguno en esperarme en la entrada

del castillo, o en el cuarto del trono, o tan siquiera en la periferia de la capital.

No, estabas en mi cuarto, en mi cama.

— Ajá, ¿y?

— ¿Y qué te dice eso? Olvídate del deber. ¿Qué es lo que quieres?

— ¿Crees que lo que deseo es dejar a Nurten y estar contigo?— preguntó.

— Yo no dije eso, sino tú. Te toca responder.

Zayla simplemente negó con la cabeza.

— Estás muy equivocado— dijo finalmente, empezando a avanzar hacia la puerta—. Y espero que estos designios no los mezcles en ningún momento con

tu capacidad de liderar nuestro reino, pues más que nunca debes estar centrado.

Tras franquear la puerta, Zayla la cerró tras de sí. Y el silencio quedó allí, conforme mi pene terminaba de perder su solidez y quedaba tan flácido como había estado al entrar a mi cuarto.

* * * *

Bueno, por mezclas no tenía nada de qué preocuparse Zayla.

La siguiente mañana fue invadida por un poderoso olor a todo nuestro alrededor.

Como si fuera una última venganza, las carnes de los lagartos bajo cocción— puede que el de anoche haya sido el más grande en mi haber, mas no el primero

—emitían una esencia de esas que se adentran y colapsan tu nariz.

La mayoría de cocineros, aquellos no versados, desistían y la desechaban. Pero

el truco era persistir. Dejar que el fuego continuara con su labor, y aguantar, hasta que el olor terminara de desaparecer.

Y entonces te quedarían unas hermosas carnes magras rojas, con un sabor jamás

conocido en esta tierra, las cuales saciaban tanto tu hambre como tu gula de un

solo golpe.

Una vez todo estuvo listo para ser comido en el almuerzo, pequeños trozos fueron repartidos a todo lo largo del pueblo. Mientras las pruebo, por instantes me transporto a otra época—aquella en que al adentrarme en el campo no sabía

si iba a sobrevivir. Con decir que así sé que podemos consumir estas carnes.

Tal era nuestra inanición que nos veíamos obligados a arriesgarnos a comerlas,

así de olorosas, cuando lo más probable es que nos depararan veneno y el final

de nuestras vidas.

Del mismo modo que supimos que la carne de los leones también es comestible,

y que la de las águilas no. En algún bosque lejano reside la tumba cavada a medias de Liorden, mi compañero quien cayó por culpa de ese veneno.

Ahora, lejos de la intemperie y del estatus que tenía para aquel tiempo, todo se siente tan diferente y parecido a la vez. Sigo luchando, y siento que nunca podré conformarme.

Por lo menos mi misión actual sigue progresando—¿qué mejor manera de

ganarte a tu pueblo que saliendo a cazar y proveyéndoles el almuerzo con los despojos? Igual labor tuvieron, por decisión propia, las guardias, quienes repartían la historia—la bestia había sido cazada por mi propia espada, sin ayuda de nadie más. Ellos eran los testigos de que no había compañía al abandonar la

capital.

Y por allí por donde pasara recibía agradecimientos y veneraciones, incluso de algunos miembros del ejército. Nurten estaba haciendo su labor, y todo

procedía

acorde a lo debido.

Nurten. El hombre quien poseía a la mujer que deseaba.

¿Qué iba a hacer con Zayla? Si la tentación ya se había disparado al punto en que se hacía incontenible, ¿qué decir de ahora? Cuando ya había probado su boca, su dulzura, y sabía las maravillas que atesoraba su cuerpo.

Salvando un tesoro en particular, aquel que yacía entre sus piernas, y que más pronto que tarde debía ser mío...

E iba a serlo.

Pero, fiel a mi promesa, me mantuve centrado en Zimbela. Sobre todo, con la misión más inmediata—retomar las pequeñas aldeas cercanas que habían sido arrasadas por las bestias.

Sabiendo que no iban a acercarse en los próximos días, podíamos repoblarlas y fortificarlas día y noche, de manera que avanzáramos nuestras líneas frontales.

Ya la capital estaba más que protegida ante cualquier ataque, y el próximo paso

era aumentar nuestro alcance. Poco a poco y cada vez más.

El tercio más cercano había sido víctima de las criaturas de la luna, y pronto sería nuestro de nuevo. El tercio medio seguía batallando y produciendo al mismo tiempo, y apenas pudiéramos debíamos fortificarlo. Y el tercio distal prácticamente lo habíamos tenido que abandonar, y era aquel bajo el yugo de Los Forasteros.

Así, retomando de a poco, íbamos a lograr tomar el control de nuestro reino y terminar no solo frenando el ataque que se avecinaba, sino exterminando a aquellos deplorables hombres.

* * * *

Puedo hacer dos cosas a la vez. Aun siendo una de esas liderar el reino. Por lo

que en ningún momento cedí—y ni quería, ni podía—en mi afán de dejar saber a

Zayla que la deseaba.

Saliendo de caza todas las noches, así fuera por simples animales. Entrenando a

destajo, sin importarme la comparación con Nurten—que, francamente,

terminaba siendo positiva para mí—. Aumentando las horas de consejo entre nosotros dos, y disminuyendo la distancia entre nuestros asientos.

Cada vez que rozaban nuestras rodillas o codos sentía la incomodidad en ella.

Usé vestimenta que me cubriera menos. El amor del pueblo hacia mí se sentía con más y más fuerza. Y, sobre todo, hice que mi mirada siempre dejara en claro

lo que quería. A ella, vamos.

Fue casi una semana de tentaciones y de sufrimiento para mí, aguantando mis ganas mientras la presión de las grandes batallas se ceñía más y más sobre nosotros. Pero, así como empezó, terminó. En una noche de cacería.

Estaba por salir, cuando un heraldo me trajo una carta con el sello personal de la princesa. Nadie la había abierto ni leído. Y, tan pronto fui el primero en hacerlo, abandoné toda fantasía de atrapar lobos y salí a paso apresurado hacia el Jardín

Escondido en la montaña.

* * * *

El Jardín era una colección de terrenos reservados exclusivamente para la realeza, y para cualquier otro invitado que fuera designado por ellos. En estos

tiempos no eran muy frecuentados y, si la princesa me pedía encontrarme allá, era porque absolutamente más nadie estaría.

Y, efectivamente, nadie más estaba. En medio del fuego de centenares de antorchas—conservadas por una magia que las hacía imperecedera—, brillaban

varias piscinas interrumpidas por árboles y palmeras. Un oasis artificial, totalmente vacía. Salvo por la mujer que retozaba en la piscina central.

Desnuda, tal cual fue traída al mundo, navegaba en la piscina Zayla. Su piel morena centelleaba bajo las antorchas, resaltando la belleza de todo su cuerpo, empezando por esa hermosa cara, esos deliciosos senos los cuales ya había podido observar, y unas caderas perfectas desembocando en el tesoro que yo buscaba.

Con mucha delicadeza, queriendo sorprenderla, di una vuelta larga a todas las piscinas. No me había visto, ni me iba a ver hasta que estuviera al lado de ella.

Mis pasos no emitían ni un solo sonido, camuflados el pisar el follaje, y cuando ya estaba detrás de ella y a solo cinco metros...

Alguien más. Una voz severa, viniendo del otro lado de la piscina. Y familiar.

Nurten.

— Zayla.

Por lo que me daba a entender su espalda, Zayla prácticamente brincó al escuchar su nombre. ¿Qué significaba esto? ¿Quería que me mataran?

— Nurten, amor.

— ¿Qué haces aquí?

Zayla tardó unos segundos en retomar su voz.

— Necesitaba relajarme. No soy tan fuerte como tú para aguantar todos los

pesares que acaecen sobre nuestro reino.

— ¿Y por qué no me avisaste?

— Quería estar sola— Zayla se detuvo—. ¿Cómo supiste que estoy aquí?

— Ya la semana pasada llegaste tarde una noche, y me preocupé— respondió Nurten—. Cuando tardaste hoy pregunté qué dirección habías tomado, y no me

costó imaginarme que estabas aquí.

— Ya...

Entonces entendí—no era una trampa, ni mucho menos. Zayla me había invitado

con toda la sinceridad del mundo y, por casualidades del destino, o descuido suyo, aquí estaba Nurten.

Me había convocado al sitio en que probablemente tendríamos más paz en el mundo, estando a solas, y en cambio, ahora Nurten se estaba desvistiendo.

— ¿Qué haces?— preguntó Zayla.

— Estamos aquí. ¿Qué más nos queda sino relajarnos los dos?

— Nurten, no creo que debiéramos...

Nurten dejó caer junto a la piscina su ropa y, sosteniendo su pene, se paró frente a Zayla.

— Vamos.

Zayla lanzó su mirada hacia el alrededor, como buscándome. Pero no iba a hacerlo. Y, atrapada, casi a regañadientes, se acercó a su amante.

Y ahí estaba atrapado yo, viendo a la mujer que deseaba introduciendo una y otra vez en su boca el pene de Nurten.

Vamos, no es como que hubiera sido imposible esperararlo. Eso es exactamente a

lo que estás destinado cuando buscas envolverte con una mujer bajo un compromiso. Y más en las condiciones en las que estamos, hablando de nada más y nada menos que un trono, una heredera y un reino completo.

Por si me quedaban dudas, ya son muchas menos—el reino es tu prioridad, y la

única y exclusiva preocupación que te debe ocupar la mente. Tocó aprenderlo por las malas.

Y como si el reino supiera que necesitabas distraerte y meterte de lleno con él, Los Forasteros están en movimiento. O Los Forasteros y sus amigos, pudiera decirse, pues su hueste no hace sino ganar en tamaño.

Los reportes de nuestros exploradores nos hablan de una fuerza que nada tiene que ver con los cientos o cuantos fueran forajidos que navegaban escondidos entre nuestros bosques y montañas.

No, por lo menos mil han sido avistados. Y no se trata de corredores desperdigados, sino que empiezan a agruparse y movilizarse como una sola fuerza.

¿A qué se debe? Los hombres quebrados no son de seguir o entregarse a una bandera. La única razón de que haya sucedido es de que hayan sido sonsacados

en pos de ello—que un hombre quebrado haya reunido a todos los forajidos, con

la promesa del fin de la guerra.

No más batallas. Conquistamos Zimbela y descansamos para siempre, debieron

haber declarado. ¿Y quién podría culparlos? ¿Cómo puede tener una idea de cuál

sería su reacción si tu ejército es hecho añicos y solo quedas tú como marioneta de otro rey al que nada le importas?

Eso, unido a la brutalidad de Los Forasteros, los hacen enemigos a no descuidar

ni un solo segundo. Y conforme se acercan a la capital el riesgo es mayor. Ya están en el tercio medio del reino, empezando a bregar batalla entre nuestros campesinos y soldados.

Se podría decir que es la última línea de defensa, pues de acercarse más,

tendremos que enfrentarlos en el campo abierto antes de quedar totalmente encerrados en nuestras paredes. Y, aun con la posibilidad de soportar un asedio, al reino no le quedaría nada más que la capital. Sin territorios, sino millas y millas de fuego.

No temía a ese combate, al menos. La preparación de mis tropas estaba cada vez

mejor, y no se permitían niñerías o la relajación que se acostumbraba en la aparente paz que creían que se veía.

Por mucho que los comandantes y generales siguieran dando vueltas, mis cazadores eran los encargados de impartir las directrices. No se trataba solo de usar una espada y defenderse de un escudo—había que adivinar por dónde vendrían las flechas, prepararse para ataques viciosos, y luchar sin descanso.

Por días si era necesario. Pues un hombre que levanta su hacha por el hambre,

como Los Forasteros, no tiene razón alguna para ser frenado.

Al parecer, además, se había apaciguado la amenaza de revuelta al remover privilegios a los comandantes y ponerlos a laborar como otro más. Lo único que

se respiraba era obediencia y disciplina, todos prestos para llevar a cabo órdenes.

Tanto de mí, como de Nurten.

Nurten.

* * * *

A quien anoche tuve que ver follándose a la mujer que quiero para mí.

No había forma de huir. Quizás pudiera escabullirme por las esquinas, pero las

paredes laterales y la entrada del Jardín estaban totalmente descubiertas.

La única razón por la que Zayla no me vio al entrar fue porque estaba distraída, sumergiéndose en su piscina. Sí, es mucho más probable que se distraiga ahora

en plena acción, pero el simple riesgo de que alguien me vea pasar...

No quise correrlo. Y lo único que me quedó fue ponerme adentrarme en la maleza de manera que fuera imposible. Solo tendría que soportar la noche, larga

como fuera, ignorando los sonidos y dando la espalda a la escena.

Pero fue imposible. Tales sonidos son imposibles de pasar por alto. Y en cuanto

a mis ojos... ¿A qué se debió? ¿A un masoquismo innato? ¿A una fuerza exógeno, quizás la magia del recinto? ¿O simplemente estaba consciente de que

no había manera de desconocerlo?

Sea lo que fuere, no pude retirar mi mirada de encima. Sentado, incómodo,

con

las hojas—e incluso algunas espinas—rozando mi piel, y como si fuera una obra

de teatro, la dramatización desenvolviéndose delante de mí.

Como cuando Zayla llevó el pene de Nurten a su boca, y empezó a brindarle un

sexo oral que me hizo temblar.

Creí que me dolía verlo, con especial envidia en la manera en que el hombre cerraba los ojos en placer y posaba sus manos con fuerza sobre la cabeza de su

mujer. Más que ella, él dirigía cada uno de sus movimientos. No sé cuántos minutos tuve que soportar eso.

Pero eso no me había dolido. Para nada. Porque el verdadero dolor lo conocí cuando, ya dándose por satisfecho y listo para más, Nurten se lanzó en la piscina, volteó a Zayla, y con una embestida precisa la hizo gemir.

Y así como lo hizo una vez, lo repitió dos y tres y cuántas veces más. Nurten mordía con fiereza su cuello y jalaba su cabello mientras la penetraba por detrás.

Zayla gemía, cada vez más desaforada, dejando de lado el dolor y entregándose

al placer, placer que me carcomía hasta los huesos...

Solo debía soportar la noche, dije, sin tomar en cuenta lo eterna que sería. Pues una vez Nurten penetró a Zayla con tal violencia que llegó a su orgasmo, pronunció las palabras que presagiaron lo que seguía.

— Te extrañaba— declaró Nurten—. No sabes cuánto necesitaba tu cuerpo.

Y se encargó de seguirlo dejando en claro. Porque mientras la semilla de

Nurten

corría por la piscina o ascendía por las entrañas de Zayla, éste robó todos mis deseos y se adentró en sus senos.

Por un rato que tuvo que haber sido más largo que aquel en que follaron se encargó de acariciarlos, apretarlos, besarlos, morderlos y pasar su lengua. Como marcando su territorio. Como si estuviera robando el deseo de mi cabeza.

Y luego, claro está, estuvo listo para seguir. Y esta vez la sacó de la piscina para montarla encima suyo, siempre volteada, sin afrontar sus ojos. A Zayla le tocaba ahora tomar las riendas. Y no tuvo problema en hacerlo, sacudiéndose de tal manera que me puso tieso hasta a mí.

¿Por qué ahora se soltaba? ¿Es que se había convencido de que yo no iba a venir? ¿O ya el deseo por Nurten la había invadido? No quería pensar en la peor

alternativa—que supiera que yo estaba aquí, y que todo haya sido una farsa, incluso su sorpresa ante la llegada de Nurten. Un mensaje para alejarme de ella, de una vez por todas.

No importaba, aquí estaba, no sé si atrapado o si por mi propia voluntad viéndolos en su afán. En cualquier momento esperaba que Nurten llegara al clímax, pues la manera en que se movía Zayla era de otro mundo.

Sintiéndome un enfermo o un masoquista, no tuve más alternativa que sacar mi

propio pene y masturbarme viéndola follar con otro hombre. Regando mi semilla

también por los hehechos.

¿Acaso quien diseñara el Jardín Escondido había sospechado que se prestaría para tales perversiones? Una princesa follando a un bastardo, y el rey observando con malicia desde unos arbustos.

Lo dudo.

* * * *

Decidí tomarme la mañana completa para descansar, aunque fuera unas horas, pero fue imposible.

La imagen de Zayla encima de Nurten estaba clavada firmemente en mi mente y

no había forma de sacudirla, y conciliar el sueño en esas condiciones era algo que no iba a suceder.

Pues al campo entonces.

En poco ayudó ver a Nurten rebotante, corriendo entre las tropas, bramando órdenes y correcciones a quienes portaran armas. Eso sí, tan pronto mi mano tocó un arco se me olvidó.

Podía enfrascarme en mi naturaleza y olvidar todo lo demás. Ese día tuve que ir

en contra de mi propio mandato y pedir un escudero para recoger todas mis flechas de los muñecos de paja.

Después de todo, estaba desafortunado también—soltando flechas a destajo, a veces

dos con un solo canto de mi arco, y todas impactando en las cabezas.

Yo no era alguien quien prefiriera inspirar a mis soldados gritando, sino dando el ejemplo. Y por las bocas abiertas que dejó mi locura con el arco, se pudiera decir que algo de inspiración quedó.

La marcha era inminente. No podíamos dejar que Los Forasteros nos rodearan.

Aunque las opiniones estaban fragmentadas—había quienes aún deseaban salir y

vengar al rey, cazando a destajo a todos los forajidos; mientras que la mayoría ahora deseaba quedarse en el acomodo de la capital y defenderla a muerte.

Sobre todo, ahora que las criaturas de la noche estaban volviendo a nuestros campos, y era inevitable enfrentarlas de noche. Probablemente fuera a perder puntos con el pueblo, pues me hicieron caso en acomodarnos y no marchar, y estaba a punto de pedirles lo contrario.

Bueno, esto no es un concurso de popularidad, sino una lucha por nuestras vidas.

Y poco podía importarme eso.

* * * *

Inevitablemente, llegó el momento de volver a encontrarme con Zayla.

Bastantes noticias habían llegado hasta el castillo, de exploradores y cazadores y de los demás reinos, y era el deber del rey atenderlos en conjunto con la princesa. Y toda la tarde la pasamos en la compañía el uno del otro, escuchando

a quienes acudían al trono, y prometiendo un debate posterior para tomar las mejores decisiones.

Su actitud no me revelaba nada. ¿O todo? Zayla apenas y me miraba. No—no lo

hacía en lo absoluto. ¿Por qué? Lo que menos podía pensar era en que lo de ayer

hubiera sido planeado. Si su intención era alejarme, al haberlo logrado de esa manera hoy estaría satisfecha, y no me huiría.

Probablemente sea algo muy diferente—se dio cuenta de lo que siente. No era un

secreto que estaba dejándose llevar por mí y que esa noche en mi cuarto

había

bajado sus defensas. Pero, después de aparentes semanas en abstinencia y separada de su amante, ayer se había fundido con él. Un recordatorio de que ese

es el hombre al que ama, y con el que debe estar.

Bueno, al diablo con ella. Más de treinta años de vida los he llevado solo, como un mero cazador, y ahora soy un rey. No la necesito. Por mucho que mi piel tiemble cada vez que la veo, lo que dictamina quien soy es mi espada.

Y pronto, muy pronto, será hora de volver a blandirla.

* * * *

Esa noche salí con mis cazadores. Mi persecución del lagarto había sido solitaria por necesidad de desahogar. Pero ya no hace falta, estoy en total paz. Mi grupo, aquellos de mayor confianza, esta vez me acompañan.

No para cazar aun—vamos a explorar. ¿Por qué volver a espantar a las criaturas

de la noche, cuando podríamos conseguirle uso? Si supiéramos cuántas están merodeando, y en dónde están haciendo sus aposentos, podríamos hacerlas huir

hacia la periferia de nuestro reino y guiarlas directamente hacia Los Forasteros.

Cuatro horas después, volvimos a la capital con los pies desgastados y un hombre menos—el sigilo nuestro no tenía comparación en ningún reino, pero era

difícil esconderse de las águilas de la noche. Y una logró perforar a Tyrdan en la cabeza, de donde no había manera de escapar del veneno. Uno menos para nosotros, y un águila menos surcando nuestros cielos.

Teníamos la suficiente información como para preparar un plan de batalla.

Eso quedaría para mañana, claro.

Aunque ninguna información podía prever que encontraría a Zayla nuevamente

en mi cuarto.

Mucho menos que estaría desnuda.

Y, jamás ni nunca, que pronunciaría tales palabras.

— Nurten y yo hemos terminado.

8

Todo sucedió muy rápido. En cuestión de semanas apenas.

Los rumores de guerra y el apremio del combate inminente fueron perdiendo fuerza. Lo que permitió que el pueblo se concentrara en otros asuntos.

Como, por ejemplo, la unión del rey Bronn y de la princesa Zayla. Fue una noticia que abrumó al pueblo y a los ciudadanos—su heroína, la mujer más bella

de todo Zimbela, siempre presta para ayudarlos, y con quienes todos los hombres

soñaban; y su nuevo héroe, el poderoso rey quien ha puesto a todo el reino a trabajar a destajo y quien caza solo y exclusivamente para ellos.

Juntos, unificados por el bien de la corona. La aceptación y celebraciones corrieron de boca en boca, y casi, por un día, pareció olvidado el asesinato del rey Sergen. Todo estaba bien. Y todo iba a ir a mejor.

Nos sorprendió esa respuesta abrumadora, claro está. Esperábamos mucha más polémica y debate, animales muertos en nuestras puertas en señal de protesta.

Pero no podíamos estar más equivocados.

La realidad es que habíamos subestimado el poco amor que le tenía el pueblo a

Nurten, quizás por su naturaleza, quizás por ser bastardo. Cada ciudadano había

abierto sus brazos de par en par para aceptarnos e instar a una boda lo más pronto posible.

Y sí, pudiera verse raro, o inapropiado, tales anuncios por el reino cuando hace nada Zayla yacía en cama con Nurten. Solo que la alternativa era apartarnos el

uno del otro, o guardar el secreto. La segunda opción no nos alentaba—no tanto

el hecho de jugar a escondidas, sino el riesgo de ser descubiertos.

Eso sí habría sido, donde lo pusieras, un escándalo. Antes que cualquier lengua

quisiera causar daño y discordia, fuimos nosotros los mismos heraldos quienes corrieron la voz por el pueblo.

Y estaba la primera opción—apartarnos. Y, respecto a eso...

* * * *

Más fácil habría sido enfrentarme al ejército completo de Zimbela y de todos los reinos aledaños. Pues bastante habíamos tenido que contenernos, y por algo Zayla esperaba desnuda en mi cuarto.

Sus palabras causaron un impacto en mí, pero más su imagen, tan brillante como

la primera mirada que le di en el Jardín Escondido—sus gruesos muslos completados con unos glúteos deseables, su liso abdomen con los senos

esculturales, y su cara. Su hermosura al completo capaz de opacar cualquier

eclipse.

Tal cual hice aquella vez que esperó en el cuarto, solo requerí de una zancada para alcanzarla, cargarla, y acomodarla sobre mi mesa. Empecé a besarla, pero solo para matar al tiempo—lo que me importaba era lo que hacían mis manos, una apartando un poco mi ropa y la otra presta para masturbarse.

Con toda la violencia que podía manejar mi antebrazo sacudí mi pene, besando o

comiéndome a Zayla con locura y sintiendo sus senos contra mi camisa, deseando con locura alcanzar mi firmeza.

Y, tan pronto lo hice, entré en ella. No quería esperar, no quería nada más. Nada de desvestirme, ni de besarnos, ni de recorrer con delicadeza mis cuerpos. Lo único que me interesaba era que mi pene invadiera su vagina y llenara sus paredes. Lo que sucedió, de a muy poco, y alcanzando velocidad en cuestión de

segundos.

A ese ritmo no iba a tardar nada en llegar al punto álgido, pero no me importaba.

Había esperado por días, semanas, por malditos años este momento, y era mío antes de que cualquier otra pudiera ocurrir. Zayla era mía, y su cuerpo era mi única cacería.

La mesa empezó a temblar mientras nuestros cuerpos chocaban. El sonido empezaba a sincronizarse con los gemidos de Zayla.

Clavar nuestras miradas ya no fue posible, pues tuvo que cerrar los ojos. Y yo también, tan pronto ella apoyó sus manos en la mesa para poder sacudir su cadera hacia mí. La sensación de nuestros cuerpos mezclándose era absurda, era

demasiado, era todo...

Y sentí mi semilla escapar de mí, hacia su interior. No me importaba. Que

pasara

lo que fuera, pero más feliz no podía estar.

Zayla es mía.

* * * *

Y, como si hubiera sido magia, desaparecieron las mayorías de peticiones, y empezó a desaparecer la guerra. Ya los ciudadanos no venían pidiendo

retribuciones ni tierras ni alimento, sino para felicitarnos y desearnos una larga vida llena de herederos.

Y Los Forasteros parecían haber vuelto a sus andanzas, desperdigándose y tomando cobijo debajo de los bosques. Esa fuerza creciente y armando filas parecía haber sido un simple espejismo, destinada a fomentar miedo.

Pero ni mi relación con Zayla ni ese amago de Los Forasteros era capaz de hacerme relajar. Mis principales cazadores tomaron caballos y partieron a descubrir todo desplazamiento, así como evaluar las condiciones del tercio medio del reino.

Sus habitantes siempre nos enviaban mensajes, y quería confirmar todo con ojos

de mi confianza.

Así mismo pedí a algunos, aquellos con mayor resistencia, que partieran y no durmieran más de cuatro horas hacia los otros reinos. Sería un grave descuido permitir que se aprovecharan de la debilidad y destrucción que habían instilado

los forajidos para invadirnos.

Era primera vez en mucho tiempo que me encontraba solo. Treinta y cuatro eran

los cazadores con los que había crecido, y siempre estaban cerca de mí,

aunque

fuera uno. A veces partíamos todos, a veces en parejas, pero siempre a una distancia prudente.

Y ahora, acababa de enviar a esos treinta y cuatro a los bosques, a la periferia del reino y hasta fuera del mismo, con tal de tener ojos en los que pudiera confiar tanto como en los míos propios. Se decía que la supervivencia del cazador radicaba en el hermano que te cuidaba la espalda, y si así fuera, acababa de vulnerar enormemente la mía.

Aunque, hostia, ¿quién se atrevería a decir que estoy solo? Soy el rey de Zimbela

y, sobre todas las cosas, tengo a la mujer que he deseado desde el primer día en que mi mirada la encontró.

Más que nunca estoy bien acompañado. En el día me ayuda a cuidar del reino,

en conjunto con los miembros del consejo y el ejército que acampa en las barracas a las puertas del castillo. Y en la noche es otro cuento...

* * * *

Algunos podrían pensar que Zayla y yo nunca habíamos tenido sexo con más nadie en nuestras vidas, por la constante compañía que nos prestábamos. No era

así—cada quien había tenido su buena parte. Pero ahora, lo que nos esperaba era

una buena locura...

Cada noche es un nuevo descubrimiento, una nueva pasión, una nueva posición.

En lo posible manteniendo nuestros ojos fijos, desde el mismo segundo en que

franqueamos las puertas nuestra ropa sale volando—en una ocasión incluso desapareciendo por la ventana—, para de inmediato fundirnos.

Ya la mesa, así como la cama, fueron víctimas de nuestra pasión, sin quedarnos

más remedio que follar hasta en el piso o contra la pared. O en el baño. Como fuera, sucedía.

Y nada es capaz de hacerme perder la calma del mismo modo que lo hace tener a

Zayla sobre mí. La primera vez no puedo negar que hubo algo de incomodidad,

recordando la vívida imagen de ella con Nurten, pero tan pronto empezamos a realizar nuestra obra desapareció.

Si ya había temblado al verla y masturbarme, hacerlo fue algo de otro mundo —

no había nada inmejorable.

Sus ojos, cerrándose y abriéndose para asomarse hacia mí; la firmeza de sus glúteos, palpable entre mis manos mientras me aferro a ellos; sus senos, mi debilidad, partícipes de la gravedad en sus subidas y bajadas; y, por encima de todo lo demás, la sensación de entrar en ella.

Si follar siempre era una bendición, su capacidad me llevaba fuera de este mundo. Su cintura torciéndose sobre mi pene era algo para lo que nunca tendré

suficientes palabras.

Al terminar nuestras acciones, bien fuera con ella encima, o yo utilizando mis piernas a todo lo que da al tenderla en la cama, o de lado entre sábanas, o cargándola con la tensión de mis brazos y hacer el amor parados, o... bueno, la

idea queda. Una vez terminaba, podíamos abrir nuestras almas y hablar por horas.

La primera noche juntos terminamos amaneciendo, y luego decidimos limitarlo

pues necesitábamos dormir para mantenernos frescos. De lo que se nos ocurriera

—Zayla conoció todo mi pasado, yo pude saber los detalles de la vida del rey Sergen, de lo que considerábamos más bello del reino, de los miedos que nos esperaban en el campo, hasta del futuro.

Nunca me había sentido tan cómodo discutiendo lo que no había llegado como

podía hacerlo con Zayla.

Y es que, al fin y al cabo, mi intención firme era que esto durara mucho más tiempo. Y así iba a ser, irremediablemente, una vez nos casáramos.

Eso era un poco más complicado, pues sería una distracción de lo

verdaderamente importante—la guerra. Y sería echar sal en la herida de Nurten,

quien no tiene la mejor cara de amigos, pero, hay que destacarlo, se ha comportado. Ha mantenido la cordialidad y continuado su labor al frente de las

tropas.

No es como que vayamos a ser amigos algún día, pero un matrimonio y coronación en tan poco tiempo podría quebrar todas las buenas intenciones. Y, sin duda, le haría pensar que Zayla y yo iniciamos nuestra relación antes de que la suya hubiera finalizado. Un beso, iniciado por mí y frenado por ella, no me parecía buen justificante como para manchar su reputación.

Todo estaba bien, aunque seguía pendiente una promesa, que había hecho

tanto a

Zayla como al reino completo—vengar a nuestro rey.

Los Forasteros habían causado un daño irreparable, acabando con nuestro monarca y asaltando nuestros pueblos como no se había hecho en siglos, y conformarse ahora que se habían alejado no era más que una invitación a ser invadidos y atacados. Las represalias, fueran las que fueran, debían ser firmes.

Y así iba a ser.

* * * *

— Sería un hipócrita si te dijera que no me interesa Zayla, o quién esté con ella.

Y eso es lo que menos soy. Pero entiendo que cada quien tiene libertad de hacer

lo que desee con su vida, y los sentimientos son algo que no pueden controlarse.

Después de todo, a ella siempre le sentí una distancia.

>>No estaba de lleno conmigo. En fin, como sea, eso no es a lo que vine.

Simplemente quería manifestarte que lo primero es Zimbela, hoy y siempre, y puedes contar con mi espada a la hora más oscura de la noche.

Las palabras de Nurten fueron tan sorprendentes como reconfortantes. El mayor

de los comandantes de nuestro ejército era alguien importante, y saber que estábamos remando en el mismo barco era un alivio.

Eso sucedió apenas en las afueras de nuestra capital, con el resto del ejército acompañándonos detrás, listos para partir. Pero era bueno dejar eso de lado antes de arrancar.

— Gracias, Nurten. Disculpa cualquier pesar que haya podido causarte, y créeme

que tu espada será de una importancia inmensurable en lo que se nos avecina.

Ahora rememos, como hermanos, en pos de nuestro reino, y demos caza a todo

enemigo que haya vulnerado a nuestro verdadero rey y a nuestros ciudadanos.

— Andemos, hermano— pronunció Nurten, y con el arreo de los caballos indicamos a los miles de tropas que era hora de partir.

El ejército al completo de Zimbela, liderado por Nurten y por mi persona, arrancó al encuentro de Los Forasteros. Desde el más alto de los muros Zayla me

dedicó una despedida y un beso que reavivó recuerdos a mí.

Necesario, pues iba a tardar en volver a verla.

9

Era el momento de concretar todas las promesas hechas al reino, y la más importante, la que habitaba cada corazón, era vengar al rey. Nuestra fuerza no iba a cambiar mucho en el futuro cercano—estábamos a plenitud física y de recursos.

El entrenamiento había calado en nuestras tropas. Y debíamos acercarnos a Los

Forasteros, más pronto que tarde.

Gran parte de nuestro plan involucraba también un factor peligroso—las

criaturas de la noche. A pesar de que viajar de día es lo ideal siempre que no quieras mantenerte escondido—que no es nuestra prioridad—, nos dedicamos

exclusivamente a movernos por las noches.

De manera que la fuerza entera avanzaba de manera cohesiva de noche, todos portando antorchas, el único temor de aquellas bestias creadas por la magia.

Conforme lo hacíamos, las espantábamos más y más lejos de nuestro territorio,

librando nuestras tierras y al mismo tiempo dirigiéndolas hacia Los Forasteros.

Por el día descansábamos, para evitar el riesgo de haber cortado terreno y que los lagartos y leones y águilas, en sus guaridas bajo la luz del sol, quedaran detrás de nosotros y nos cogieran de sorpresa.

Una vez entráramos ya en las tierras más distantes de Zimbela nos reuniríamos

con mis cazadores, quienes detallarían la localización de los forajidos.

La mayoría tomó cobijo, lo que presentaba una espada de dos filos—tendrían la

ventaja del territorio, pero estarían separados. Si todos los nuestros fueron cazadores sería mucho más fácil invalidar su ventaja, claro...

* * * *

De día nuestra compañía eran nuestros herreros—siguiendo nuestro paso para reparar cuánto haya sido destruido. Un buen número quedó en la capital, así como de soldados, para prevenir cualquier ataque.

El resto al completo vino, prestos para matar dos pájaros de un tiro. Mientras nosotros terminaríamos la guerra, ellos forjarían las bases de un nuevo Zimbela, mucho más poderoso que antaño.

¿Debiera llamarse guerra? Tenemos semanas denominando así nuestra situación,

pero la verdad es que dista mucho de serlo. Cuánto mucho una invasión, un conjunto de ataques desorganizados.

Para considerarse guerra, como las que se han vivido fuera de Zimbela, vamos...

No se trata de un enemigo con poder comparable a nosotros avanzando e intentando asediarnos, sino un desperdigo de enemigos que al parecer no saben

bien lo que están haciendo.

Muestran más inteligencia que en sus incursiones previas, eso sí, y el haber llevado su puñal directamente al corazón del reino, llevándose de por medio al rey, fue una estrategia clave que nos hizo sumirnos en un descontrol.

En otras condiciones jamás habrían podido representar una amenaza para nosotros, pues tenemos las estructuras y los números.

Pero al atacar al rey, de inmediato la palabra guerra apareció en todos los labios,

¿y quién soy yo para discutirlo? Si eso unifica al pueblo, bien, que así sea.

Y si la promesa de un enfrentamiento histórico, de ser motivo de canciones, incentiva a los soldados que probablemente nunca lleguen a vivir una de verdad,

pues mejor aún. Lo único que interesa es ganarla.

Y si las guerras se ganan en la medida de los planes preparados, entonces estamos en el camino adecuado. Por las noches no hemos enfrentando oposición,

y lo único que alcanzamos a ver a la distancia son las sombras de los enormes

lagartos o de jaurías de leones huyendo despavoridos. El fuego, el sol y la luz los aterran.

No en vano son hijos de la magia oscura. Las águilas no escapan, es cierto, pero lo que hacen es dar vueltas cada vez más altas por encima de nosotros, tan lejos que ni una flecha pudiera darles caza.

Si seguimos a este ritmo, quizás ni tengamos que enfrentarnos a Los Forasteros,

y las criaturas que tentaron hacia acá terminen representando su perdición.

Puede que los soldados estén más emocionados y fieros de lo que me gustaría,

aunque los comandantes, Nurten incluido, están mucho más recatados, que es lo

más importante.

Un soldado más excitado de lo normal tiende a tomar decisiones impulsivas que

no le ayudan en el campo. Para eso están sus comandantes—y generales, y capitanes, y tenientes—, para mantenerlos en la tierra y serenarlos antes de blandir espadas.

Si no hubiera sido por las palabras de Nurten antes de partir podría pensar que

aún son secuelas de lo sucedido. Pero ahora su frialdad me dice otra cosa, y es la concentración en la misión.

Sí, puede que yo desee devolver la paz a Zimbela y que muchos soldados deseen

con ahínco vengar a su rey. Al final, nada de eso se compara con el deseo de vengar a tu propio padre. Y eso es lo que espera al final del camino de Nurten.

Deseo la paz porque, mientras más rápido vuelva, más rápido podré volver a estar con Zayla.

* * * *

Tal como hizo una vez, lista para que nos juntáramos, el día antes de partir me

esperó desnuda en el Jardín Escondido. Antes me había preguntado si no causaría ninguna incomodidad en mí, ¿y cómo podía hacerlo? Puede que haya vivido una noche de terror, pero ya todo estaba olvidado. Tenía a Zayla para mí,

¿qué más podía pedir?

Bueno, podía pedir no tener que pasar por esta tortura. Ya que encontrar a Zayla desnuda no significaba sexo—en medio de las antorchas mágica, justo sobre la

grama, estaba posado un mantel repleto de comida.

Corrijo—con algo de comida, y repleto de vino. Pan tieso del horno, queso de cabra celestial y una deliciosa carne, que si no supiera que pertenece a un cordero diría que viene de otro lagarto. Y cuatro botellas de vino, dos para cada uno, listas para bajarlo.

Comimos, bebimos, reímos, hablamos. Esa noche me enteré de que Zayla pasó

cinco años como portadora de copas del rey de Urenda, uno de nuestros reinos

vecinos, como manera de su padre de enseñarle política externa.

Sí es verdad que noté su ausencia, pero nunca supe—ni mucho menos pregunté,

por respeto—adónde había ido.

Así como le conté, por su petición, de la primera mujer que tuve, en pleno desierto, la hermana de uno de mis cazadores a quien acabábamos de rescatar de

un pueblo en llamas.

Y tanto beber y hablar no hizo sino dejarnos cansados, pero de la distancia—
y,

quitándome mi ropa, tomé a Zayla como si nunca lo hubiera hecho en pleno césped. Nuestras manos se entrelazaron, al igual que nuestras miradas, y entré y salí de ella a destajo.

Así como ella se montó en mí, y cuando ya nuestros cuerpos estaban rasgados y

las piernas cansadas, nos lanzamos a la piscina y dejamos que la ausencia de gravedad nos ayude.

Sin contar los descansos necesarios, Zayla y yo follamos hasta el amanecer, asegurándome de besar cada pulgada y lunar, de llevar mi lengua hasta sus labios inferiores, de que ella recorriera con su boca la longitud de mi pene, y entrar en ella.

Y salir. Y entrar. Hasta caer exhausto, desfalleciendo, a un lado de la piscina, ante los primeros rayos del sol.

— Te adoro, Zayla.

— Y yo a ti, Bronn. Asegúrate de volver a mí.

* * * *

Volveré a ella, tan pronto termine la denominada guerra.

Los últimos rayos del sol eran quienes me bañaban esta vez, teniendo el combate

inminente. Fernaz, mi mano derecha de mil cacerías, había anunciado que Los Forasteros se habían reagrupado, con números más grandes que nunca, y marchaban directamente hacia nosotros.

Si no se detenían, antes de que volviera a aparecer el sol estarían sobre nosotros.

Sin la necesidad de huir, y con la ventaja de que ellos se topaban con las criaturas de la noche, estábamos más que listos. Envié a Fernaz de vuelta a la capital para avisar, y empecé a pulir a Inferno para derramar sangre.

Nurten pasó frente a mí, montado en su caballo, en dirección opuesta a nuestro campamento.

— Nurten. ¿Adónde vas?

— Los comandantes queremos ver el terreno que nos depara adelante, antes de

que se vaya toda la luz— respondió—. Para saber si nos conviene avanzar o esperar.

— Perfecto— le dije.

Y un impulso nació en mí—nadie pelea tan bien como rodeado de hermanos. No

es como que eso se pueda lograr en minutos, pero aun así...

— ¿Puedo acompañarlos?— pregunté.

— Por supuesto.

* * * *

Apenas quedaba un resquicio de sol cuando nos detuvimos, ya a algunas millas

del campamento. Los otros once comandantes y Nurten se encumbraban a mi lado.

— ¿Cómo se preparan los soldados?— les interrogué— ¿Necesitan ser

arengados?

— Están muy confiados, la verdad— sugirió Nurten—. Les haría bien un poco

de miedo para sentirse menos protegidos, y sacarles el mejor rendimiento.

— Es verdad— dije—. ¿Qué sugieres?

— Pues yo lo que hubiera hecho era cabalgar en el instante en que mi padre y el

padre de todos los demás, el rey, fue asesinado— contestó con calma—. Pero no

se hizo. Y ahora que la capital y nuestros territorios están tan bien cuidados, lo ideal sería permanecer en el hogar.

Eso nunca lo había escuchado. Por primera vez desde el mismo día de la invasión, Nurten me estaba contrariando.

— Eso lo expliqué bien aquel día, Nurten. Era lo mejor para todo el reino.

— Sí. ¿Y quién mejor para saber lo que nos conviene que un cazador? Que como

todos sabemos, al fin y al cabo, no es más que un ladrón.

Entendí lo que estaba sucediendo demasiado tarde—llevé mi mano a la

empuñadora de Inferno, y hubiera abatido sin problema a Nurten, si no hubiera

sido por el puñal que clavó en mi espalda uno de los comandantes. Suficiente para incapacitarme y permitir que me desarmaran.

Nurten se acercó con mucha lentitud a mí y, tras poner una mano en mi hombro,

con mucha lentitud clavó su propio puñal en mi abdomen—un dolor agudo, mil

veces más terrible que el de cortar mi dedo, y frío. La frialdad de mi sangre derramándose.

— Esto es por robar los privilegios que tan duro se ganaron nuestros comandantes— pronunció Nurten con maldad—. Por robarme mi corona y mi

amante. Y, sobre todo, por robarnos nuestro reino. No me sorprendería que hayas

dado a Los Forasteros el plan para apropiarte de Zimbela.

Nurten retiró su puñal, corriendo la sangre de manera más desmedida, y me tumbó de mi caballo—al cual el dio una estocada que lo hizo huir despavorido,

en la misma dirección de Los Forasteros.

— Matar a rey está penado de muerte por los dioses, así que dejaré que lo hagan

tus amigos. Ha sido un placer, Bronn.

Y la última imagen, antes de caer en la oscuridad, fue la sonrisa—no de Nurten.

Su rabia opacaba cualquier otro sentimiento.

No. La sonrisa de todos los comandantes que me daban la espalda y me abandonaban.

10

¿Cómo es que estoy aquí?

Lo que es cierto es que nadie puede tacharme de hipócrita. Por supuesto que

fueron mis enemigos por bastante tiempo, y les di caza y muerte. Juré exterminarlos, y los aborrezco. Pero nunca he profesado la palabra odio, pues en el fondo sé que nunca decidieron eso—simplemente es lo que les deparó la vida.

Y heme aquí. Un hombre quebrado.

* * * *

El sol ya había desaparecido y la noche se había cernido sobre mí. Bueno, nosotros, pues los gruñidos de las criaturas nocturnas empezaban a asomarse, preparadas para intentar cazar a la carrera, alimentarse mientras los soldados de Zimbela avanzaban con antorchas.

Pero nunca llegó ese ejército, y de a poco las bestias se sintieron más cómodas.

Muy a lo lejos vi a dos lagartos, y a una que otra águila surcando el cielo. Ellos no eran problema—quienes se fijaron en mí fueron los leones.

Tan negros como la noche, no los veías a ellos como tal—podías es darte cuenta

de su sombra, de sus movimientos.

Mi inmovilidad los habría evitado en otro momento en que no estuviera sangrando así, cuando el olor no se presentara como una dulce tentación. Inferno estaba en mis manos, mi única arma que mis asaltantes no se llevaron—¿cómo

explicabas la caída del rey si tienes su espada?

Sin duda uno, y quizás dos leones podía domar desde el suelo. Pero los—por lo

menos—seis que había divisado iban a presentarse imposibles. Al menos moriría

luchando, de eso no cabía duda.

Como pude encendí una antorcha con trozos de madera para alejarlos, aunque fuera un poco. Eso hizo que se tardaran mucho más en acercarse, recortando la

distancia a una velocidad ínfima.

No importaba, tarde o temprano iban a llegar. Y cuando lo hicieron,

efectivamente, asesiné al primero. Me costó poder con el segundo. Y, para mi sorpresa, un tercero cayó bajo mi espada. Una mordida en mi antebrazo de por

medio y levantando mucho polvo, lo había logrado, y ya venía el fin. Cuando el

resto saltó hacia mí.

Flechas. Oscuridad, y más flechas. Y una estampida.

Cuando me di cuenta, mis heridas habían sido cerradas—mucho mejor que el remiendo que había puesto para evitar la hemorragia—, me habían alimentado y

dado de beber.

Incluso estaba montado en un caballo gris, esgrimiendo Inferno a destajo. Por mucho tiempo juré que eran mis cazadores, quienes salvaron mi vida. De a poco

me di cuenta de que eran muchísimos más. ¿Habían buscado refuerzos?

No fue sino hasta cuando estuve destrozando uno de los pueblos de Zimbela que

me di cuenta que, ahora, era uno de ellos.

No un Forastero, pues nunca lo sería. Pero sí un hombre quebrado.

* * * *

Todo había sido un acto.

Desde el primer día, Nurten habían planeado mi caída. Esa parte no podía estar

más clara. Tanto tiempo entre los comandantes y en las barracas no era para entrenar, ni dedicación—estaba ganando aliados para su causa.

Quizás le costó, pero logró reunir a todos los comandantes de Zimbela. El mensaje era claro—había un usurpador en el trono. Y a ellos no les debió resultar tan difícil seguirle, pues mi política les robaba sus comodidades y los ponía a trabajar como cualquier otro soldado.

La única parte que me hacía dudar era la última, la de que yo había llevado a Los Forasteros al rey. ¿De veras podían creer eso? ¿O era una excusa para defender

su decisión de existir un juicio?

Un juicio con el que no cuentan, y por eso decidieron darme fin. No retaron a los

dioses asesinando a un rey, sino que simplemente lo dejaron morir en el medio de campo, bien fuera víctima de las criaturas de la noche o de la armada que se

acercaba.

Lástima para ellos que no haya sido así, y que las primeras no me hubieran llevado a mi fin, mientras que los segundos se encargaron de rescatarme.

Y lástima para mí. ¿Qué se supone que haga ahora? No me interesa nada, ni la

guerra, ni el trono, ni Zimbela, solo Zayla. Fue la luz que me mantuvo en pie durante la noche oscura, y que me brindó la fuerza para sostener a Inferno. Pero, repito, ¿qué hago? ¿Enfrentarme a Los Forasteros?

Bien podría estar firmando mi muerte inmediata. Huir sería lo mismo, pues

jamás alcanzaría a tomar la distancia suficiente. Y de hacerlo, en el caso imposible de llegar a la capital, ¿qué?

¿Quién me creería a mí, rey designado, por encima de todos los comandantes que este reino conoce? Juicio, exilio, de cualquier manera, no estimarían mi palabra. Si es que me dejan vivir, pues lo más inteligente sería darme muerte al verme.

Lo único que me queda es exactamente esto mismo. Ser un hombre quebrado, sin reino, sin corona, sin castillo. Pero, quizás, haya una manera de conseguir lo que quiero a pesar de ello.

* * * *

Sin duda alguna, Nurten y los comandantes acusaron mi muerte a manos de Los

Forasteros, y decidieron instar a sus tropas a retroceder para defenderse mejor tras muros. Si no me equivocaba en mi pensar, volverían a la tradición de movilizarse solo de día y descansar por las noches.

Y, como nosotros somos hombres desesperados, podemos cabalgar apenas descansando unas míseras horas. Y, efectivamente, no tardamos sino unos días en alcanzarles el paso y sorprenderlos por la noche.

Los cuernos de guerra sonaron, y Nurten y sus comandantes, flanqueados por los

generales y más atrás por los capitanes y el vasto ejército, formaron fila para enfrentarse a nosotros. Y Los Forasteros tomaron formación como nunca antes lo

habían hecho, todos preparados para seguir la dirección de su líder, de su único comandante y estratega.

De Bronn, el cazador.

* * * *

Convertirme en rey de Zimbela fue la suma de mil casualidades. Mi preparación

y mi capacidad como cazador, como guerrero, unida a estar en el lugar y momento adecuados, frenando la salida insensata de Nurten y compañía, sumando la descendencia poco clara del rey Sergen.

Ahora, convertirme en el líder de los Forasteros fue infinitamente más fácil—decidido por el combate.

No cuentan con reyes, solo con un guerrero más temido que los demás, encargado de guiarlos hacia lo que desean, que no es más que tierras y alimento.

Supervivencia. Y cuando alguien reta a ese guerrero y lo vence, demuestra una

fiereza que lo cementa en su posición.

Así que cuando lancé un escudo a pies del salvaje Jorah, el reto estaba hecho. Y

bajo la mirada atenta de casi mil Forasteros, nos batimos a duelo; él con espada y escudo, yo simplemente con Inferno.

No tenía escudo de mi agrado, además de que sabía que no lo necesitaría, y una

victoria de ese tipo valdría mucho más. Y tras un baile de espadas, la mía terminó cantando con más fuerza y decapitándolo. Aviso a marineros, y todos listos para seguirme.

Pude haberme alejado. Pero eso no me habría traído supervivencia, ni a Zayla.

Por lo que los insté a proceder, y a consumir la venganza sobre los hombres quienes me destruyeron.

Y sobre quienes tengo la ventaja de reconocer—pues mis enmiendas de ropa,
y

mi caballo llevado por la vida, y el parche de ojo que robé al salvaje Jorah
jamás delatarían al rey Bronn.

Los cuernos volvieron a sonar, y me lancé a la persecución.

* * * *

El ejército de Zimbela era enorme, y más preparado, y mejor armado.
Lástima que sus números, su entrenamiento, sus espadas y escudos, y su
estrategia, hayan sido todos dispositivos de mi mente.

Así que Los Forasteros, con mi guía ofensiva como mejor herramienta,
logramos

vencerlos. O, más que eso, darles caza. Fue una cacería, llevándolos
exactamente adonde queríamos y arrinconándolos, cayendo en las trampas,
flanqueándolos, y

hasta sorprendiendo su retaguardia.

La batalla al comienzo fue exageradamente favorable a nosotros gracias a la
sorpresa. Luego fue equilibrándose, ya cuando la ventaja numérica había sido
totalmente anulada.

Y hasta la material—muchos Forasteros portaban el mejor acero y el más
poderoso hierro de la capital de Zimbela. El duelo estaba en su punto más
fiero y pronto, indudablemente, alguien huiría. No me podía permitir que mis
cazados fueran...

Por lo que me abrí camino con la ayuda de solo unos pocos acompañantes
hasta

el centro del ejército, llevándome en mi camino a un comandante.

Otros ya habían caído, y los demás tendrían que hacerlo, pero mi prioridad
era

otra—Nurten. Sintiendo dos flechas, una clavada en mi hombro y otra en mi muslo, llegué hasta él, cortando la cabeza de su caballo para derribarlo.

Y allí, mientras se acercaban soldados al igual que el resto de los comandantes

despavoridos, retiré mi parche y dejé que Nurten viera mi cara.

No hizo falta que dijera palabra alguna. Su gesto fue suficiente reconocimiento.

Y, ese terror, era todo lo que yo necesitaba. Tras ello no me importó clavar Inferno en lo más profundo de su corazón.

Los demás comandantes, todos quienes vieron eso, huyeron del fantasma de Bronn, del muerto que se había levantado para atormentarlos. Mi parche volvió,

y estaba listo para seguir la cacería, pero no había más.

Los generales siguieron a los comandantes, haciendo lo mismo los capitanes y, por último, cuando la hueste que yo había reservado en el bosque sonó sus cuernos anunciando el ataque final, todos los soldados siguieron ese camino, a

toda velocidad en la ruta directa hasta la capital de Zimbela.

Ya había pasado buen rato del amanecer, pero igual cantaron los gallos, queriendo anunciar el final de la batalla. Y allí, rodeados de granjas y barracas abandonados, escuchando ganado a poca distancia, y en medio de los árboles, planté mi espada.

Los Forasteros habían encontrado su hogar. Y nada lo alteraría.

* * * *

Nada, ni siquiera la visita inminente de los delegados de Zimbela. Los Forasteros estaban dispuestos a negociar un tratado de paz, siempre y cuando se respetaran

sus condiciones. ¿Y cómo no iban a acercarse a escucharlas?

Si ya no contaban ni con ejército, ni con comandantes, ni con rey. De quererlo,

nosotros podíamos destrozarnos la capital y dejar el reino hecho añicos. ¿Era eso lo que querían?

No, y por eso la delegación se acercó. Y llegaron hasta la barraca que el cazador Bronn había escogido para que fuera su castillo. Se bajaron todos, algunos capitanes, otros políticos y, resaltando, la reina Zayla.

Pedí discutir a solas con ella y, aunque dudando mucho de las peticiones de este misterioso cazador que lideraba a Los Forasteros, aceptaron. Ella sola, y él solo.

Yo solo, que digo.

Y la cara de Zayla distó mucho de la de Nurten. No había sorpresa. Tampoco reconocimiento. Era algo como... ¿alivio?

Zayla, con su belleza brillando tanto como siempre, guardó silencio un buen rato. Finalmente, soltó solo dos palabras.

— ¿Por qué?

— De poco vale que te explique lo que sucedió— empecé—. Que Nurten y su

séquito de comandantes me emboscó y me traicionó, dejándome para morir víctima de un puñal.

>>Que Los Forasteros me tomaron, curaron y devolvieron a la batalla, y que no tenía manera de frenarlos o de huir de ellos. Que, por mucho que ame este reino,

necesitaba vengarme de quienes me dejaron morir.

>>Que, una vez acabé con las vidas de ellos, tomé la única decisión que

podía salvar a Zimbela, que no es otra que apostar al pueblo de forajidos en el rico y vasto tercio medio del reino.

>>Aquí ya Los Forasteros no tendrán que volver a levantar armas en búsqueda de comida o de cobijo, y resultarán un muro infranqueable para cualquier otro reino que busque atacar la capital de Zimbela.

>>Todos ganan. Los Forasteros tienen la supervivencia por la que han luchado siempre, Zimbela no recibe un ataque que la destruiría y, al mismo tiempo, ganan un aliado poderoso para protegerlos.

Las siguientes palabras las dije casi al oído de Zayla, pues no las había dicho en voz alta, y no me atrevía a hacerlo.

— De nada vale explicarte eso, pues la realidad es que, a pesar de seguir obrando por tu bien, nunca me había sentido tan cómodo como entre este pueblo.

Al fin y al cabo, esto soy yo. Un cazador. Un hombre quebrado. Puede que un líder, el único capaz de lograr esta paz, pero jamás un rey.

Ahí está—lo dije, y lo acepté.

— Soy un hombre quebrado, Zayla. Y puede que nunca vuelva a pagar tributo a

ningún reino en mi vida, pero tú, mi amor, siempre serás mi reina. No me importa lo que hagas, o con quién tengas que casarte, o qué decisión tomes para

Zimbela. Eres mi reina.

Y, en ese instante, entré en ella. Desde el mismo momento en que Zayla me preguntó por qué y empecé a hablar había empezado a desvestirme. Y desvestirla

a ella. Cuando susurré lo hice a su oído, hincando mi aliento en su cuello.

Finalmente, habiendo sacado todo de mi alma, lo hice.

Entré suavemente en ella, inclinada sobre mi mesa, sin conectar nuestras miradas. Y empecé a ganar velocidad, sintiendo la riqueza de su interior estimulando mi pene y de nuestros cuerpos chocando.

Su gesto estaba casi ceñido en lágrimas. ¿Por qué era? ¿Por terror, como hizo Nurten antes de morir? ¿O por satisfacción de estar conmigo?

No importaba. Terror, satisfacción, todo terminaba igual—con Zayla gimiendo de placer.

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la

chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron

de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había

vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía,

me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe

a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha

sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría

preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o

las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme

sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre

cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy

moderna)

que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas,

y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio

en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa

Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de

tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano

libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma

apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando

le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de

vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos

con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y

digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún

que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la

cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de

Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en

piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el

tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel

St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es

su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y

publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando

en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien —.

Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi

maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador

como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle

emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo. Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado

leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso

como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en

aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado de la colección, por favor considera dejar una review de la misma (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que

más gente la lea y disfrute de ella, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés.

Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a nuestro boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

Reclamada

Tomada y Vinculada al Alfa

— Distopía, Romance Oscuro y Erótica —